

Anatomía de la melancolía

Un nuevo Demócrito al lector

Amable lector, supongo que sentirás gran curiosidad por saber qué bufón o actor enmascarado es el que se presenta tan insolentemente en este teatro del mundo, ante los ojos de todos, usurpando el nombre de otro; de dónde es, por qué lo hace y qué tiene que decir. Aunque, como dijo Séneca¹, «soy un hombre libre, y puedo elegir lo que voy a decir, ¿quién me puede obligar?» Si se me exigiese, respondería tan presto como el egipcio de Plutarco², cuando un curioso quería saber lo que tenía en su cesta: estaba tapado porque no debía saber lo que contenía. No indagues en lo que está oculto; si te gusta el contenido «y te resulta de utilidad, suponte que el autor es el hombre de la Luna o quien quieras³», no me gustaría que se me conociera. Sin embargo, para satisfacerte de algún modo, que es más de lo que necesito, te daré un motivo por el que he usurpado el nombre, el título y el tema.

En primer lugar, el nombre de Demócrito, para que ninguno se engañe por este motivo esperando un pasquín, una sátira, algún tratado ridículo (como yo mismo habría hecho), alguna doctrina prodigiosa, una paradoja del movimiento de la Tierra, «de los mundos infinitos en un vacío infinito causado por la colisión accidental de átomos en el sol». Todo esto lo mantenían Demócrito, Epicuro y su maestro Leucipo en la Antigüedad, y recientemente lo han retomado Copérnico, Bruno y algún otro. Además, siempre ha sido una costumbre común, como observa Aulo Gelio⁴, «para los más humildes escritores e impostores, introducir muchas ficciones absurdas e insolentes bajo el nombre de tan noble filósofo como es Demócrito, para conseguir más credibilidad y por medio de ellos ser más respetados», como suelen hacer los artistas, «que firman con el nombre de Praxíteles una estatua suya». Pero no es mi caso.

«Aquí no encontrarás ni centauros, ni gorgonas ni harpías, nuestra página sabe a hombre»⁵.

Tú mismo eres el tema de mis discurso.

«Lo que hacen los hombres, los votos, temores, iras, placeres, alegrías, idas y venidas, es el asunto de mi libro»⁶.

Mi intención al usar su nombre no es distinta a la de Mercurio Gallobelgico o Mercurio Británico al usar el nombre de Mercurio, o Demócrito Cristiano⁷, etc. Aunque hay otras circunstancias por las que me he ocultado bajo esta máscara, y ciertas consideraciones particulares que no puedo expresar tan bien hasta que no haya trazado una breve caracterización de Demócrito y de lo que era con un epítome de su vida.

Demócrito, según lo describen Hipócrates⁸ y Diógenes Laercio⁹, era un hombrillo anciano y fatigoso, muy melancólico por naturaleza, receloso de compa-

ña en sus últimos días y muy dado a la soledad¹⁰. Fue un famoso filósofo en su época, coetáneo de Sócrates¹¹, completamente dedicado a sus estudios y a su vida privada al final de sus días; escribió muchas obras excelentes. Fue un gran teólogo, según la teología de aquellos tiempos; un experto médico, político, matemático excelente, como lo atestigua el *Diacosmus*¹² y el resto de sus obras. Le gustaban mucho los estudios de agricultura, según dice Columela¹³, y a menudo lo encuentro citado por Constantino¹⁴ y otros que tratan de ese tema.

Conocía la naturaleza y las características distintivas de todos los animales, plantas, peces, pájaros y, según dicen algunos, podía entender sus cantos y sus voces¹⁵. En pocas palabras, era un erudito en todos los campos, un gran estudioso. Y he encontrado que algunos¹⁶ cuentan que, con la intención de poder contemplar mejor las cosas, se sacó los ojos, y fue ciego por voluntad propia en sus últimos años, y aun así veía mejor que todos los griegos, y escribió sobre todos los temas¹⁷; «no hay nada en todas las obras de la naturaleza sobre lo que no escribiera». Fue un hombre de ingenio excelente, de profunda agudeza. Para instruirse mejor, viajó en su juventud a Egipto y Atenas, para consultar a hombres sabios, «admirado por algunos, despreciado por otros». Después de una vida errante, se estableció en Abdera, una ciudad de Tracia; allí se le envió para que fuese su legislador, regidor y secretario concejil, según dicen algunos; y según otros, nació y creció allí. Comoquiera que fuese, allí vivió en un jardín en los suburbios, dedicándose totalmente a sus estudios y a su vida privada, «salvo cuando a veces bajaba al puerto»¹⁸ y «se reía cordialmente ante la variedad de objetos ridículos que veía»¹⁹. Así era Demócrito.

Pero, a propósito, ¿cómo me atañe esto? o ¿en qué me baso para usurparle el hábito? Realmente confieso que compararme con él por cualquier cosa de las que he dicho hasta aquí, sería una falta de pudor y una arrogancia. No me atrevo a hacer ningún paralelismo, «me supera infinitamente, soy insignificante, no soy nada, no tengo grandes ambiciones ni esperanzas»²⁰. Sin embargo, diré esto de mí mismo, y espero que sin sospecha de orgullo ni de presunción: he vivido una vida tranquila, sedentaria, solitaria, apartada, para mí y mis estudios, en la universidad, casi tanto como Jenócrates en Atenas, «casi hasta la vejez», para aprender la sabiduría, como hizo él, inmerso la mayor parte del tiempo en mi trabajo. Porque he sido educado como estudiante del colegio más ilustre de Europa²¹, y casi puedo fanfarronear con Paolo Giovio²², «durante treinta y siete años he aprendido muchas cosas y muy convenientes a la luz de la Biblioteca Vaticana, celeberrima en todo el mundo»; durante treinta años he seguido siendo alumno, teniendo acceso a bibliotecas tan buenas como las que tuvo él²³ y sería, por tanto, enfadoso si viviese como un holgazán y fuese un miembro inútil e indigno de una sociedad tan sabia y noble o si escribiese algo que fuera de alguna manera deshonroso para tan real y magna fundación. Hay algo que sí he hecho, aunque sea de profesión teólo-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

go; sin embargo, como dijo Escalígero, «arreatado por un torbellino de ingenio», teniendo una mente inconstante e inestable, tuve un gran deseo (incapaz de atenerme a una habilidad superficial en nada) de tener unos rudimentos de todo, «de ser alguien en los saberes generales, nadie en los particulares», cosa que recomienda Platón²⁴ y, siguiendo sus ideas, Lipsio lo aprueba y apoya²⁵ «como adecuado para imprimirlo en todos los espíritus curiosos, no ser un esclavo de una sola ciencia o explayarse en un solo tema, como hace la mayoría, sino vagar por otros caminos, alguien que puede echar mano a todo, tener un remo en cada bote, probar de cada plato, dar un sorbo de cada taza» lo que, según dice Montaigne²⁶, lo hacían muy bien Aristóteles y su sabio compatriota Adrián Turnebe. Siempre he tenido este espíritu errático, aunque no con el mismo éxito; como un *spaniel* inquieto, que ladra a todo pájaro que ve, dejando su presa, yo he seguido todo menos lo que debía y me debo lamentar con razón y verdaderamente, «el que está en todas partes, no está en ninguna», lo que hizo Gesner²⁷ con modestia. He leído muchos libros, pero con poco éxito, a falta de un buen método; me he volcado con confusión en diversos autores en nuestras bibliotecas con pocos resultados, a falta de arte, orden, memoria y juicio. No he viajado más que por mapas o por cartas, en los que mis pensamientos liberados han vagado libremente, por haberse deleitado especialmente con el estudio de la cosmografía. Saturno fue el señor culminante de mi nacimiento, y Marte el planeta que gobierna mis costumbres, en conjunción perfecta con mi ascendente, ambos afortunados en sus cosas, etc. No soy pobre, no soy rico; tengo poco, no necesito nada: todo mi tesoro está en la torre de Minerva. Ya que nunca podría conseguir mayor elevación, no estoy en deuda por ello, tengo suficientes medios (gracias a Dios) por parte de mis nobles y generosos protectores, aunque todavía vivo como estudiante colegiado, como Demócrito en su jardín, y llevo una vida monacal, «suficiente entretenimiento para mí», apartado de los tumultos y problemas del mundo (como dijo Daniel Heins), en algún lugar alto por encima de todos vosotros. Como «el filósofo estoico, que ve todas las épocas, pretéritas y presentes con un solo golpe de vista, veo y oigo lo que se hace fuera, como otros corren, se mueven, se alborotan y se maceran en la corte y en el campo»²⁸. Lejos de pleitos porfiantes, «me suelo reír conmigo mismo de las vanidades de la corte, de las intrigas de la vida pública». Me río de todo «seguro solamente de que mi pleito no se pierda, mis barcos no naufraguen», mi grano y mi ganado no se descarrién, mi oficio no quiebre, «no tengo mujer ni hijos, buenos o malos, a los que mantener». Un mero espectador de las fortunas y aventuras de otros hombres, de cómo representan sus papeles, que me parece se me presentan de maneras variadas, como si de un teatro o una escena se tratase. Todos los días recibo nuevas noticias y rumores de guerras, plagas, incendios, inundaciones, robos, asesinatos, masacres, meteoros, cometas, espectros, prodigios, apariciones; de ciudades tomadas, plazas sitiadas en Francia, Alemania, Turquía, Persia,

Polonia, etcétera, revistas militares y preparativos a diario, y cosas similares que permiten estos tiempos tempestuosos, batallas guerreadas, con muchos hombres muertos, combates singulares, naufragios, piraterías, batallas navales, paz, alianzas, estratagemas y nuevos peligros. Una enorme confusión de promesas, deseos, acciones, edictos, peticiones, pleitos, alegaciones, leyes, proclamas, demandas, ofensas llegan diariamente a nuestros oídos. Nuevos libros cada día, panfletos, hojas volanderas, historias, catálogos completos de volúmenes de todo tipo, nuevas paradojas, opiniones, cismas, herejías, controversias filosóficas, religiosas, etc. Ahora nos llegan noticias de matrimonios, mascaradas, momos, entretenimientos, jubileos, embajadas, justas y torneos, trofeos, triunfos, algazaras, holgazanas, juegos; y luego, de nuevo, como en una nueva escena, traiciones, engaños, robos, grandes villanías de todo tipo, funerales, entierros, muerte de príncipes, nuevos descubrimientos, expediciones; asuntos ya cómicos, ya trágicos. Hoy sabemos de la denominación de nuevos lores y oficiales, mañana de la deposición de algunos grandes hombres, y otra vez de la concesión de nuevos honores; a uno se le indulta, a otro se le encarcela; el uno lo logra, el otro fracasa; éste prospera, su vecino cae en la bancarrota; ahora con abundancia, y luego otra vez con escaseces y hambre; uno corre, el otro va a caballo, riñe, ríe, llora, etc. Todo esto lo oigo diariamente, noticias tanto privadas como públicas. Entre el esplendor y la miseria del mundo, alegría, orgullo, perplejidades y cuidados, honestidades y villanías, sutilezas, bellaquerías, candor e integridad, todos mezclados entre sí, ofreciéndose. Yo vivo mi vida, en completa soledad, como he vivido hasta ahora, y así sigo, en vida solitaria, y con mis propios disgustos domésticos. Excepto algunas veces, «para no ocultar nada», como cuando Diógenes iba a la ciudad y Demócrito al puerto a ver las nuevas modas, he salido una y otra vez para recrearme a pasear y mirar al mundo, y no he podido por menos que hacer alguna pequeña observación, «no tanto para hacer duras críticas como para contar simplemente los hechos», no como ellos, para burlarme o réirme de todo, sino con una mezcla de ambos.

«Vuestras perturbaciones excesivas han sido a menudo objeto de mi risa y de mi mal humor»²⁹.

A veces me reía y mofaba con Luciano, y acusaba satíricamente con Menipo, me lamentaba con Heráclito y a veces estaba «riéndome a carcajadas con humor burlesco»³⁰, y de nuevo «la bilis me roe el hígado»³¹, y me dolía ver que no podía corregir tales abusos. Aunque pueda congeniar con él o con ellos en esta manía, no por tal motivo me oculto bajo su nombre, sino en un hábito desconocido, para tener más independencia y libertad de expresión. O, si quieres saberlo, por la razón y el motivo que Hipócrates cuenta por extenso en su *Epístola a Damageto*, donde relata cómo, al ir a visitar a Demócrito un día, lo encontró en su jardín de Abdera, en las afueras de la ciudad, bajo un cenador sombrío³², con un libro en las rodillas, ocupado en su estudio, a ratos escribiendo y a ratos paseando. El tema de su libro

era la melancolía y la locura, y a su alrededor había esqueletos de muchos y diversos animales recientemente diseccionados y anatomizados por él, no porque despreciase a estas criaturas divinas, como dijo a Hipócrates, sino para investigar la sede de esta atrabilis o melancolía, de dónde procede y cómo se engendra en el cuerpo humano, con el fin de conseguir curarla mejor en sí mismo, y con sus escritos y observaciones enseñar a otros el modo de prevenirla y evitarla³³. Hipócrates ensalzó ésta su buena intención: el nuevo Demócrito, puesto que el libro quedó inacabado y está ahora perdido, «como sustituto de Demócrito», se atreve por tanto a revivirlo de nuevo y a proseguir y acabar en este tratado.

Ya tenéis una razón para el nombre, pero si el título y la inscripción ofenden vuestra gravedad, si fuera suficiente justificación acusar a otros, podría hacer muchos soberbios tratados, incluso sermones, que estuvieran precedidos por nombres mucho más fantásticos. Aunque es una especie de norma hoy en día poner un título fantástico a un libro que se va a vender. Pues, al igual que las alondras caen en una trampa, muchos lectores necios se pararán y se quedarán mirando como transeúntes tontos a un cuadro extravagante en una tienda de pinturas, pero no mirarán una buena obra. Y realmente, como observa Escalígero³⁴, «nada invita más a un lector que un argumento mal buscado o descuidado, y nada se vende mejor que un panfleto grosero», «sobre todo cuando tiene el sabor de la novedad». «Muchos», dice Aulo Gelio³⁵, «están muy pagados de sus inscripciones», «y son capaces» (como dice Plinio citando a Séneca³⁶) «de hacer vagabundear por el camino a quien ha ido a buscar una comadrona para su hija, ahora preparada para dar a luz». Por mi parte, tengo honorables predecesores de lo que he hecho³⁷: citaré uno como muestra, Antonio Zara, Obispo de Pedena, su *Anatomía de los ingenios y de las ciencias*, en cuatro secciones, miembros, subsecciones, etc. se puede leer en nuestras bibliotecas.

Si alguien hace objeciones al tema o la forma de tratar este asunto y se pregunta por sus motivos, puedo alegar más de uno: escribo sobre la melancolía para estar ocupado en la manera de evitar la melancolía. No hay mayor causa de melancolía que la ociosidad, y «no hay mejor cura que la actividad», como sostiene Al Razi³⁸; y no obstante, «estar ocupado con tonterías no tiene ningún sentido». Pero oye sin embargo a Séneca: «es mejor hacer cualquier cosa que no hacer nada». Por tanto, escribo y estoy ocupado en esta labor entretenida, «para evitar la pereza de la ociosidad con una especie de empeño agradable», como dice Vectio en Macrobio, y así convertir el ocio en útil negocio.

«Decir a la vez cosas agradables y adecuadas a la vida, deleitando al lector al mismo tiempo que se le instruye»³⁹.

«Con este fin escribo», dice Luciano, como aquellos que «recitan a los árboles y declaman a las columnas a falta de oyentes». Como Pablo de Egina confiesa ingenuamente, «no para añadir que algo fuese desconocido u omitido, sino para ejer-

citarme»; un camino que, si alguno sigue, creo que sería bueno para sus cuerpos y mucho mejor para sus almas. O quizá escribo como hacen otros, por la fama, para mostrarme a mí mismo («tu saber no vale nada a menos que otro sepa lo que sabes»). Podría ser de la opinión de Tucídides, «saber algo y no expresarlo, es exactamente como no saberlo». Cuando tomé por primera vez en mis manos esta tarea, como dice Giovio⁴⁰, «he emprendido este trabajo siguiendo un impulso interior», mi objetivo era éste o «aliviar mi ánimo escribiendo»⁴¹, pues tenía una especie de apóstema en la cabeza, del que deseaba librarme y no podía imaginar mejor evacuación que ésta. Además, no me podía contener, pues «nos rascamos donde pica». Yo estaba no poco molesto con esta enfermedad, a la que llamaré mi Señora Melancolía, mi Egeria o mi Genio Maligno. Y por esta causa, como aquel a quien le pica un escorpión, sacaría «un clavo con otro clavo», calmaría un dolor con otro dolor, el ocio con el ocio, como «una tríaca de veneno de serpiente», haría un antidoto sacándolo de lo que fue la causa primera de mi enfermedad. O, como hizo aquel del que habla Felix Platter⁴², que pensó que tenía las ranas de Aristófanes en su estómago, que todavía gritaban «¡croac, croac, croac!», y por ello estudió medicina durante siete años y viajó por casi toda Europa para aliviarse. Yo, para hacerme bien, me volqué en los tratados médicos que podían ofrecerme nuestras bibliotecas o que me aconsejaban mis amigos particulares⁴³, y he sacado estos dolores. ¿Por qué no? Girolamo Cardano asegura que escribió su libro *De Consolatione* después de la muerte de su hijo para consolarse, como hizo Cicerón al escribir sobre el mismo tema con motivos semejantes, después de la partida de sus hijas —ya sea si el libro es suyo o si algún impostor lo adscribió a su nombre, cosa que Lipsio sospecha como probable. Por lo que a mí respecta, puedo quizás afirmar con Mario en Salustio, «lo que otros oyen o leen, lo he sentido y practicado yo mismo; ellos consiguen sus conocimientos a través de los libros, y yo los míos melancolizándome». Cree en la experiencia de Roberto. De algo puedo hablar por experiencia, «una experiencia desgraciada me ha enseñado», y puedo decir con el poeta, «la experiencia de la desgracia me ha enseñado a socorrer a los desgraciados»⁴⁴. Ayudaría a otros por simpatía, como hizo aquella virtuosa dama en otros tiempos «siendo ella misma una leprosa, donó todos sus bienes para construir un hospital de leprosos»⁴⁵. Yo consumiré mi tiempo y conocimiento, que son mis mayores fortunas, para el bien común de todos.

Sí, pero deduciréis que esto es un trabajo innecesario⁴⁶, «poner la col cocida dos veces», lo mismo una y otra vez con otras palabras: ¿Con qué fin? «Que no se omita nada que pueda decirse bien», así pensaba Luciano sobre un tema semejante. ¿Cuántos médicos excelentes han escrito volúmenes y han elaborado tratados sobre este mismo tema? No hay nada nuevo aquí, lo que tengo lo he tomado de otros, mis páginas me gritan: «¡eres un ladrón!»⁴⁷. Si la severa sentencia de Sinesio es verdad, «es una ofensa mayor a los muertos robarles los trabajos que robarles

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

las ropas», ¿qué pasará con la mayor parte de los escritores? Me presento ante el tribunal junto a los demás, soy culpable de una felonía de este tipo, «el acusado se declara culpable», estoy satisfecho de ser castigado con los demás. Es cierto, muchos están poseídos por la manía incurable de escribir, y «componer muchos libros es nunca acabar»⁴⁸, como descubrió Salomón en la antigüedad; sobre todo en esta época de garabatos⁴⁹, en la que «el número de libros es innúmero»⁵⁰, como dijo un hombre notable; «las prensas están oprimidas» y con el ánimo maniático de que todos han de pavonearse, deseosos de fama y honor⁵¹ («escribimos todos, tanto ignorantes como doctos»), escribirán sin importar qué ni de dónde lo ha sacado. «Fascinado por este deseo de fama⁵², incluso en medio de las enfermedades» hasta menospreciar su salud, y apenas capaces de sostener una pluma, deben decir algo, sacarlo, «y hacerse un nombre» dice Escalígero, «unque sea para el hundimiento y la ruina de muchos otros». Todo esto para ser considerados escritores, «ara ser saludados como escritores» para ser contemplados como sabios y eruditos, entre el vulgo ignorante para hacerse un nombre en una habilidad inútil, para conseguir un reino de papel; «in esperanza de ganancias, pero con gran esperanza de fama en esta época precipitada y ambiciosa» es la crítica de Escalígero⁵³. Y los que apenas son oyentes, deben ser maestros y profesores antes de ser oyentes capacitados y adecuados. Se apresurarán sobre todo el conocimiento, civil o militar, sobre los autores religiosos y profanos, rastrearán los índices y los panfletos en busca de notas, al igual que nuestros mercaderes enrarecen los puertos con el tráfico, escriben grandes tomos, cuando con ello no son más eruditos, sino más charlatanes. Normalmente buscan el bien común, pero, como observa Gesner⁵⁴, son el orgullo y la vanidad lo que les induce, no hay nada nuevo que merezca ser señalado, sino que es lo mismo con otros términos. «Tienen que escribir para que los tipógrafos no estén desocupados o para demostrar que están vivos». Como boticarios, hacemos nuevas mezclas cada día, las vertemos de una vasija en otra, y al igual que los antiguos romanos tomaron todas las ciudades del mundo para embellecer su mal situada Roma, nosotros sacamos la crema de los ingenios de otros hombres, elegimos las flores de sus jardines cultivados para embellecer nuestros estériles argumentos. «Rellenan sus flacos libros con la envidia de las obras de otros» (así lo critica Giovio⁵⁵). «Ladrones iletrados», etc. Un error que encuentra todo escritor, como hago yo ahora mismo, a pesar de cometer el error ellos mismos, todos ladrones⁵⁶. Hurtan a los autores antiguos para rellenar sus nuevos comentarios, arañan el muladar de Ennio, y el pozo de Demócrito, como yo. Por todo esto llega a ocurrir «que no sólo las bibliotecas y las tiendas están llenas de nuestros pútridos papeles, sino también nuestros servicios y retretes»; sirven para ponerlos bajo los pasteles, para envolver las especias, para evitar que la carne asada se queme. «Con nosotros en Francia», dice Escalígero⁵⁷, «todos tienen libertad para escribir, pero pocos tienen dicha habilidad; hasta ahora, los eruditos hon-

raban el conocimiento, pero ahora las nobles ciencias se ven envilecidas por escritoruelos ruines e iletrados», que escriben ya por vanagloria o necesidad, para conseguir dinero, ya como parásitos para halagar y conversar con los grandes hombres; sacan «necedades, desechos y sandeces»⁵⁸. «Entre tantos miles de autores, apenas encontrarás uno por cuya lectura seas un poco mejor, sino mucho peor», con ellos se corromperá en vez de perfeccionarse de algún modo.

«Quien lee tales cosas, ¿qué aprende, qué sabe sino sueños y frivolidades?»⁵⁹. De modo que a veces ocurre que, como antiguamente condenaba Calímaco, un gran libro es un gran perjuicio. Cardano considera un error de los franceses y alemanes⁶⁰ el que garabateen inútilmente, no les prohíbe escribir con tal de que inventen algo nuevo por ellos mismos; pero todavía tejemos la misma tela, retorremos la misma cuerda una y otra vez, o si es una nueva invención, no es sino una fruslería o una tontería que escriben los tipos ociosos para que lo lean los tipos ociosos, y ¿quién no puede inventar así? «Debe tener un ingenio estéril quien en esta época de garabatos no pueda inventar nada». «Los príncipes muestran sus ejércitos, los ricos hacen ostentación de sus casas, los soldados de su fortaleza y los eruditos dan rienda suelta a sus juegos»⁶¹, deben leer, deben oír, quieran o no.

«Que lo que se ha escrito, lo conozcan todos, los que van y vienen, y hasta los niños y las abuelas»⁶².

«¡Qué compañía de poetas ha traído este año! –se queja Plinio a Sossio Sinesio– en el mes de abril, no hay día que no recite uno u otro»⁶³. ¿Qué catálogo de libros nuevos han sacado todo este año, toda esta época, digo yo, los mercados de Frankfurt, o nuestros mercados? Dos veces al año, «desplegamos nuestros ingenios y los ponemos en venta»⁶⁴, «no hacemos nada con gran gasto de energía». De modo que, como desea Gesner⁶⁵, si no se tiene una rápida reforma por parte de edictos principescos o de serios inspectores para restringir esta libertad, esto seguirá hasta el infinito. «¿A quién podemos encontrar que sea tan devorador de libros?» ¿Quién puede leerlos? Como ya ocurre, tendremos un vasto caos y confusión de libros, estamos oprimidos por ellos⁶⁶, nos duelen los ojos de leer y los dedos de pasar páginas⁶⁷. Por mi parte, soy uno de ellos, no lo niego, sólo puedo decir en mi favor esta frase de Macrobio, «todo es mío y nada es mío». Al igual que una buena ama de casa teje con varios vellones un solo trozo de tela, o una abeja junta la cera y la miel sacándola de muchas flores y lo envuelve de nuevo, «con lo que liban las abejas en todas las flores del bosque»⁶⁸. Yo he reunido laboriosamente este centón sacándolo de diversos autores⁶⁹, y sin perjudicar a ningún autor, sino que le he dado a cada uno lo suyo. Jerónimo alaba tanto a Nepociano⁷⁰ porque no robó versos, páginas o tratados completos, como hacen algunos hoy en día, ocultando los nombres de los autores, sino que dijo que esto era de Cipriano, esto de Lactancio, aquello de Hilario; igualmente ha citado a Minucio Félix, Victorino, hasta a Arnobio. Yo cito y me remito a mis autores, aunque algunos

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

charlatanes iletrados lo consideran pedante, como disimulo de su ignorancia, opuesto a su fino estilo afectado; yo debo y quiero utilizarlo; «lo he tomado, no lo he robado». Y lo que dice Varrón en el libro sexto *De Re Rustica* sobre las abejas, «no hacen daño ni molestan a nadie cuando extraen la miel», lo puedo decir de mí mismo: ¿a quién he perjudicado? El material es suyo en su mayor parte, «está claro de dónde lo he tomado» (cosa que Séneca aprueba) «sin embargo se convierte en algo diferente a lo que era en su origen». Lo que hace la naturaleza con el alimento de nuestros cuerpos, incorporarlo, digerirlo y asimilarlo: «yo asimilo lo que he ingerido», arreglo lo que tomo. Les hago pagar tributo por adornar este mi *Macaronicon*; sólo el método es completamente mío. Debo usurpar lo que decía Wecker siguiendo a Terencio, «no podemos decir nada más que lo que ya se ha dicho antes; sólo la estructura y el método son nuestros, y muestran a un erudito»⁷¹. Oribasio de Pérgamo, Aecio de Amida, Avicena, sacan todo de Galeno, pero siguiendo sus métodos particulares. Nuestros poetas roban a Homero; él vomita, ellos lo lamen. Los teólogos todavía usan las palabras de Agustín literalmente, y nuestros tejedores de historias hacen lo mismo: el que llega el último es normalmente el mejor,

«Hasta que una época posterior, más afortunada, produzca algo mejor».

Aunque hubo en la Antigüedad muchos gigantes en medicina y filosofía, sin embargo, puedo decir con Fray Diego de Estella⁷² que «un enano sobre los hombros de un gigante puede ver mucho más que el gigante mismo», puedo añadir, alterar y ver más allá que mis predecesores⁷³. Y, para mí, escribir siguiendo a otros no es mayor perjuicio que para el famoso médico Eliano Montalto escribir sobre las enfermedades de la cabeza en pos de Jason Pratis, Heurnius, Hildesheim, etc. Hay muchos caballos para correr en una carrera, un lógico, un retórico tras otro. Haz frente a lo que quieras,

«Aunque me ladres tanto como quieras y me ataques con gruñidos perversos».

Lo resuelvo así. Y por lo que respecta a todos los demás errores de barbarie, dialecto dórico, estilo improvisado, tautologías, imitación simiesca, rapsodia de harapos reunidos y tomados de una cloaca, excrementos de autores, juegos y vanidades desarreglados, sin arte, invención, juicio, ingenio ni conocimiento, toscos, sin pulir, rudos, fantásticos, absurdos, insolentes, indiscretos, mal compuestos, indigestos, vanos, groseros, ociosos, obtusos y secos; lo confieso: es en parte afectado. No puedes pensar de mí peor de lo que lo hago yo mismo. No merece la pena leerlo, lo admito, no deseo que pierdas el tiempo recorriendo un tema tan vano; quizá yo mismo estaría reticente a leer a quien escribiera así, no merece la pena. Todo lo que digo es esto, que tengo precedentes para ello⁷⁴, lo que Isócrates llama «refugio para los pecadores»; otros son absurdos, vanos ociosos, iletrados, etc., otros han hecho lo mismo y acaso más, y quizá tú mismo, «sabemos que

alguien te ha visto también», etc. Todos cometemos errores, lo sabemos y pedimos perdón, etc. Tú me censuras, y yo lo he hecho con otros, y puedo hacerlo contigo⁷⁵, nos chocamos a nuestra vez, etc. Es la Ley del Talión, una cosa por otra. Ve ahora, censura, critica, búrlate y murmura.

«Aunque seas exageradamente narigudo no puedes decir contra mis fruslerías muchas cosas que yo mismo no haya dicho»⁷⁶.

Así, como cuando las mujeres riñen, yo grito «putas» primero; en las censuras de algunos, temo haberme excedido; «ensalzarse es de vanagloriosos, pero vituperarse de tontos». Puesto que no me sobreestimo, no me subestimaré. No soy ni uno de los mejores ni uno de los peores de entre vosotros. Puesto que estoy una pulgada o tantos pies o tantas parasangas por detrás de ellos, puedo estar quizá una pizca por delante de ti. Sea como fuere, bueno o malo, lo he probado, me he puesto en un escenario, debo resistir las censuras, y no puedo escapar de ellas. Es totalmente cierto, el estilo nos delata, y al igual que los cazadores encuentran su pieza por las huellas, así el genio del hombre lo revelan sus obras⁷⁷, podemos juzgar mucho mejor el carácter de los hombres por su forma de hablar que por su fisonomía; esta era la norma de Catón el viejo. Me he abierto completamente, lo sé, en este tratado, he sacado toda mi intimidad, y seré censurado, no lo dudo; pues, a decir verdad con Erasmo, no hay nada tan impertinente como el juicio de los hombres. Sin embargo, esto es un gran consuelo: nuestras censuras son tan variadas como nuestros gustos.

«Tengo tres invitados que parecen disentir, pide cada uno que se le dé gusto con comidas diferentes»⁷⁸.

Nuestros escritos son como muchos platos; nuestros lectores, invitados; nuestros libros como la belleza, que uno admira y otro rechaza; se nos aprueba en la medida en que se inclinan las fantasías de los hombres. El destino de los libros depende del capricho del lector. Lo que es más placentero para uno es más amargo para otro. Hay tantos pareceres como hombres: lo que tú condenas, él lo recomienda. Lo que a ti te atrae, para otros es repulsivo y amargo⁷⁹. Él da importancia a la materia, tú estás totalmente a favor de las palabras; a él le gusta un estilo suelto y libre, tú estás totalmente a favor de una composición pulcra, versos vigorosos, hipérbolos, alegorías; él desea un frontispicio delicado, ilustraciones seductoras, como las que ha grabado el jesuíta Jerónimo Nadal para sus *Adnotationes et meditationes in Evangelia*⁸⁰ para atraer la atención de los lectores, cosa que tú rechazas; lo que uno admira, otro lo desbarata como lo más absurdo y ridículo. Si no se ajusta a su humor, su método, su concepto, si se debiera omitir o añadir lo que le gusta o disgusta⁸¹; eres un idiota, un burro, un holgazán, un perezoso, eres un tipo ocioso; o, si no, es algo de pura industria, una colección sin ingenio ni invención, un simple juego. Cuando algo está hecho, todos piensan que es fácil; cuando la calle está hecha, olvidan lo duro que era antes⁸². Así se valora a los hombres, sus trabajos los

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

envilecen individuos indignos como cosas sin valor, ¡quién no habrá podido hacer eso mismo! Cada uno abunda en su propio sentido, y mientras cada uno tenga su particular disposición, ¿cómo se podrá dar gusto a todos?

«¿Qué debo elegir o no elegir? Lo que él manda, lo rechazas tú»⁸³.

¿Cómo esperaré expresarme convenientemente ante el humor y el pensamiento de cada hombre o satisfacer a todos?⁸⁴ Algunos entienden demasiado poco y otros mucho, se precipitan sobre la lectura de los libros igual que en el saludo de la gente, juzgando no por el carácter, sino por las vestimentas que llevan, como apunta Agustín⁸⁵, sin atender a qué se escribe, sino a quién lo escribe; la fama del autor crea la demanda⁸⁶, sin valorar el metal, sólo la estampa que hay sobre él; miran sólo el continente y no el contenido. Si no es rico, está en buena posición, es educado y valeroso, un gran doctor, está cargado con grandes títulos, aunque no esté bien cualificado, es un asno, pero como criticaba Baronio de las obras del cardenal Caraffa⁸⁷, «no es más que un puerco que rechaza a cualquier hombre por su pobreza». Algunos son demasiado parciales, como los que sobreestiman a los amigos, otros vienen con prejuicios para censurar, envilecer, infamar y mofarse; quienes quizá juzgan cualquier cosa que hago como despreciable. Algunos son como abejas en busca de miel, otros como arañas que reúnen veneno. ¿Qué haré en este caso? Como un huésped holandés, si viene a una posada alemana y no le gusta el precio, la comida, el alojamiento, etc., el hospedero replica con tono arisco, «si no te gusta esto, vete a otra posada»⁸⁸. Yo determino: si no te gusta mi escrito, ve a leer otro. No tengo en mucha consideración tu censura, sigue tu camino, no es como tú quieres ni como quiero yo, pero cuando los dos lo hemos hecho, lo que dijo Plinio Segundo a Trajano⁸⁹ probará ser cierto «el trabajo ingenioso de un hombre no sale adelante si no existen una materia, un tema, una ocasión y el apoyo de un favorito». Si fuese acusado y refutado por ti y otros como tú, sería aprobado y recomendado felizmente por otros, y así ha ocurrido (hablo por experiencia) y lo puedo decir con Giovio en un caso semejante⁹⁰ (sin jactancia): «por esto he merecido la amistad íntima de eminentes militares, clérigos y nobles, y he ganado su favor así como las alabanzas de muchas personas respetables»⁹¹. Del mismo modo que algunos hombres notables me han honrado, otros me han difamado, y lo seguirán haciendo. En la primera edición de este libro se verificó lo que dice Probo de las *Sátiras* de Persio⁹²: «cuando se editó el libro, la gente empezó a admirarlo y a arrancarle partes ávidamente», lo puedo aplicar en cierto modo a esta mi obra. La primera, segunda y tercera ediciones se agotaron rápidamente, se leyeron ávidamente y, como ya he dicho, no fueron tan aprobadas por algunos como rechazadas con desdén por otros. Pero esta era la fortuna de Demócrito, fue objeto tanto de admiración como de desprecio⁹³. Fue el destino de Séneca, ese maestro del ingenio, del conocimiento y del juicio, sorprendentemente culto⁹⁴, el mejor de todos los escritores griegos y latinos, en opinión de Plutarco; el «renom-

brado censor del vicio», como lo denomina Quintiliano⁹⁵, «filósofo serio y muy erudito que escribió tan excelente y admirablemente bien» no pudo gustar a todas las partes o escapar de la censura. ¡Cómo fue vilipendiado por Calígula⁹⁶, Aulo Gelio, Quintiliano y el mismo Lipsio, su principal defensor! El mismo Quintiliano dice, «tiene muchos tratados y oraciones pueriles, demasiado negligente a veces, y descuidado»; como observa Aulo Gelio, un estilo vulgar y banal, con ideas mordaces y torpes y una cultura mediocre, siendo como es un escritor sencillo y superficial. En algunas partes tiene defectos e impertinencias, dice Lipsio⁹⁷ y, al igual que en todas sus demás obras, ocurre especialmente en sus *Epístolas*, algunas están llenas de vanas sutilezas, a veces se enreda y confunde, sin ninguna complejidad de argumento, mezcla muchas cosas sin método, a la manera estoica. Si a Séneca y a otros hombres famosos que podría nombrar, se les ha fustigado así ¿qué puedo esperar yo? ¿Cómo puedo esperar agradar, siendo como soy apenas la sombra de tan grande filósofo? «Ningún hombre es tan perfecto –sostiene Erasmo⁹⁸–, como para satisfacer a todos, sólo la prescripción de los antiguos puede truncar una discusión». Pero, como he probado con Séneca, esto no siempre ocurrirá, ¿cómo lo evitaré? Es el destino común de todos los escritores, y debo, digo, aguantarlo. No busco el aplauso; no voy a la caza del favor de la plebe inconstante⁹⁹, de nuevo no soy tan horrible, no me gustaría ser difamado¹⁰⁰:

«Suficiente alabanza para mí si no me desdeñas, ¡oh, amable lector!»¹⁰¹

Temo las censuras de los hombres buenos, y someto mis trabajos a su aceptación favorable,

«Menosprecio las lenguas de los esclavos»¹⁰².

Como al ladrido de un perro, desprecio con seguridad las infamias maliciosas y groseras, las burlas, calumnias de los maledicentes y detractores, y desdén al resto. Por tanto, lo que he dicho, lo he dicho por mi propia insignificancia.

Sin embargo, una o dos cosas sí que habría deseado rectificar, si hubiese podido, por lo que respecta a la forma de manejar este mi tema; por ellas me debo disculpar y, con mejor parecer, informar al benévolo lector. No era mi intención prostituir mi musa en inglés o divulgar secretos de Minerva, sino haberlo expuesto de forma más concisa en latín, si hubiese conseguido imprimirlo. Cualquier panfleto grosero en inglés es bienvenido entre nuestros interesados editores; lo imprimen todo

«Forjan libelos en cuyas páginas se exoneran imitaciones desnudas».

Pero con el latín nunca comercian; cuál sea uno de los motivos para esto, nos lo dice Nicolas Carr en su discurso sobre la parquedad de escritores ingleses: que muchos ingenios florecientes han caído en el olvido, yacen muertos y enterrados en nuestra nación¹⁰³.

Otro error fundamental es que no he revisado el original ni enmendado el

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

estilo, que ahora fluye remiso, como fue concebido en un principio, pero me falta tiempo libre, confieso que no es ni como me gustaría ni como debería ser.

«Cuando reviso este tratado que he escrito, me avergüenzo y lo considero muy inadecuado»¹⁰⁴.

Y lo que es más grave, en la materia misma, hay muchas cosas que no apruebo ahora mismo y que escribí entonces, cuando era más joven e insensato¹⁰⁵, de las que gustosamente me retractaría, pero es demasiado tarde; ahora sólo puedo implorar perdón por lo que está mal.

Podría haber observado, si hubiera sido prudente, el precepto del poeta, «guarda tu obra durante nueve años», y haber tenido más cuidado. O, como habría hecho el médico Alejandro de Trales con el lapislázuli, lavarlo cincuenta veces antes de usarlo; debería haber revisado, corregido y enmendado este tratado. Pero, como he dicho, no tuve tiempo, ni amanuenses o ayudantes. Pancrates en Luciano¹⁰⁶, que necesitaba un sirviente, ya que se iba de Menfis a Copto en Egipto, cogió la jamba de una puerta, y después de pronunciar algunas palabras mágicas –Eucrates, el narrador, estaba presente en ese momento–, lo hizo ponerse de pie como un sirviente humano, traerle agua, girar el asador, servir la cena, y cualquier otro trabajo que quisiera; y cuando hubo hecho todos los servicios que deseaba, convirtió al hombre otra vez en una palo de madera. Yo no tengo dicha habilidad para crear nuevos hombres a placer ni medios para asalariarlos; no tengo un silbato para llamarle, como el patrón de un barco y para hacerle correr, etc. Yo no tengo tal autoridad, ni benefactores tales como el noble Ambrosio lo era de Orígenes¹⁰⁷, al que le concedía seis o siete amanuenses para que escribieran al dictado; por ello, debo hacer mi oficio yo mismo, y por tanto me he visto forzado, como hace una osa con sus oseznos, a sacar a la luz esta masa informe; no he tenido tiempo de darle forma, como hace la osa con sus cachorros, sino sólo de publicarlo como se escribió en un primer momento, lo primero que me venía a la cabeza, con un estilo improvisado, como hablo normalmente en mis otros trabajos¹⁰⁸. He expresado lo que me dictaba mi ingenio, siguiendo una serie de notas confusas, y escribiendo de forma tan poco deliberada como cuando hablo normalmente, sin afectación de grandes palabras, frases ampulosas, términos sonoros, tropos, versos vigorosos –que como las flechas de Acesta prendían fuego según volaban¹⁰⁹–, esfuerzos de ingenio, exhibiciones de estilo, elogios, adornos hiperbólicos, elegancias, etc. que conmueven a tantos. Yo soy bebedor de agua¹¹⁰, no bebo nada de vino, que tanto desarrolla a nuestros modernos ingenios; soy un escritor desaliñado, llano, rudo, llamo a las cosas por su nombre, y tan libre, tan desaliñado, lo que piensa mi mente, lo escribe mi pluma; llamo al pan, pan y al vino, vino¹¹¹; escribo para la mente, no para los oídos. Doy importancia a la materia, no a las palabras, recordando lo que decía Cardano, «las palabras por el tema y no el tema por las palabras», y buscando, con Séneca, «qué escribo antes de cómo lo escribo». Pues,

como piensa Filón, «el que se preocupa de la materia, descuida las palabras, y los que sobresalen en el arte de hablar, no tienen profundos conocimientos».

«Sus palabras brillan con oropeles, pero no tienen nada dentro»¹¹².

Además, el sabio Séneca había observado que «cuando ves un tipo atento a sus palabras y pulcro en su discurso, sábetelo que, con certeza, la mente de este hombre está ocupada con chácharas, no hay consistencia en él»¹¹³. La concinidad no es un adorno masculino, como dijo de un ruiseñor, «no eres más que una voz», etc. Soy, por tanto, en este aspecto, discípulo declarado de Apolonio, alumno de Sócrates¹¹⁴, descuido las frases, y trabajo únicamente para instruir el entendimiento de mis lectores, no para agrandar a su oído. No es mi intención componer pulcramente, que es lo que requiere un orador, sino expresarme bien y claramente como me viene. Del mismo modo que corre un río: a ratos precipitado y rápido, a ratos torpe y lento; a ratos directo, a ratos tortuoso; a ratos profundo, a ratos superficial; a ratos turbio, a ratos claro; a ratos ancho, a ratos estrecho; así fluye mi estilo: a ratos serio, a ratos ligero; a ratos cómico, a ratos satírico; a ratos más elaborado, a ratos descuidado, según lo requiere el tema presente o según me veía afectado en ese momento. Y si te dignas a leer este tratado, no te parecerá diferente del camino que recorre el viajero común, a veces despejado, otras impracticable; aquí abierto, allí cercado; árido en un sitio, con mejor suelo en otro: por bosques, arboledas, colinas, cañadas, llanuras, etc. Te conduciré por montañas escarpadas, valles resbaladizos, hierba húmeda y campos fértiles¹¹⁵, a través de una gran variedad de objetos que te gustarán y seguramente disgustarán.

Por lo que respecta a la materia en sí o al método, si fueran erróneos, considera que te ruego lo que decía Columela, «los esfuerzos de un solo individuo no pueden acabar algo completamente o consumarlo», nadie puede observarlo todo. Hay, sin duda, muchos errores, puede ser justamente tachado, alterado y evitado en Galeno, Aristóteles, los grandes maestros. Es un buen cazador, sostiene uno¹¹⁶, el que coge algunas piezas, no todas; yo me he esforzado lo más posible. Además, no soy experto en este tema, no voy a hacer surcos aquí, este no es mi campo de trabajo, no soy más que un aficionado, lo confieso, un extraño, arranco una flor aquí¹¹⁷, otra allá, pero puedo garantizar que si un censor riguroso criticase lo que he escrito, no encontraría tres únicos errores, como Escalígero en Terencio, sino trescientos, tantos como ha encontrado en las *Sutilezas* de Cardano, tantos errores notables como descubre Laurembergius, recientemente profesor en Rostock, en la *Anatomía* de André du Laurens¹¹⁸, o el veneciano Francesco Barocci en Juan Sacrobosco. Y aunque esto sea la sexta edición, en la que debería haber sido más minucioso, corregido todos esos deslices anteriores, sin embargo era tan difícil y tedioso que, como los carpinteros descubren por experiencia, a veces es mucho mejor construir una casa nueva que reparar una vieja; podría escribir lo mismo antes que alterar lo que ya está escrito. Por tanto, si algo debiera estar fuera de

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

lugar, como puedo garantizar que está, solicito una amonestación amistosa, no una invectiva amarga, que las Gracias sean compañeras de las Musas, pero que las Furias se mantengan alejadas¹¹⁹. De otro modo, como en las controversias ordinarias, podemos disputar y posiblemente maltratarnos, pero ¿con qué fin? Somos eruditos, digo yo,

«Ambos jóvenes arcades, igualmente inspirados para cantar y responder según lo pida la canción»¹²⁰.

Si reñimos, ¿qué conseguiremos con ello? Molestarnos y ofendernos, divertir a otros. Si fuese culpable de un error, lo admitiré y me corregiré. Si he dicho algo que sea contrario a las buenas costumbres o a la verdad, en las letras sagradas o divinas, que se haga como si no lo hubiera dicho. Mientras tanto, solicito una censura favorable de todos los errores cometidos, las composiciones rudas, pleonasmos, repeticiones tautológicas (aunque Séneca me corrobore, «nunca se dice en exceso lo que nunca se dice bastante»), perturbaciones en las oraciones, números, errores de imprenta, etc. Mis traducciones son a veces más paráfrasis que interpretaciones, no literales, sino que, como autor, uso de mayor libertad, y sólo se ha tomado lo que correspondía a mis propósitos. A menudo se insertan en el texto citas que hacen el estilo más duro o a veces se ponen en los márgenes. He citado a autores griegos, Platón, Plutarco, Ateneo, etc., tomando sus traducciones, puesto que el original no estaba disponible. He mezclado lo sacro con lo profano, pero espero no haberlo profanado; y en la referencia a los nombres de los autores, los he ordenado accidentalmente, no cronológicamente; a veces los más modernos antes que los antiguos, según me los iba sugiriendo la memoria. Algunas cosas se han alterado y expurgado aquí, en la sexta edición, otras se han enmendado, muchas añadido, porque muchos buenos autores han llegado a mis manos desde entonces¹²¹, y no es ningún perjuicio, ni algo indecoroso ni una equivocación.

«Jamás ninguno echó tan bien la cuenta de su vida, que los negocios, los años y la experiencia no le enseñasen algo nuevo, y le avisasen de algo, de manera que lo que él se pensaba saber no lo supiese, y lo que tenía por mejor lo reprobase»¹²².

Pero ahora estoy resuelto a no sacar este tratado otra vez nunca más, «nada en demasía», en el futuro no añadiré, alteraré o retiraré nada; lo hecho, hecho está. La última y mayor objeción es que, siendo teólogo, me he mezclado con la medicina. Es lo que le objetaba Menedemo a Cremes, «¿tengo tanto ocio o tan poca ocupación míos propios como para buscar los problemas de otros hombres, que no me conciernen?»¹²³ ¿Qué tengo que ver con la medicina? Que los médicos se ocupen de lo que es propio de los médicos. Los Lacedemonios estaban una vez en un consejo tratando cuestiones de estado¹²⁴; un tipo libertino habló maravillosamente bien y ajustado al caso; su discurso recibió una aprobación generalizada. Un senador serio se adelantó, y quería por todos los medios que se rechazase el discurso, aun-

que fuese bueno, porque no tenía un autor mejor; en cambio, si algún hombre bueno dijese el mismo discurso, se debería aceptar. El consejo fue admitido y registrado en el acto, y así permaneció el buen discurso, y se cambió al mal autor. Dices lo mismo de mí, melindroso como eres, y permitirás quizá que esto que he escrito sobre medicina no estuviera fuera de lugar, si lo hubiera hecho otro, un médico profesional o similar; pero ¿por qué me metería yo con este tratado? Escúchame lo que digo: hay otros muchos temas adecuados para tratarlos, lo puedo garantizar, tanto humanos como divinos, que podría haber elegido si hubiese escrito sólo para lucirme. En ellos soy más experto y me podrían haber complacido mucho más, y podrían haberme satisfecho más a mí y a otros. Pero en ese momento estaba fatalmente empujado a esta roca de la melancolía, y arrastrado por esta corriente, que como un riachuelo, se ve sustraído del principal canal de mis estudios, en el que me he regocijado y ocupado en mis horas de ocio, como un tema muy necesario y útil. No es que lo prefiera a la Teología, a la que reconozco como la reina de las profesiones, de la que todas las demás son asistentes, sino que en la Teología yo no veía tanta necesidad. Pues si hubiese escrito positivamente, habiendo tantos libros de ese tipo, tantos comentadores, tratados, panfletos, exposiciones, sermones, que varias parejas de bueyes no podrían arrastrarlos. Y si hubiese estado tan adelantado y hubiese sido tan ambicioso como muchos otros, podría haber imprimido quizás un sermón en Paul's Cross, un sermón en St Mary en Oxford, un sermón en Christ Church, o un sermón ante el muy honorable, el reverendísimo, un sermón ante el muy venerable, un sermón en latín, en inglés, un sermón con nombre o sin él, un sermón, un sermón, etc. Pero siempre he estado tan deseoso de ocultar todos mis trabajos de este tipo como otros lo han estado de imprimir y publicar los suyos. Haber escrito en controversia habría sido cortar una cabeza de la Hidra, «una disputa genera otra»¹²⁵, tantas duplicaciones, triplicaciones y enjambres de preguntas, en esta guerra santa que se combate con la pluma¹²⁶, que tras haber empezado una vez, nunca acabaría. Se preferiría con mucho, como observó el papa Alejandro VI hace tiempo, «irritar a un gran príncipe que a un fraile mendicante»; un jesuíta o un seminarista, añadiré, pues son una sociedad incontestable, deben y quieren tener la última palabra; y proceden con tal avidez, insolencia, mentiras abominables, falsedades y amargura en las preguntas que, como dijo Horacio, no sé lo que les instiga, si es la ciega furia, o el error, o la temeridad¹²⁷; estoy seguro muchas veces de lo que ya hace tiempo se había dado cuenta Agustín¹²⁸, con esta tempestad de contención, la serenidad de la caridad se ve obnubilada, y hay demasiados espíritus conjurados ya de esta manera en todas las ciencias y más que nosotros pueden decir cómo calmarse, que se enojan con tanta furia y meten tal barullo que, como dijo Quintiliano¹²⁹, «habría sido mejor para algunos haber nacido mudos así como iletrados, que enloquecer hasta su propia destrucción».

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

«Habría sido mejor no escribir; por no decir nada no puede haber ningún daño».

Es un error generalizado, según la queja sobre la medicina del danés Severin Longberg, «siendo hombres infelices como somos, pasamos los días en cuestiones y disputas infructuosas», sutilezas intrincadas, sobre la lana de las cabras, sobre el reflejo de la luna en las aguas, «dejando mientras tanto sin tocar los tesoros más importantes de la naturaleza, donde se encontrarán las mejores medicinas para todo tipo de enfermedades, y no sólo las descuidamos, sino que las obstruimos, condenamos, prohibimos y nos mofamos de otros que desean indagar sobre ellas». Estos motivos me han inducido a decidirme por este tema médico.

Si algún médico, mientras tanto, concluye, ¡zapatero, a tus zapatos!, y se encuentra agraviado por que me haya entrometido en su profesión, le diré en pocas palabras que no me comporte con ellos de manera diferente a como lo hacen ellos con nosotros, si fuera en su beneficio. Conozco a muchos de su bando que han tomado las órdenes esperando un beneficio; es una mudanza habitual. ¿Por qué no podrá un teólogo melancólico, que no puede sacar nada si no es con la simonía, profesar la medicina? Drusiano, un italiano –Tritemio le llama Crusiano, pero erróneamente– «porque no era afortunado en su práctica, abandonó su profesión y escribió después sobre teología»¹³⁰. Marsilio Ficino era a la vez sacerdote y médico, y Thomas Linacer tomó las órdenes en sus últimos años¹³¹. Los jesuitas profesan ambas cosas al mismo tiempo, muchos con el permiso de sus superiores, son cirujanos, rufianes, alcahuetes, y comadres, etc. Muchos vicarios rurales pobres, a falta de otros medios se ven empujados al engaño y a convertirse en truhanes, charlatanes, empíricos y si nuestros codiciosos protectores nos mantienen en estas duras condiciones, como hacen habitualmente, harán que la mayoría trabajemos en algún comercio, como hizo Pablo, y que acabemos convirtiéndonos en capataces, preparadores de malta, vendedores ambulantes de frutas, ganaderos o que vendamos cerveza, como han hecho algunos, o algo peor. De todas maneras, al emprender esta tarea espero no cometer ningún gran error o falta de decoro. Si se considera todo justamente, me puedo justificar con Georgius Braunus y Hieronimus Hemingius, los dos famosos teólogos que (por tomar una o dos líneas de mi hermano mayor¹³²), atraídos por «un amor natural, el uno hacia la pintura y los mapas, las prospecciones y los placeres corográficos, escribió el extenso *Teatro de las ciudades*; el otro, hacia el estudio de las genealogías, compuso el *Theatrum Genealogicum*». O si no, puedo excusar mis estudios con el jesuita Leonhard Lessius en un caso similar¹³³. Es una enfermedad del alma sobre la que voy a tratar, que pertenece tanto al dominio de los teólogos como al de los médicos; ¿quién no sabe qué concierto existe entre estas dos profesiones? Un buen teólogo es o debería ser un buen médico, un médico espiritual al menos, como nuestro Salvador se llama a sí mismo, y lo fue en verdad (Mt 4, 23; Lc 5, 18; Lc 7 y

8). Sólo difieren en su objeto; para uno es el cuerpo, para el otro el alma, y usan diferentes medicinas para curar: uno cura el alma por el cuerpo, el otro el cuerpo por el alma, como bien nos informó nuestro regio profesor de medicina en una de sus sabias lecciones no hace mucho¹³⁴. Uno ayuda a los vicios y las pasiones del alma –ira, lujuria, desesperación, orgullo, presunción, etc.–, aplicando dicha medicina espiritual; del mismo modo el otro utiliza remedios apropiados para las enfermedades corporales. Siendo ésta una enfermedad común al cuerpo y al alma, y de tal cariz que necesita curación tanto espiritual como corporal, no podría encontrar mejor tarea en la que ocuparme, un tema más oportuno, tan necesario, tan útil y en general que incumbe a todo tipo de hombres, que participe igualmente de las dos ciencias y requiera un médico completo. Un teólogo puede hacer poca cosa él solo en esta enfermedad mixta, y un médico en algunos tipos de melancolía, mucho menos; juntos hacen una curación completa.

«Unidos en la amistad se encuentra ayuda recíproca»¹³⁵.

Y es adecuado para ambas, y espero que no resulte poco conveniente para mí, que soy teólogo de profesión y médico por devoción. Tuve a Júpiter en mi sexta casa; digo con Beroaldo¹³⁶, «no soy médico ni totalmente experto en medicina; en la teoría de medicina he pasado algunas fatigas, no con la intención de practicar, sino de satisfacerme a mí mismo, que fue asimismo la causa de tomar en un primer momento este tema».

Si estas razones no te satisfacen, buen lector, haré como el generoso prelado Alejandro Munífico, en un tiempo obispo de Lincoln, «después de haber construido seis castillos», dice William Candem¹³⁷, «para quitar la envidia de su obra» (las mismas palabras que William de Newbury dice de Roger, el rico obispo de Salisbury, que en tiempos del rey Stephen, construyó el castillo de Sherborne y el de Devizes), para desviar el escándalo o las imputaciones que de ello se podían inferir, construyó varios edificios religiosos. Si mi discurso es excesivamente médico, o sabe demasiado a humanidad, te prometo que después te compensaré con algún tratado de Teología. Pero espero que esto baste, cuando hayas considerado mejor la materia de mi tema, la melancolía, la locura y las razones siguientes, que eran mis motivos principales: la difusión de la enfermedad, la necesidad de curación, la utilidad o bien común que revertirá en todos los hombres por su conocimiento, como aparecerá más por extenso en el siguiente prefacio. Y no dudo que al final dirás conmigo que diseccionar este humor correctamente a lo largo de todos los miembros de este nuestro microcosmos es una gran tarea, como corregir los errores cronológicos de la monarquía asiria, averiguar la cuadratura del círculo, las ensenadas y estuarios de los pasos del noreste y noroeste, y un descubrimiento tan bueno como el del hambriento español¹³⁸ de la *Terra Australis Incognita*, un problema tan grande como el perfeccionar el movimiento de Marte y Mercurio, que tanto atormenta a nuestros astrónomos, o rectificar el calendario

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

gregoriano. Por mi parte, estoy así de impresionado, y espero, como hizo Teofrasto con sus *Caracteres*, «que nuestros hijos, ¡oh amigo Policles!, sean mejores gracias a lo que hemos escrito, corrigiendo y rectificando lo impropio en ellos con nuestros ejemplo, y aplicando nuestros preceptos y precauciones por su propia utilidad»¹³⁹. Y, al igual que el gran capitán Zisca quería que se hiciese un tambor con su piel cuando muriese, porque pensaba que sólo con su sonido haría huir a los enemigos, no dudo de que las siguientes líneas, cuando en el futuro se reciten o se lean, disiparán la melancolía (aunque yo ya no esté) como el tambor de Zisca pudo aterrorizar a sus enemigos. Sin embargo, déjame dar un consejo a mi lector presente o futuro que sea en verdad melancólico: que no lea los síntomas o pronósticos en la parte siguiente¹⁴⁰ para que no se aplique a sí mismo lo que lee, exasperándose, adecuando cosas explicadas en forma general a su propia persona (como hace la mayor parte de los melancólicos), para que no se moleste, se perjudique, y consiga en conclusión más daño que bien. Por tanto, les aconsejo que recorran esta parte con precaución, «arroja piedras al hablar (como decía Agrippa en su *Filosofía oculta*¹⁴¹) que tengan cuidado los lectores de que no les rompa el cerebro». El resto, no dudo que lo puedan leer con seguridad y para su provecho. Pero estoy siendo demasiado enfadoso; continúo.

Si alguien duda de la necesidad y validez de lo que he dicho, espero que haga un pequeño examen del mundo, como aconseja Cipriano a Donato, «imaginándose transportado a la cima de una montaña alta y desde allí que contemple los alborotos y sucesos de este mundo vacilante, y no puede elegir si reírse o compadecerse de ello»¹⁴². San Jerónimo, gracias a su gran imaginación, encontrándose en el desierto se imaginó que veía a la gente bailando en Roma, y si tú lo imaginas o sales para verlo, pronto te darás cuenta de que todo el mundo está loco, melancólico y que delira; que está hecho (como lo expresó Epichthonius Cosmopolites no hace muchos años en un mapa) como la cabeza de un loco con el lema «una cabeza que necesita eléboro». Es una cabeza demente, un paraíso de dementes o, como dice Apolonio, «una prisión común de bobos, tramposos, lisonjeros, etc., y necesita ser reformada». Estrabón, en el noveno libro de su *Geografía*, compara Grecia con la figura de un hombre, comparación que aprueba Nicholas Gerbelius en su exposición del mapa de Sophianus. El pecho se abre desde los Montes Acroceraunios en el Épiro al promontorio de Sunio en el Ática, Pages y Megara son los dos hombros, el istmo de Corinto el cuello y el Peloponeso la cabeza. Si se mantiene esta alusión, seguro que es una cabeza loca: Morea puede ser la locura¹⁴³; y, por decir lo que pienso, los habitantes de la Grecia moderna se apartan tanto de la verdad y de la verdadera religión en la actualidad como aquella Morea de la imagen de un hombre. Examina el resto del mismo modo y encontrarás que los reinos y provincias son melancólicos, las ciudades y familias, todas las criaturas, vegetales, sensibles y racionales, que todos los tipos, sectas, edades, condi-

ciones están desacompañados, como en la mesa de Cebes, antes de que vengan al mundo ya están ebrios por la copa del error, del más alto al más bajo tienen necesidad de la medicina y encontrarás que esas acciones particulares de Séneca¹⁴⁴, en las que padre e hijo probarán que el otro está loco, pueden generalizarse; Porcius Latro arguirá contra nosotros. Pero, en verdad, ¿quién no está demente, melancólico, loco?, ¿quién no es un enfermo mental?¹⁴⁵ La demencia, la melancolía, la locura no son sino una enfermedad, cuyo nombre común a todas es Delirio. Alejandro de Trales, Gordonio, Jasón Pratis, Savonarola, Guianerio, Montalto las confunden haciéndolas diferenciarse según sean mayores o menores. Así lo hace David (Sal 75, 4) «dije a los necios, no os portéis tan locamente»; y una vieja paradoja estoica dice «todos los necios están locos»¹⁴⁶, aunque algunos están más locos que otros. ¿Quién no es necio, quién está libre de la melancolía? ¿A quién no le ha alcanzado más o menos en hábito o disposición? Si es en la disposición, «las malas disposiciones producen malos hábitos si perseveran», dice Plutarco¹⁴⁷, y los hábitos o son o se convierten en enfermedades. Es lo mismo que mantiene Cicerón en la segunda de sus *Tusculanas*, «los dementes están enfermos, y también todos los que están trastornados en la mente». Pues, ¿qué es la enfermedad, sino, como la define Gregorio de Tolosa, «una disolución o perturbación del orden corporal que constituye la salud»¹⁴⁸: Y ¿quién no está enfermo o indispuerto? ¿En quién no reinará la pasión, la cólera, la envidia, el descontento, el temor y la pena? ¿Quién no sufre esta enfermedad? Dame permiso y verás por medio de qué testimonios, confesiones y argumentos lo demostraré, que la mayoría de los hombres están locos, que tenían tanta necesidad de peregrinar a Anticira (como hacían en tiempos de Estrabón¹⁴⁹) como en nuestros días corren a Compostela, a nuestra señora de Siquem o a Loreto para buscar ayuda; es probable que sea un viaje tan prósperocomo el de la Guayana de Sir Walter Raleigh, y hay mucha más necesidad de eléboro que de tabaco.

Que los hombres están indispuertos, melancólicos, locos, aturdidos, lo testimonia Salomón, (Ecl 2, 12): «Y me volví a considerar la sabiduría, la locura y la necedad, etc.» Y en el versículo 23: «pues todos sus días son dolor, su oficio penar y su corazón no descansa ni durante la noche». De modo que tomes la melancolía en el sentido que quieras, propia o impropriamente, como disposición o hábito, para placer o dolor, desvarío, descontento, temor, tristeza, locura, parcial o totalmente, verdadera o metafóricamente, es todo lo mismo. La risa misma es locura, de acuerdo con Salomón, y, como lo considera San Pablo, «la tristeza terrena trae la muerte». «Los corazones de los hijos de los hombres son malos y la locura está en sus corazones mientras viven» (Ecl 9, 3). Los mismos sabios tampoco son mejores; Ecl 1,18: «donde abunda la sabiduría, abundan las penas, y quien acumula sabiduría, aumenta su dolor». En el capítulo 2,17 él odiaba la vida, nada le agradaba, odiaba su trabajo; todo, según concluye, es «aflicción, pena, vanidad,

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

vejación del espíritu»¹⁵⁰. Y aunque fuese el hombre más sabio del mundo, un santuario de sabiduría, y tuviese sabiduría en abundancia, no se justificaría a sí mismo o a sus acciones. «Soy el más estúpido de los hombres. No tengo inteligencia humana» (Pr 30, 2). Sean las palabras de Salomón o las palabras de Agur, el hijo de Jakeh, son canónicas. David, un hombre cercano al corazón de Dios, confesó esto de sí mismo (Sal 73, 21 y 22): «era tan estúpido y tan ignorante, que era incluso como una bestia ante ti». Y censura a todos de tontos, Sal 53; 32, 9 y 49, 20. Les compara a las «bestias, caballos y mulas, en los que no hay entendimiento». El apóstol Pablo se acusa de la misma manera (2 Co 11, 21): «¡Ojalá pudiérais soportar un poco mi necedad! ¡Sí que me la soportáis!». «Toda la cabeza está enferma –dice Isaías– y el corazón está pesaroso» (Is 1, 5). Y les da menos importancia que a los bueyes y burros, «el buey conoce a su dueño, etc.». Lee Dt 32, 6; Jr 4; Am 3, 1; Ef 5, 6. «No seáis locos, no os engaños, Gálatas locos. ¿quién os ha embrujado?». ¿Cuántas veces se les ha puesto este epíteto de locura y necedad? Ninguna palabra es tan frecuente entre los Padres de la Iglesia y los Teólogos, puedes ver qué opinión tienen del mundo, y cómo valoran las acciones humanas.

Yo sé que nosotros pensamos de una forma bien diferente, y pensamos que en su mayor parte son hombres sabios aquellos que tienen autoridad, los príncipes, magistrados, que los hombres ricos nacen sabios, que todos los políticos y hombres de estado deben serlo, pues ¿quién se atreve a hablar contra ellos?¹⁵¹ Por otro lado, nuestro juicio está tan corrompido que consideramos a los sabios y honestos como necios. Esto lo expresó muy bien Demócrito en una de sus *Epístolas* a Hipócrates: «Los abderitas consideran una virtud la locura», al igual que la mayor parte de los hombres vivos. ¿Te diré el motivo? La Fortuna y la Virtud, la Sabiduría y la Necedad, sus padrinos, contendieron una vez en los juegos olímpicos¹⁵²; todo el mundo creía que la Fortuna y la Necedad llevarían la peor parte y les compadeceían. Pero ocurrió de forma totalmente diferente. La Fortuna era ciega y no le importaba dónde o a quién golpeaba, sin leyes, como gladiadores ciegos, etc. La Necedad, precipitada e imprudente, consideraba poco lo que decía o hacía. La Virtud y la Sabiduría cedían el paso, la gente las silbaba y las echó. La Necedad y la Fortuna eran admiradas y desde entonces sus seguidores también lo son¹⁵³; a los bribones y los locos normalmente les va bien y merecen lo mejor ante los ojos y opiniones de los humanos. Muchos hombres buenos no tienen mejores destinos en sus épocas. Akish (1 S 21, 14) consideraba a David un loco. A Eliseo¹⁵⁴ y el resto no se les consideraba de modo diferente. La gente se reía de David (Sal 71, 6): «me he convertido en un monstruo para muchos». Y normalmente somos considerados necios por Cristo (1 Co 14): «nosotros, necios. Locura nos pareció su vida y su muerte, una ignominia» (Sb 5, 4). A Cristo y sus apóstoles los censuraron de forma similar (Jn 10; Mc 3; Hch 26). Y así eran todos los cristianos en la época de Plinio, había otros con la misma locura¹⁵⁵. Y fueron llamados no mucho después,

secuaces de la locura, destructores de la sociedad, innovadores corruptos, fanáticos, perros, malhechores, brujos, hombrezuelos galileos¹⁵⁶. Es normal entre nosotros considerar a hombres honestos, devotos, ortodoxos, excelentes, religiosos, sinceros, como idiotas, burros que no pueden y no quieren mentir y disimular, engañar, halagar, adaptarse en la situación en la que han nacido, hacer buenos negocios, suplantar, prosperar, ser complaciente con sus patronos, aprender los modos habituales de ascender, observar con rectitud las leyes, maneras y costumbres, alabar sinceramente, defender con fortaleza, aprobar las opiniones, no dudar nada, creer todo, aceptar todo, no censurar nada, y todo lo que conduce a la promoción y la seguridad, que hace al hombre feliz sin dificultad y realmente sabio, en nuestra opinión. Hombres que no pueden adaptarse a su tiempo, como hacen otros, manejar y dejarse sobornar¹⁵⁷, etc. sino que temen a Dios, y tienen conciencia de lo que hacen. Pero el Espíritu Santo, que sabe mejor cómo juzgar, les llama necios. «El insensato ha dicho en su corazón» (Sal 53, 1). «Y sus acciones manifiestan su locura» (Sal 49, 13). «Pues ¿qué puede ser más necio que para procurarse un castigo eterno por un pequeño placer?», como nos inculcan Gregorio y otros.

Sí, incluso todos los grandes filósofos que el mundo siempre ha admirado, cuyas obras estimamos en tanto, que dieron preceptos de sabiduría a los demás, inventores de las artes y de las ciencias: Sócrates, el hombre más sabio de su tiempo, según el oráculo de Apolo, a quien sus dos discípulos Platón¹⁵⁸ y Jenofonte¹⁵⁹ tanto ensalzan y engrandecen, con los títulos honorables de «el mejor y el más sabio de todos los mortales, el más feliz y más justo»; y Alcibíades le alaba incomparablemente¹⁶⁰. Aquiles era un hombre valioso, pero Brásidas y otros lo eran tanto como él: Antenor y Néstor eran tan buenos como Pericles, y lo mismo el resto, pero ninguno antes o después de Sócrates, ninguno de los antiguos ni de los contemporáneos fueron nunca así, ni le igualarán ni se le acercarán. Incluso los siete sabios de Grecia, los druidas británicos, los brahmanes indios, los gimnosofistas etíopes, los magos de los persas, Apolonio –del que Filóstrato dijo, «sabio desde la cuna»–, Epicuro, tan admirado por su discípulo Lucrecio;

«Cuyo genio excedía en tanto a los genios de los hombres como el sol naciente oscurece a una estrella».

O el tan renombrado Empédocles,

«Que apenas parece engendrado en la stirpe humana»¹⁶¹.

Todos aquellos de los que leemos tales elogios hiperbólicos¹⁶², como de Aristóteles, que era la sabiduría misma en lo abstracto, un milagro de la naturaleza¹⁶³, una biblioteca viviente, como escribe Eunapio de Longino, lumbreras de la naturaleza, gigantes de la agudeza, quintaesencias de la agudeza, espíritus divinos, águilas en las nubes caídas del cielo, dioses, espíritus, lámparas del mundo, autoridades. Ninguna época futura producirá un hombre semejante, monarcas, mila-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

gros, maestros de la agudeza y el conocimiento, Océano, Fénix, Atlas, un prodigio, un portento de hombre, un museo de todo el mundo, el producto más perfecto de la naturaleza humana, el esposo de la Naturaleza.

«Al que, mercedamente, el mundo de la cultura rinde homenaje reconociéndolo como rey».

Como escribió Eliano de Protágoras y Gorgias, podemos decir de todos ellos, distan tanto de los sabios como los niños de los hombres, eran niños con respecto a ellos, pequeños, no águilas sino milanos, novicios, iletrados, eunucos de la sabiduría. Y aunque eran los más sabios y los más admirados en su época, como el mismo Eliano consideró a Alejandro, así les considero yo, había en su ejército diez mil tan valiosos que podían ser capitanes (si hubiesen estado en el puesto de mando) tan valientes como él; había miríadas de hombres más sabios en aquellos tiempos, y sin embargo todos inferiores a lo que deberían ser. Lactancio, en su libro *De sapientia*¹⁶⁴, demuestra que son tontos, necios, burros, locos, tan llenos de principios absurdos y ridículos y posiciones chifladas que en su opinión nunca una anciana o persona enferma desvarió más. Demócrito tomó todo de Leucipo y dejó, dice, «la herencia de su locura a Epicuro», deambula imbuido en una doctrina loca, etc.¹⁶⁵ Lo mismo sostiene de Platón, Aristipo y el resto, sin hacer diferencias «entre ellos y las bestias, salvo en que ellos pueden hablar»¹⁶⁶. Theodoreto en su tratado *De cura graec. affect.*¹⁶⁷ demuestra claramente lo mismo que Sócrates, al que sin embargo el oráculo de Apolo confirmó como el hombre más sabio de todos los vivientes, y le salvó de las plagas, al que han admirado dos mil años, del cual algunos dirán maldades tan pronto como de Cristo, y sin embargo, en realidad, era un idiota iletrado, como le llama Aristófanes¹⁶⁸, burlón y ambicioso, como le denomina su maestro Aristóteles, bufón ático, como Zenón, enemigo de todas las artes y ciencias, como Ateneo, para los filósofos y viajeros, un burro obstinado, un calumniador, una especie de pedante. Por sus modales, como lo describe Teodoro de Cirene, un sodomita¹⁶⁹, ateo (convicto por ello por Anito), iracundo, bebedor, mordaz, etc. compañero de taberna, según la confesión del propio Platón¹⁷⁰, un bebedor empedernido; y según todos los demás, era el más alcoholizado, un verdadero loco en sus acciones y opiniones. Pitágoras era en parte filósofo, en parte médico o en parte brujo. Si deseas oír más de Apolonio, un gran hombre sabio, a veces igualado por Juliano el Apóstata a Cristo, te remito al docto tratado de Eusebio contra Hierocles, y para todos ellos al *Piscator* de Luciano, el *Icaromenipo*, la *Necromancia*. Sus acciones y las opiniones que citaban y apoyaban eran en general tan prodigiosas, absurdas, ridículas, que sus libros y elaborados tratados estaban llenos de desvaríos, cosa que Cicerón en la epístola *A Ático* había observado hacía mucho, «la mayor parte de los escritores deliran en sus libros». Sus vidas eran opuestas a sus palabras, recomendaban la pobreza a otros, y ellos eran los más codiciosos, exaltaban el amor y la paz, y sin embargo se per-

seguían unos a otros con odio y malicia virulentos. Podían dar preceptos para la prosa y el verso, pero ni uno de ellos (como les dice Séneca en un sitio¹⁷¹) podría moderar sus instintos. Su música nos enseñó acentos de dolor, etc. cómo subir y bajar los tonos, pero ellos no se podían contener de modo que en la adversidad no hiciesen tonos lamentables. Medirán el suelo con la geometría, establecerán los límites, dividirán y subdividirán, pero no pueden prescribir sin embargo cuánto es suficiente para un hombre, o mantenerse dentro del compás de la razón y la discreción. Pueden cuadrar círculos, pero no entender el estado de sus propias almas; describir líneas rectas y curvas, etc. pero no saben lo que es correcto en esta vida, de modo que, como dijo aquél, creo que toda la Anticira no les restaurará la razón. Si ahora estos hombres¹⁷², que tenían el corazón de Zenodoto, el hígado de Crates, la linterna de Epicteto, estaban tan embotados y no tenían más cerebro que los escarabajos, ¿qué pensaremos de los hombres comunes? ¿Qué del resto?

Sí, pero deducirás lo que es cierto de los ateos, si se comparan con los cristianos (1 Co 3, 19): «la sabiduría de este mundo es la necedad a los ojos de Dios», «terrena y diabólica», como la llama Santiago (3, 15). «Se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció» (Rm 1, 21), «jactándose de sabios, se volvieron estúpidos» (versículo 22). Se admiran sus ingeniosos trabajos aquí en la tierra, mientras que sus almas se atormentan en el fuego del infierno. En cierto sentido, los cristianos son Crasianos, y si se les compara con esa sabiduría, no son mejores que necios. ¿Quién es sabio? Sólo Dios, replica Pitágoras. «Sólo Dios es sabio» (Rm 16), determina Pablo, «sólo Él es bueno», como bien asegura Agustín¹⁷³, «y ningún hombre vivo se puede justificar ante sus ojos». «Dios miró desde el cielo a los hijos de los hombres, para ver si había alguno insensato» (Sal 53, 2-3), pero todos están corruptos, se equivocan. «Ninguno hace el bien, ni uno siquiera» (Rm 3, 12). Job agrava esto (4. 18): «mirad si no se fía de sus mismos siervos, y aun a sus ángeles achaca desvarío» (5, 19) «¡Cuánto más en aquellos que viven en casas de arcilla!». En este sentido, todos estamos locos, y sólo las Escrituras son la fortaleza de Minerva¹⁷⁴, nosotros y nuestros escritos somos superficiales e imperfectos. Pero con ello no quiero decir esto que, incluso en nuestros negocios normales, no somos mejores que los dementes. Todas nuestras acciones, como dijo Plinio a Trajano¹⁷⁵ «nos echan en cara la demencia», todo el curso de nuestra vida no es sino cuestión de risa: no somos sabios cuerdateamente, y el mismo mundo, que debería al menos ser sabio en razón de su antigüedad, como lo considera Hugo de Prado Florido¹⁷⁶, «está cada día más loco que el anterior, cuanto más se le critica es peor; y como un niño, se le coronará con rosas y flores». Somos imitadores simiescos en este aspecto, «asnos de dos pies», y cualquier sitio está lleno de «burros metamorfoseados de dos piernas, de silenos metamorfoseados, pueriles», como niños de dos años que duermen en los brazos de su padre. Giovanni Pontano, en el diálogo *Antonius*, se ríe de un anciano que debido a su

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

edad estaba un poco tonto, pero como él advierte allí, «no os maravilléis de él solamente, pues toda la ciudad delira del mismo modo, somos una compañía de dementes»¹⁷⁷. No preguntes como aquel personaje del poeta, «¿Qué locura obsesiona a este anciano?»¹⁷⁸, sino ¿qué locura nos obsesiona a todos nosotros? Pues estamos todos locos, no una vez, sino siempre, al mismo tiempo, y en conjunto tan malos como él, y no digas que un anciano está en su segunda niñez, una anciana delira; sino dilo de todos nosotros, jóvenes y viejos, todos desvariamos, como prueba Lactancio siguiendo a Séneca. No hay diferencia entre nosotros y los niños, salvo que ellos juegan con muñecos de trapo y juguetes por el estilo y nosotros nos divertimos con fruslerías mayores. No podemos acusarnos o condenarnos mutuamente de ser imperfectos culpables, ni decir ociosamente¹⁷⁹ o, como Mitio reconvenía a Demea, «estás loco, fuera de ti»¹⁸⁰, pues nosotros mismos estamos igual de locos, y es difícil decir quién es el peor. Es más, es así en todo el mundo, es la fortuna y no sabiduría la que rige la vida¹⁸¹.

Cuando Sócrates se esfuerza por encontrar a un hombre sabio¹⁸², y con ese fin consulta a filósofos, poetas, artistas, concluye que todos los hombres son dementes, y aunque esto le produce ira y mucha envidia, sin embargo lo confiesa abiertamente en cualquier compañía. Cuando Supputius en Pontano¹⁸³ viajó por toda Europa para hablar con un hombre sabio, volvió al fin sin su encargo, no pudo encontrar a ninguno. Cardano coincide con él, «hay pocos (por lo que he podido percibir) que estén en su sano juicio»¹⁸⁴. Así lo dice Cicerón, «veo que todo se hace necia e imprudentemente».

«Uno se tambalea hacia un lado, otro hacia otro, pero es el mismo error el que les engaña a todos».

Todos chocan, pero no de la misma forma, no del mismo tipo de locura, «Uno es codicioso, otro lascivo, un tercero ambicioso, un cuarto envidioso, etc.»¹⁸⁵, como bien ha ejemplificado el estoico Damasipo en el poeta,

«Todos están igual de locos que tú»¹⁸⁶.

Es una enfermedad congénita en todos nosotros¹⁸⁷, hay un semillero de necedad, «que si se excitara o siguiera adelante, correría hasta el infinito, y varía de modos infinitos, del mismo modo que nosotros nos dedicamos a distintas cosas», dice Baltasar de Castiglione¹⁸⁸. Y no se le extirpa tan fácilmente, pues se agarra con mucha fuerza; como afirma Cicerón, «profundas son las raíces de la locura, así nos hemos criado y así continuaremos»¹⁸⁹. Algunos dicen que hay dos errores principales en el ingenio: el error y la ignorancia, a los que se reducen todos los demás; por la ignorancia desconocemos cosas necesarias y por error las conocemos falsamente. La ignorancia es una privación, el error un acto positivo. De la ignorancia viene el vicio, del error la herejía, etc. Pero distingue todos los tipos que quieras, divide y subdivide, pocos están libres o no tocan las de uno u otro tipo. Así agita

la ignorancia a la mayoría de los locos, como encontrará el que examine sus propias acciones y las de otros hombres.

Caronte en Luciano¹⁹⁰, según lo imagina con agudeza, fue conducido por Mercurio a un sitio tal en el que pudiera ver todo el mundo de una sola vez; después de que hubo visto y mirado, Mercurio quiso saber de él qué había observado: le dijo que había visto una multitud enorme y confusa, cuyas habitaciones eran como toperas, los hombres como hormigas, «podía discernir las ciudades como enjambres de abejas, donde cada abeja tenía un aguijón, y no hacían más que picarse unas a otras, algunas dominando como abejorros más grandes que los demás, algunas como avispas sisonas, otras como zánganos». Sobre sus cabezas revoloteaba una compañía confusa de perturbaciones, esperanza, temor, ira, avaricia, ignorancia, etc., y colgaba una multitud de enfermedades, que todavía arrasaban sobre sus cabezas. Algunos alborotaban, otros luchaban, correteaban, corrían, suplicando solícitamente, disputando cálidamente, por tonterías y fruslerías y ese tipo de futilidades. Sus ciudades y sus provincias son meras facciones: ricos contra pobres, pobres contra ricos, nobles contra artesanos, éstos contra nobles, y así el resto. En conclusión, los condenó a todos como locos, necios, idiotas, burros. «¡Oh necios, oh locos!, exclama, esfuerzos locos, acciones locas, locos, locos, locos. ¡Época frívola!»¹⁹¹. El filósofo Heráclito, después de una seria meditación sobre las vidas de los hombres, cayó en el llanto, y con lágrimas continuas deploraba su miseria, locura y necesidad. Por otro lado, Demócrito se echó a reír, pues la vida de los demás le parecía ridícula, y se dejó llevar de tal modo por la ironía que los ciudadanos de Abdera le tomaron por loco, y entonces mandaron mensajeros al médico Hipócrates para que ejerciera sus habilidades médicas sobre él. Pero la historia la cuenta por extenso Hipócrates en su *Epístola a Damageto*, la cual, puesto que no es impertinente para este discurso, la insertaré palabra por palabra, casi como la dice el mismo Hipócrates, con todas las circunstancias atinentes a ella.

Cuando Hipócrates llegó a Abdera, la gente de la ciudad vino a congregarse alrededor de él, algunos llorando, otros implorándole que hiciera todo lo posible. Después de una pequeña comida, fue a ver a Demócrito, y la gente le siguió; le encontró (como he dicho antes) solo en su jardín en los suburbios, «sentado en una piedra bajo un platanero, sin calzas ni zapatos, con un libro en las rodillas, diseccionando varias bestias y ocupado en su estudio». La multitud se quedó mirando en los alrededores para ver el encuentro. Hipócrates, después de una breve pausa, le saludó por su nombre, y él le respondió casi avergonzado de no poderle llamarle por el suyo, o de haberlo olvidado. Hipócrates le preguntó qué estaba haciendo. Él respondió que estaba «ocupado en la disección de varias bestias para encontrar la causa de la locura y de la melancolía»¹⁹². Hipócrates alabó su trabajo, admirando su felicidad y su holganza. «Y ¿por qué —dijo Demócrito— no tienes tú esa hol-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

ganza?». «Porque me lo impiden –replicó Hipócrates– los quehaceres domésticos, que es necesario que hagamos para nosotros, para los vecinos y los amigos; gastos, enfermedades, flaquezas y mortalidades que ocurren; la mujer, los hijos, siervos y ocupaciones parecidas que nos privan de nuestro tiempo». Demócrito, ante este discurso, empezó a reír abundantemente (mientras sus amigos y la gente que estaba allí lloraban lamentando su locura). Hipócrates le preguntó la razón por la que se reía. Él le dijo: «de las vanidades y rivalidades de este tiempo, de ver a los hombres tan carentes de cualquier acción virtuosa, que van a la caza de oro de forma tan alocada, sin poner fin a sus ambiciones, que se esfuerzan tan infinitamente para una gloria breve, y para ser favorecidos por los hombres, de que hagan minas tan profundas en la tierra para buscar oro y muchas veces no encontrar nada, perdiendo sus vidas y fortunas. A algunos les gustan los perros, a otros los caballos, algunos desean ser obedecidos en muchas provincias y sin embargo ellos mismos no saben qué es la obediencia¹⁹³. Algunos que amaron profundamente a sus esposas al principio, y después de un tiempo las abandonan y las odian, engendrando niños, con muchos cuidados y coste para su educación, y sin embargo cuando crecen y se hacen hombres, los desprecian, descuidan y dejan desnudos a merced del mundo. ¿No expresan estos comportamientos su necesidad intolerable? Cuando los hombres viven en paz, desean la guerra, detestando la tranquilidad, deponiendo a los reyes y ascendiendo a otros en su lugar, asesinando a algunos hombres para procrear hijos con sus mujeres. ¿Cuántos extraños humores hay en los hombres? Cuando son pobres y están necesitados, buscan las riquezas, y cuando las tienen, no las disfrutan, sino que las esconden bajo tierra o, si no, las gastan como manirroto. ¡Oh, sabio Hipócrates! me río de que se hagan tales cosas, pero sobre todo cuando no se saca con ello ningún bien y cuando se hacen con malos propósitos. No se encuentra verdad o justicia entre ellos, pues todos los días pleitean unos contra otros: el hijo contra el padre y la madre, hermano contra hermano, parientes y amigos hacen lo mismo; y todo esto por las riquezas, de las que después de la muerte ya no pueden ser poseedores. Y, sin embargo, se difamarán y matarán, cometerán todo tipo de acciones ilegales, despreciando a Dios y a los hombres, a los amigos y al país. Dan mucha importancia a muchas cosas sin sentido, estimándolas como una gran parte de su tesoro, estatuas, pinturas y bienes muebles semejantes, comprados caros, y tan astutamente elaborados que sólo les falta el habla¹⁹⁴, y sin embargo odian a las personas vivas que les hablan¹⁹⁵. Otros obran cosas difíciles: si habitan en tierra firme, se trasladarán a una isla, y de ahí a tierra de nuevo, no siendo de ninguna manera constantes en sus deseos. Ensalzan el coraje y la fuerza en las guerras y se dejan conquistar por la lujuria y la avaricia; en pocas palabras, son desordenados en sus mentes, como lo era Tersites en el cuerpo. Y ahora creo, oh noble Hipócrates, que no deberías reprendirme si me río al percibir tantas necesidades en los hombres; pues ningún hombre se reirá de su

propia necesidad, sino de la que ve en otro, y así sólo se ríen unos de otros. El borracho llama glotón al que sabe que está sobrio. A muchos hombres les gusta el mar, a otros la agricultura, en pocas palabras, no pueden llegar a un acuerdo sobre sus propios negocios y profesiones, mucho menos en sus vidas y acciones».

Cuando Hipócrates oyó estas palabras, pronunciadas de tan buena gana y sin premeditación para declarar la vanidad del mundo, lleno de contradicciones ridículas, respondió «que la necesidad ha impulsado a los hombres a tales acciones y que diversas voluntades se suceden del permiso divino para que no estemos ociosos, no siendo nada, es tan odioso para ellos como la pereza y la negligencia. Además, los hombres no pueden prever los hechos futuros en esta incertidumbre de los asuntos humanos; así, no se casarían si pudieran predecir las causas de su aversión o separación; o los padres, si supiesen la hora de la muerte de sus hijos, no se preocuparían de ellos tan tiernamente; o un agricultor no sembraría si pensase que no iba a haber cosecha; o un mercader no se aventuraría al mar si previese un naufragio; o no sería magistrado, si iba a ser depuesto. ¡Ay, noble Demócrito! todo el mundo espera lo mejor y con ese fin lo hace, y por tanto no hay tal causa u ocasión de risa».

Demócrito, al oír esta pobre excusa, se rió de nuevo a carcajadas, dándose cuenta de que le había entendido mal y no había comprendido bien lo que decía sobre las perturbaciones y la tranquilidad de la mente. «De manera que, si los hombres gobernasen sus acciones con discreción y prudencia, no se declararían necios como hacen ahora y él no tendría razones para reírse; pero (dice él) se envanecen en esta vida como si fueran inmortales y semidioses a falta de entedimiento. Bastaría con hacerlos sabios sólo con tal de que pudieran considerar la mutabilidad de este mundo y cómo cambia de rumbo, que nada es firme o seguro. El que ahora está arriba, mañana estará debajo; el que hoy se sentaba a este lado, mañana se le arroja al otro: y sin considerar estas cuestiones, caen en muchas inconveniencias y problemas, anhelando cosas inútiles, y codiciándolas, precipitándose hacia muchas calamidades. De modo que si los hombres no intentasen más de lo que pueden soportar, llevarían unas vidas tranquilas, aprendiendo a conocerse a ellos mismos, limitarían su ambición¹⁹⁶, percibirían que la naturaleza tiene suficiente sin buscar tales superfluidades, tales inutilidades, que no traen consigo nada más que pesar y molestias. Igual que un cuerpo grasiento está más sujeto a enfermedades, así los hombres ricos lo están a las absurdecas y necedades, a muchos desastres y grandes inconveniencias. Hay muchos que no hacen caso de lo que les pasa a otros por culpa de las maledicencias, y por lo tanto se destruyen de la misma forma por su propia culpa, sin prever los daños manifiestos. Esto es ¡oh, más que loco! dice, lo que me da motivos de risa, sufriendo las consecuencias de vuestras impiedades: vuestra avaricia, envidia, malicia, enormes villanías, motines, deseos insaciables, conspiraciones y otros vicios incurables; además, vuestro disimulo e hipocresía¹⁹⁷, manteniéndoos un odio mortal unos a

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

otros, y sin embargo ocultándolo con buena cara, desenfrenándose en todo tipo de sucias lujurias y transgresiones de las leyes, tanto naturales como civiles. Muchas de las cosas que han dejado, después de un tiempo vuelven a caer de nuevo: la agricultura, la navegación, y lo dejan otra vez, volubles e inconstantes como son. Cuando son jóvenes, desearían ser mayores, y cuando son mayores, jóvenes. Los príncipes recomiendan una vida privada, los hombres comunes están ávidos de honor. Un magistrado recomienda una vida tranquila, un hombre tranquilo desearía estar en su puesto y obedecido como lo es él, y ¿cuál es la causa de todo esto sino que no se conocen a ellos mismos? Uno disfruta destruyendo, otro construyendo, otro estropeando un país para enriquecer a otro y a sí mismo¹⁹⁸. En todas estas cosas son como niños, en los que no hay juicio ni consejo, y se parecen a las bestias, salvo que las bestias son mejores que ellos, pues están satisfechos con su naturaleza. ¿Cuándo se verá a un león que esconda oro bajo la tierra, o a un toro que contienda por un pasto mejor?¹⁹⁹ Cuando un jabalí tiene sed, bebe lo que necesita, y nada más, y cuando tiene el estómago lleno, deja de comer; pero los hombres son inmoderados en ambas cosas; como ocurre con la lujuria, los animales desean la cópula carnal en determinados momentos; los hombres, siempre, arruinando por tanto la salud de sus cuerpos. ¿Y no es motivo de risa el ver a un loco de amor atormentándose por una criada? Lloro, grito por una perra deforme, un ser desaliñado, y podía elegir entre las mayores bellezas. ¿Existe algún remedio para esto en la medicina? Yo anatomizo y disecciono a estas pobres bestias para ver las causas de sus destemplanzas, vanidades y necesidades; y sin embargo, si mi gentil naturaleza pudiera soportarlo, tal prueba debería hacerse en el cuerpo humano, que, desde la hora de su nacimiento es miserable, débil y enfermizo²⁰⁰. Cuando se amamanta, se deja guiar por otros, cuando crece, experimenta la infelicidad, y es fuerte, y cuando es anciano, vuelve a ser niño de nuevo y se arrepiente de su vida pasada»²⁰¹.

Y aquí, tras ser interrumpido por uno que traía libros, empezó otra vez con que todos están locos, son descuidados y estúpidos. «Para probar mis palabras anteriores, mira en los tribunales o en las casas privadas. Los jueces dan sus sentencias de acuerdo con sus propios intereses, haciendo claras injusticias con los pobres inocentes para satisfacer a otros²⁰². Los notarios alteran las sentencias y pierden sus escrituras por dinero. Algunos hacen dinero falso, otros falsifican los pesos. Algunos abusan de sus padres, y corrompen a sus propias hermanas, otros hacen largos libelos difamatorios y pasquines, difamando a hombres de buena vida y exaltando a los que son lujuriosos y viciosos; algunos roban a uno, otros a otro. Los magistrados hacen leyes contra los ladrones y ellos son los mismísimos ladrones²⁰³. Algunos se matan, y otros se desesperan por no poder satisfacer sus deseos. Algunos bailan, cantan, ríen, se regalan y banquetean mientras otros suspiran, languidecen, se afligen y se lamentan por no tener carne, bebida ni ropa. Algunos se

emperifollan el cuerpo y tienen la mente llena de vicios execrables²⁰⁴. Algunos se apresuran a levantar falsos testimonios y decir cualquier cosa por dinero²⁰⁵, y aunque los jueces lo saben, sin embargo por un soborno hacen la vista gorda y consienten que falsos contratos venzan sobre la equidad. Las mujeres se pasan el día vistiéndose para gustar a otros hombres de fuera, y van como puercas por casa, sin preocuparse de gustar a los que deberían hacerlo, a sus propios maridos. Viendo que los hombres son tan inconstantes, embotados, inmoderados, ¿por qué no me voy a reír de aquéllos a quienes la necedad les parece sabiduría? No se van a curar y no se darán cuenta».

Se hizo tarde, Hipócrates le dejó; apenas se había ido cuando todos los ciudadanos se agolparon en torno a él para saber qué le había parecido. Hipócrates les dijo en pocas palabras que a pesar de los pequeños descuidos en sus atavíos, en su cuerpo y en la dieta, el mundo no tenía un hombre más sabio, más erudito, más honesto, y que se engañaban mucho diciendo que estaba loco²⁰⁶.

Así consideraba Demócrito el mundo de su tiempo, y esta era la razón de su risa; y tenía un buen motivo.

«Antiguamente, Demócrito hizo bien riéndose, tenía un buen motivo, pero ahora mucho más; esta nuestra vida es más ridícula que la suya o la de sus predecesores»²⁰⁷.

Nunca hubo tantos motivos para risa como ahora, nunca tantos necios y locos. No basta con un Demócrito para reírse, en estos días necesitamos «un Demócrito que se ría de Demócrito»²⁰⁸, un bufón que se mofe de otro, un demente que se burle de otro, un gran Demócrito estentóreo tan grande como el coloso de Rodas. Pues ahora, como dijo en su tiempo Juan de Salisbury²⁰⁹, «todo el mundo hace el tonto». Tenemos un nuevo teatro, una nueva escena, una nueva *Comedia de los errores*, una nueva compañía de actores; los ritos de la diosa del placer (como imagina ingeniosamente Calcaginus en sus *Apólogos*) se están celebrando por todo el mundo, donde todos los actores están locos y dementes y a cada hora cambian sus vestidos y cogen el del siguiente. El que hoy era marinero, será boticario mañana; un rato herrero, otro filósofo, en estas fiestas de la diosa del placer. Ahora un rey con su corona, sus ropajes, cetro, servidores; pronto lleva delante un burro cargado como un carretero, etc. Si Demócrito estuviese vivo ahora, vería extrañas alteraciones, una nueva compañía de falsos enmascarados, burladores, asnos cumanos, máscaras, mimos, marionetas pintadas, apariencias, sombras fantásticas, bobos, monstruos, tarambanas, mariposas. Y muchos de ellos lo son realmente, si es verdad todo lo que he leído²¹⁰. Pues cuando antiguamente se solemnizó el matrimonio entre Júpiter y Juno, se invitó a todos los dioses a una fiesta junto con muchos hombres nobles. Entre ellos vino Crysalo, un príncipe persa con una escolta magnífica, rico con sus atavíos de oro, sus ropajes alegres, con una presencia majestuosa, aunque, por el contrario, era un asno. Los dioses, al verle venir

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

con tanta pompa y estado, se levantaron para hacerle sitio, juzgando al hombre por su hábito; pero Júpiter, dándose cuenta de lo que era, un tipo ligero, fantástico y ocioso, les convirtió a él y a su séquito en mariposas; y así continúan todavía, a menos que alguien sepa lo contrario, revoloteando con trajes coloreados; los hombres más sabios las llaman crisálidas, es decir, doradas por fuera, pero zánganos, moscas, y cosas sin valor. Hay multitud de cosas semejantes, etc.

«Donde encontrarás por todas partes tontos avaros y sicofantas pródigos».

Muchas sumas, mucho aumento de locura, necedad, vanidad, debía observar Demócrito si ahora se pusiese a viajar o si pudiera dejar Plutón para venir a ver las modas, como hizo Caronte en Luciano, para visitar nuestras ciudades de Moronia Pia, Moronia Foelix²¹¹, estoy seguro de que se partiría el pecho de tanto reír. Si Demócrito estuviera vivo, ¡cómo se reiría!²¹²

Un romano satírico de su tiempo pensó que todo el vicio, la necedad y la locura estaban en su apogeo, todo el vicio estaba periclitando²¹³.

El historiador Josefo acusó a sus compatriotas judíos de jactarse de sus vicios, publicar sus necedades y de que se disputaban entre ellos quién debería ser más famoso por sus villanías²¹⁴, pero nosotros les sobrepasamos mucho más en locura, estamos mucho más allá,

«Daremos, luego, una progenie más depravada»²¹⁵.

y el último fin es (sabes cuál es su oráculo) cómo ser el peor. No se puede negar, el mundo cambia cada día, las ciudades caen, los reinos cambian, etc., las modas cambian, las leyes se alteran, como observa Petrarca²¹⁶, cambiamos de lengua, hábitos, leyes, costumbres, maneras, pero no de vicios, no de enfermedades; no, los síntomas de la necedad y la locura son todavía los mismos. Y como un río que vemos mantiene el mismo nombre y el mismo sitio, pero no el agua, y sin embargo siempre corre; nuestros tiempos y las personas cambian, pero los vicios son los mismos y siempre lo serán²¹⁷; mira cómo desde antiguo cantaban los ruiseñores, los gallos cacareaban, las vacas mugían, las ovejas balaban, los gorriones gorjeaban, los perros ladraban, y todavía lo hacen; nosotros todavía mantenemos nuestra locura, todavía hacemos el tonto, y el espectáculo no se ha acabado todavía; todavía tenemos los mismos humores e inclinaciones que nuestros predecesores; nos encontrarás a todos semejantes a nosotros y nuestros hijos, y así continuará nuestra posteridad hasta el final. Pero hablemos de los tiempos presentes.

Si Demócrito estuviese vivo ahora y no viese más que la superstición de nuestra época, nuestra locura religiosa²¹⁸, como la llama Emmanuel Meteran²¹⁹; tantos cristianos profesos, y sin embargo tan pocos imitadores de Cristo; tanta charla de religión, tanta ciencia, tan poca conciencia; tanto conocimiento, tantos predicadores, tan poca práctica; tal variedad de sectas, tal tira y afloja de todas partes, «enseñas que se oponen a enseñanzas»²²⁰, etc., tradiciones y ceremonias tan absurdas y ridículas. Si se encontrase a un capuchino²²¹, un franciscano, un jesuita fari-

seo, un hombre-serpiente, un monje tonsurado, con sus ropajes, un fraile mendicante, o si viese a su señor coronado tres veces, el Papa, el sucesor del pobre Pedro, el siervo de los siervos de Dios, deponer a reyes con su pie, pisotear el cuello de emperadores, hacerles estar de pie descalzos y con las piernas desnudas a sus puertas, mantener su brida y estribo, etc. ¡Oh, si Pedro y Pablo estuvieran vivos para ver esto!. Si Demócrito observase a un príncipe arrastrarse tan devotamente para besarle el dedo del pie²²², y los cardenales con su capelo, pobres párrocos antaño, ahora compañeros de príncipes; ¿qué diría? La locura intenta entrar en el mismísimo cielo. Si se hubiese encontrado a alguno de los peregrinos que van descalzos a Jerusalén, a Nuestra Señora de Loreto, a Roma, a Santiago de Compostela, al sepulcro de Santo Tomás de Canterbury, arrastrarse a esas reliquias falsas y excéntricas. Si hubiese estado presente en una misa, y hubiese visto besar de tal modo las patenas en la paz, los crucifijos, adulaciones, chapuces, sus diversos atavíos y ceremonias, figuras de santos, indulgencias, perdones, vigiliias, ayunos, fiestas, señales de la cruz, golpes en el pecho, arrodillarse en el Ave María, las campanas, con tantas otras cosas²²³, espectáculos agradables para la plebe ruda, orando en jerigonza, musitando el rosario. Si hubiese oído a una anciana decir sus oraciones en latín, la aspersion del agua bendita, la ida en procesión,

«Multitudes de miles de monjes que avanzan con estandartes, cruces e imágenes sagradas, etc.»²²⁴.

Sus breviarios, sus bulas, sus rosarios, exorcismos, pinturas, cruces curiosas, fábulas y charlatanerías. Si hubiese leído la *Leyenda dorada*, *El Corán* de los turcos, o el *Talmud* de los judíos, los comentarios de los rabinos, ¿qué habría pensado? ¿Cómo crees que se habría visto afectado? Si hubiera examinado más particularmente la vida de un jesuita entre los demás, habría visto a un hipócrita que profesa la pobreza, y sin embargo posee más bienes y tierras que muchos príncipes, tiene infinitos tesoros e ingresos²²⁵; enseña a otros a ayunar y actúa como un glotón él mismo; como un barquero, que rema hacia un lado y mira hacia otro. Hace votos de castidad, habla de la santidad, y es sin embargo un famoso medianero y un famoso fornicador, un individuo lujurioso, un verdadero cabrón²²⁶. Monjes de profesión, los que renuncian al mundo y a sus vanidades, y sin embargo una chusma maquiavélica²²⁷ interesada en todos los asuntos de estado²²⁸: hombres santos, pacificadores y sin embargo llenos de envidia, lujuria, ambición, odio y malicia, incendiarios, una plaga extendida del país, traidores, asesinos, así se llega al cielo, y esto es hacer más de lo que se debe y hacer merecer el cielo a ellos y a otros. Si Demócrito hubiese visto, por el contrario, a algunos de nuestros queridos y curiosos cismáticos en el otro extremo, que aborrecen las ceremonias y preferirían perder sus vidas y modos de vida a hacer o admitir cualquier cosa que los papistas hayan utilizado antes, aunque en cosas indiferentes (sólo ellos son la Iglesia verdadera, la sal de la tierra, aunque sean los más insulsos de todos); formalistas, por

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

temor y adulación servil, giran como veletas, una chusma de oportunistas preparados para aceptar y mantener lo que se propone o se propondrá con esperanza de ascenso. Son una nueva compañía epicúrea, al acecho como los buitres, aguardando las presas de los bienes de la Iglesia, y preparados para levantarse con la caída de cualquiera: como dijo Luciano en un caso semejante, «¿qué piensas que habría hecho Demócrito si hubiese sido espectador de estas cosas?»

O si hubiese observado a la gente común seguir como ovejas a uno de sus compañeros, arrastrados por los cuernos a un barranco, algunos por ardor, otros por temor, a donde los lleva la tempestad, dar crédito a todos, no examinar nada, y sin embargo preparados para morir antes de renunciar a ninguna de estas ceremonias a las que han estado acostumbrados; otros, por hipocresía, frecuentan sermones, se golpean el pecho, alzan sus ojos al cielo, fingen ardor, desean reformarse, y son sin embargo usureros declarados, gruñones, monstruos de hombres, harpías, demonios en sus vidas, por no decir nada más.

Qué habría dicho si viese, oyese y leyese sobre tantas batallas sangrientas, tantos miles de muertos a la vez, tales ríos de sangre, capaces de mover molinos, por la culpa y la furia de uno solo, o para divertir a los príncipes, sin ninguna causa justa, «por títulos vanos, dice Agustín, por prioridad, por alguna criada o alguna tontería similar, o por un deseo de dominación, vanagloria, malicia, venganza, necedad, locura» (todo buenas razones, por las que el mundo entero se agita con guerras y asesinatos) mientras los mismos hombres de estado, entre tanto, están seguros en casa, regalados con todos los deleites y placeres, están a sus anchas y siguen sus deseos, sin considerar cuán intolerable miseria soportan los pobres soldados, sus heridas, hambre, sed, etc. las lamentables preocupaciones, tormentos, calamidades y opresiones que acompañan a tales conductas. Ellos no los sienten ni se dan cuenta de ello. «Así han empezado las guerras, por decisión de unos pocos capitanes viciosos, cerebros de mosquito, pobres, disolutos, hambrientos, lisonjeros parásitos, calaveras inquietos, innovadores impacientes, inmaduros; para satisfacer el despecho de un hombre en particular, su lujuria, su ambición, su avaricia etc.» tales causas provocan las guerras con todos sus crímenes. La flor de los hombres, los hombres honestos, bien proporcionados, educados cuidadosamente, capaces tanto en el cuerpo como en el alma, perfectos, son llevados como bestias al matadero en la flor de su edad, orgullosos y con sus fuerzas plenas, sin remordimientos ni compasión; son sacrificados a Plutón, sacrificados como ovejas, para la comida de los demonios, cuarenta mil a la vez²²⁹. En un primer momento, digo, fue tolerable, pero estas guerras duran siempre épocas enteras, nada resulta más familiar que el cortar con el hacha, las masacres, asesinatos, devastaciones. El cielo resuena con un ruido desconocido, no se preocupan por el perjuicio que provocan, con tal de que se puedan enriquecer para el presente, soplarán el carbón de la contención hasta que el mundo se consuma en llamas. El asedio de Troya

duró diez años y ocho meses, murieron ochocientos setenta mil griegos, seiscientos setenta mil troyanos en la toma de la ciudad y, después, fueron asesinados doscientos setenta y seis mil hombres, mujeres y niños de todo tipo²³⁰. César mató a un millón, el turco Mahomet II a trescientas mil personas²³¹. Sicinio Dentato luchó en cien batallas, ocho veces venció en combate singular, tuvo antes cuarenta heridas, fue recompensado con ciento cuarenta coronas, triunfó nueve veces por su buen servicio. M. Sergio tuvo treinta y dos heridas; el centurión Scevola, no sé cuántas; cada nación tiene sus Héctores, Escipiones, Césares y Alejandro. Nuestro Eduardo IV estuvo en veintiséis batallas a pie²³², y como lo hacen los demás, él se precia de ello, concierne a su honor. En el cerco de Jerusalén murió un millón cien mil por la espada y el hambre. En la batalla de Cannas, se mató a setenta mil hombres, como recoge Polibio²³³, tantos como en nuestra Battle Abbey; y no es nada nuevo luchar de sol a sol, como hicieron Constantino y Licinio, etc. En el asedio de Ostende (la academia del demonio), una pobre ciudad en cierto modo, un pequeño fuerte, pero un gran fosa, ciento veinte mil hombres perdieron sus vidas, además de ciudades enteras, aldeas y hospitales se llenaron de soldados mutilados; había máquinas de guerra, explosivos, y cualquier cosa que el demonio pudiese inventar para perjudicar, con dos millones y medio de balas de hierro de cuarenta libras disparadas, tres o cuatro millones de oro consumido «Quién puede (dice mi autor) sorprenderse suficientemente de sus corazones de piedra, de su obstinación, furia, ceguera; quién, sin ninguna posibilidad de éxito, aventura a los pobres soldados y les lleva sin compasión a la matanza? ¿No puede llamarse justamente la rabia de las bestias furiosas que corren sin razón hacia sus propias muertes?²³⁴ ¿Qué plaga, qué furia trajo algo tan malvado, tan brutal como la guerra por primera vez a las mentes de los hombres?²³⁵ ¿Quién ha hecho que una criatura tan suave y pacífica, nacida para el amor, la misericordia, la moderación, desvaríe de este modo, se enfurezca como las bestias y corra hacia su propia destrucción? ¿Cómo puede la naturaleza reconvenir a la humanidad, «te hice inocente, tranquilo, una criatura divina»! ¿Cómo pueden reconvenirlo Dios y todos los hombres buenos! Sin embargo, como se conduce uno²³⁶, se admiran sus acciones y se les considera como héroes. Estos son los espíritus bravos, los galanes del mundo, sólo a ellos se les admira y sólo ellos triunfan, tienen estatuas, coronas, pirámides, obeliscos para su fama eterna, el genio inmortal está presente en ellos. Cuando se sitió a Rodas, las zanjas estaban llenas de cadáveres muertos²³⁷; y cuando el dicho Gran Turco Solimán sitió Viena, el nivel de los cadáveres llegó a lo alto de los muros. Se ríen de esto, y lo harán con sus amigos y confederados contra juramentos, votos, promesas, por traición u otras causas. Astucia o arrojo, ¿qué más da, tratándose de enemigos?²³⁸ Ligas y leyes militares («en el fragor de las armas las leyes callan»²³⁹) para su propio provecho; se pisotean la leyes de los dioses y de los hombres, sólo la espada lo determina todo, para satisfacer su lujuria y su animosi-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

dad; no se preocupan de lo que intentan, dicen o hacen; es raro encontrar fe y honestidad entre los que van a la guerra²⁴⁰. Nada es tan común como tener a «padre contra hijo, hermano contra hermano, pariente contra pariente, reino contra reino, provincia contra provincia, cristianos contra cristianos»²⁴¹, de los que no tuvieron ninguna ofensa en pensamiento, palabra u obra. Se consumen infinitos tesoros, se queman villas, se saquean y arruinan ciudades florecientes, lo que «a la memoria le horroriza recordar», excelentes campos despoblados y abandonados, en la desolación, se expulsa a sus antiguos habitantes, el mercado y el tráfico decaen, se desflora a las doncellas, doncellas sin casar aún y jóvenes que todavía no son hombres. Las honestas matronas gritan con Andrómaca, «quizá se vean obligadas a yacer con los que antes han matado a sus maridos»²⁴²; a ver a ricos, pobres, enfermos, sanos, señores, siervos, todos consumidos o tullidos, etc. y cualquier cosa que pueda sugerir una mente criminal y una inclinación perversa, dice Cipriano, y cualquier tormento, miseria, perjuicio, el mismísimo infierno que puedan inventar el demonio, la furia y la rabia para su propia ruina y destrucción²⁴³. La guerra es una cosa tan abominable como concluye Nicholas Gerbelius, es el látigo de Dios, causa, efecto, fruto y castigo del pecado²⁴⁴, y no la poda del género humano, como la llama Tertuliano, sino su destrucción.

Si Demócrito hubiera estado presente en las últimas guerras civiles de Francia, esas guerras abominables –las guerras, detestadas por las madres– «donde en menos de diez años se ha aniquilado a un millón de hombres», dice Collignius y se han destruido veintemil iglesias; además el reino entero está destruido (como añade Richard Dinot²⁴⁵). Han matado tantos millares de hombres con la espada, con hambres, guerras, con un odio tan fiero, que el mundo estaba asombrado. O si hubiese estado en nuestros últimos campos farsalios en tiempos de Enrique VI, entre las casas de Lancaster y York; cien mil hombres muertos, escribe uno²⁴⁶; según otro se extinguieron diez mil familias²⁴⁷, «de lo que cualquier hombre no puede sino maravillarse, dice Comineo, por la bárbara crueldad, la locura fiera cometida entre hombres de la misma nación, lengua y religión». ¿Por qué este furor, ciudadanos?²⁴⁸ «¿Por qué se enojan de manera tan feroz los gentiles?», dice el profeta David (Sal 2, 1). Pero nosotros podríamos preguntar, ¿por qué se enojan de manera tan feroz los cristianos? ¿Por qué la juventud desea la guerra y corre a las armas?²⁴⁹ Si es inadecuado para los gentiles, mucho más lo es para nosotros que los tiranicemos así, como los españoles en las Indias Occidentales que mataron en cuarenta y dos años (si podemos creer a Bartolomé de las Casas²⁵⁰, su propio obispo), a doce millones de hombres con tormentos sorprendentes y refinados: «no mentiría, dice él, si dijese cincuenta millones». Omito las masacres francesas, las Vísperas Sicilianas, las tiranías del Duque de Alba²⁵¹, nuestra Conspiración de la Pólvora, la «Cuarta Furia», como la llama uno²⁵², la Inquisición española que hace sombra a las diez persecuciones de los cristianos; así es como el impío Marte

maltrata el universo²⁵³. ¿No es éste un mundo loco, como lo denomina Jansen Gallobelgicus²⁵⁴, una guerra loca? ¿No están locos, como concluye Escalígero²⁵⁵, los que dejan batallas tan frecuentes como memoriales perpetuos de su locura para todas las épocas? ¿Crees que todo esto habría forzado, a Demócrito a reirse o más bien le haría cambiar su tonada, alterar su tono y llorar con Heráclito²⁵⁶, o gemir, rugir y mesarse los cabellos por conmiseración, quedarse maravillado²⁵⁷; o, como imaginan los poetas que quedó Niobe por el dolor, estupefacta, y convertida en piedra? Todavía no he dicho lo peor, lo que es más absurdo y loco, en sus tumultos, sediciones, guerras civiles e injustas²⁵⁸, lo que se comienza con necedad, se continúa criminalmente y acaba en miseria²⁵⁹.

A tales guerras me refiero, pues no todas se deben condenar, como falsamente piensan los fantasiosos anabaptistas. Nuestras tácticas cristianas son completamente tan necesarias como las haces romanas y como las falanges griegas; ser soldado es una de las profesiones más nobles y honradas, tanto como el mundo, de la que no se ha de prescindir. Son nuestros mejores muros y baluartes, y por lo tanto reconozco como cierto lo de Cicerón²⁶⁰, «todas nuestras cuestiones civiles y nuestros estudios, toda nuestra defensa, diligencia y nuestro encomio están bajo la protección de las virtudes guerreras, y siempre que hay sospecha de tumultos, nuestras artes cesan». Las guerras son de lo muy importantes, y los guerreros son más útiles al estado que los agricultores, como defiende Máximo de Tiro²⁶¹, y el valor es muy encomiable en un hombre sabio; pero se equivocan mucho, según la observación de Galgaco en Tácito, denominan con nombre incorrecto virtud al robo, el asesinato, la rapiña, raptos, matanzas, masacres, etc. son bonitos pasatiempos, como apunta Juan Luis Vives. «Normalmente a las sanguijuelas más cerebro de mosquito, a los ladrones más fuertes, a los villanos más desesperados, los bribones traicioneros, asesinos inhumanos, a los miserables temerarios, crueles y disolutos, los llaman espíritus valientes y generosos, capitanes heroicos y valerosos, hombres bravos en las armas»²⁶², «soldados valientes y renombrados, pero están poseídos de una convicción insensata de falso honor», como se queja Pontus Heuter en su *Rerum Burgundicarum libri sex*.

Por todo esto, se da que a diario se ofrecen tantos voluntarios, dejando a sus dulces esposas, hijos, amigos por seis peniques –si los pueden conseguir– al día, para prostituir sus vidas y sus cuerpos, desean abrirse brechas, hacer de centinelas escondidos, dar el primer asalto, estar en primera línea de la batalla, continuando la marcha con valentía con alegre ruido de tambores y trompetas, con tal vigor y celo, tantos estandartes ondeando al viento, armaduras brillantes, movimientos de plumas, bosques de lanzas y espadas, variedades de colores, coste y magnificencia, como si entrasen triunfantes con la victoria en el Capitolio, y con tal pompa como cuando el ejército de Darío marchaba al encuentro de Alejandro en Issos. Desprovistos de todo temor corren a los peligros inminentes, a la boca de los caño-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

nes, etc. para que la espada del enemigo se despunte con su propia carne, dice Marino Barlesio²⁶³, para conseguir un nombre de valor, honor y aplauso, que no dura nada, pues esta fama es un mero fogonazo, y como una rosa, se va en un instante. De los quince mil proletarios muertos en batalla, apenas quince se recuerdan en la historia, o uno sólo, el general quizá, y después de un tiempo su nombre y el de los otros se borran igualmente, y la misma batalla se olvida. Los oradores griegos, con gran ingenio y elocuencia, exponen las derrotas renombradas en las Termópilas, Salamina, Maratón, Micale, Mantinea, Cheronaea, Platea. Los romanos han puesto por escrito su batalla en Cannas y en los campos Farsalios, pero no hacen más que escribirlas y apenas oímos nada de ellas. Y sin embargo este supuesto honor, aplauso popular, deseo de inmortalidad por estos medios, el orgullo y la vanagloria les incitan muchas veces temeraria e imprudentemente a quitarse del medio a ellos mismos y a muchos otros. Alejandro estaba afligido porque no había más mundos para que él los conquistase, y algunos lo admiran por eso, eran las palabras de un príncipe, pero como el sabio Séneca²⁶⁴ le censura, eran las palabras de un loco de manicomio; y esa frase que el mismo Séneca destina a su padre Filipo y a él, yo la aplico a todos: «hicieron tanto mal a los hombres mortales como el agua y el fuego²⁶⁵, elementos crueles cuando se enfurecen»²⁶⁶.

Lo que es todavía más lamentable, les convencen de que este infernal tipo de vida es sagrado, prometen el cielo a los que arriesgan sus vidas en una guerra santa, y que por estas guerras sangrientas, como las persas²⁶⁷, griegas, y romanas de antaño, o como actualmente hacen los turcos con el vulgo, les alientan a luchar, a que mueran miserablemente²⁶⁸. «Si mueren en el campo de batalla, van directamente al cielo, y serán canonizados como santos». ¡Oh invención diabólica!, les ponen en las crónicas, para su eterna memoria; mientras en verdad, como sostienen algunos, sería mucho mejor (pues la guerras son el azote de Dios para el pecado, por las cuales castiga la displicencia y necedad de los hombres mortales) que tales historias brutales se suprimieran, porque no conducen en absoluto a los buenos modales o a la buena vida²⁶⁹. Pero lo considerarán así de cualquier modo, y así «ponen una nota de divinidad en la plaga más cruel y perniciosa del género humano», adoran a los hombres con grandes títulos, grados, estatuas, imágenes, honor, les aplauden y recompensan mucho por sus buenos servicios: no hay gloria mayor que la de morir en el campo. Así encomia Ennio al Africano; Marte y Hércules²⁷⁰, y no sé cuántos además en la Antigüedad fueron divinizados, llegaron así al cielo, pero eran en realidad carniceros sanguinarios, destructores malvados y alborotadores del mundo, monstruos prodigiosos, cancerberos, plagas salvajes, devoradores, ejecutores comunes de la humanidad, como prueba verdaderamente Lactancio, y Cipriano dice a Donato. Luchaban desesperadamente en las guerras, y se arrojaban a la muerte (como los celtas en Damasco, con valor ridículo, que pensaban que era una desgracia huir a un muro en ruinas, proclive a caer sobre sus

cabezas); los que no corran a la punta de una espada o busquen evitar el disparo de un cañón, son viles cobardes, y no hombres valientes. Con esto, la tierra se revuelca en su propia sangre, se excita un deseo loco de guerra con todos sus horrores²⁷¹, por lo que, si se hiciera en privado, un hombre sería ejecutado rigurosamente, «que no es mucho menos grave que el asesinato en sí mismo; si el mismo hecho se realizase en público en las guerras, se llamaría valor, y se honraría al interesado por ello»²⁷². El vicio, cuando es próspero y afortunado, se llama virtud²⁷³. Juzgamos todo como lo hacen los turcos, por los éxitos, y en su mayor parte, como nota Cipriano, en todas las épocas, países, lugares, la magnitud de la maldad del hecho justifica al ofensor. Se corona a uno por lo que a otro se le atormenta²⁷⁴. Uno se hace caballero, Lord, conde, gran duque (como anota Agrippa²⁷⁵), por lo que a otro se le habría colgado en la horca, para escarmentar al resto,

«Si otro hubiese hecho lo mismo, se le habría llevado ante el juez»²⁷⁶.

Se colgó a un pobre ladrón de ovejas por robar provisiones, apremiado quizás por necesidad del frío intolerable, el hambre y la sed, para evitar morir de hambre; pero un gran hombre en el poder, seguramente puede robar provincias completas²⁷⁷, destruir a miles de personas, saquear y depredar, oprimir a voluntad, huir, pulverizar, tiranizar, enriquecerse con saqueos del vulgo, puede ser incontrolable en sus acciones, y después de todo, ser recompensado con títulos pomposos, honrado por sus buenos servicios, y nadie se atreverá a encontrar un error o murmurar sobre ello²⁷⁸.

Cómo se habría visto afectado Demócrito al ver que un miserable malvado o «demente, un verdadero idiota, de pocas luces, un asno de oro, un monstruo de hombres tiene a muchos hombres buenos, sabios, eruditos que le sirven con toda sumisión, como un apéndice a sus riquezas²⁷⁹, por un solo motivo: porque tiene más riqueza y dinero; y le honran con títulos divinos y epítetos ampulosos»; sofocan con panegíricos y elogios a quien saben que es un tonto, un necio, un infeliz codicioso, una bestia, etc. «porque es rico»²⁸⁰. Al ver un asno con piel de león, un cadáver sucio y repugnante, una cabeza de Gorgona henchida de parásitos, tomar para sí títulos gloriosos, pero que vale menos que un niño, un asno cumano, un sepulcro blanqueado, un templo egipcio. Al ver una cara mustia, una complexión enfermiza, deforme, gangrenada, un esqueleto corrompido, una mente venenosa y un alma epicúrea adornada con perlas orientales, joyas, diademas, perfumes, obras curiosas y elaboradas, tan orgulloso de sus trajes como un niño con zapatos nuevos. Al ver a una buena persona de semblante angelical y divino, un santo, una mente humilde, un espíritu dócil, vestido con andrajos, que mendiga, y ahora a punto de morir de hambre. Al ver a un tonto desaliñado y despreciable en sus vestiduras, con un abrigo andrajoso, pero educado en su discurso, de espíritu divino, sabio; otro de trajes limpios, pulido, lleno de cortesía, pero falto de gracia, ingenio, decir disparates.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Al ver tantos juristas, abogados, tantos tribunales y tan poca justicia; tantos magistrados, y tan poca preocupación por el bien común; tantas leyes, y sin embargo no menos desórdenes; un tribunal, un campo sembrado de litigios; un tribunal, un laberinto, tantos miles de pleitos en un solo tribunal a veces, seguidos de forma tan violenta. Al ver al mayor malhechor que a menudo administra justicia, al más impío ocuparse de la religión, al más ignorante presidir la cultura, al más ocioso en el trabajo y el más insensible en la distribución de la caridad. Al ver a un cordero ejecutado, a un lobo dictar sentencias²⁸¹, un bandido procesado y un ladrón sentado en el banquillo, a un juez que castiga severamente a los otros, comportarse mal él mismo, el mismo hombre comete el robo y lo castiga²⁸², castiga un robo y es él mismo el ladrón²⁸³. Las leyes alteradas, malinterpretadas, interpretadas a favor o en contra, lo que hacen con el juez los amigos, sobornarle o afectarle de alguna forma; como una nariz de cera, buena hoy, nada mañana²⁸⁴; o firme y sólido en su opinión. La sentencia prolongada, cambiada a gusto del juez, siempre el mismo caso: «uno privado de su herencia, otro la consigue con falsedades por medio de favores, hechos o testamentos falsos»²⁸⁵. Las leyes se hacen y no se observan, o si se ponen en ejecución, son los tontos los que son castigados²⁸⁶. Pongamos por caso la fornicación: el padre desheredará y desposeerá a su hijo, casi le echará, «¡Vete, villano, no aparezcas más a mi vista!». Se atormenta miserablemente a un hombre pobre quizá con la pérdida de su patrimonio, sus bienes, su fortuna, su buen nombre, para siempre desgraciado, abandonado, y debe hacer penitencia hasta el último extremo, un pecado mortal, y todavía llevar la peor parte; no ha hecho nada más, dice Tranio en Plauto²⁸⁷, que lo que hacen normalmente los caballeros. No hay nada nuevo, nada extraño, nada diferente de lo que hacen otros²⁸⁸. Pues en una gran persona, un Sir respetabilísimo, un grande honorabilísimo, no es un pecado venial, ni siquiera un pecadillo, no es una ofensa en absoluto, sino algo común y habitual, nadie se da cuenta de ello; lo justifica en público y quizá se jacta de ello,

«Pues lo que sería vergonzoso para Titio y Seyo, ciudadanos honrados, eso mismo era decoroso para Crispino»²⁸⁹.

Muchos pobres hombres, hermanos menores, etc. a causa de una mala conducta, una educación ociosa (pues posiblemente se les educa sin ningún tipo de vocación) se ven impulsados a mendigar o robar, y entonces se les cuelga por robo²⁹⁰. Entonces ¿qué puede ser más ignominioso? Un príncipe no estará menos desacreditado por las frecuentes condenas de sus súbditos que un médico por las muertes frecuentes de sus pacientes; es culpa del gobernante. Como hacen los maestros, que castigan a sus alumnos antes de decirles dónde se equivocan. «Habían dado con la necesidad de que no debería haber más ladrones y mendigos, como debería ser con una buena política, y aprovechar la ocasión, y dejarles seguir corriendo, como hacen ahora, a su propia destrucción»²⁹¹; extirpar igualmente las causas de

las riñas, una multitud de juristas y conciliar controversias, pleitos que duran años y años, por algún otro medio más rápido. Mientras que ahora por cualquier tontería y fruslería recurren a las leyes; los tribunales son un manicomio, y la rabia de los litigantes no tiene límites²⁹²; están preparados para sacarse las gargantas unos a otros y por cuestiones de interés, «exprimir la sangre —dice Jerónimo— del corazón de sus hermanos». Difaman, mienten, deshonoran, murmuran, injurian, levantan falso testimonio, juran, abjurán, luchan y riñen, gastan sus bienes, vidas, fortunas, amigos, se arruinan unos a otros para enriquecer a cualquier harpía de abogado que se ceba en los dos y grita: «Vamos, Sócrates, vamos, Jantipa»; o algún juez corrupto, que como el milano de Esopo, mientras el ratón y la rana luchaban, los arrastró²⁹³. Normalmente se ceban uno en otro como aves rapaces, bestias brutas, peces devoradores, sin punto medio, o engañan o son engañados; o despedazan a los otros o son despedazados²⁹⁴; como los cubos de un pozo, cuando uno sube el otro baja, uno está vacío, el otro está lleno; su ruina es una escalera para otro; tales son nuestros procedimientos ordinarios.

¿Qué es el mercado? Un lugar, de acuerdo con Anacarsis, donde se engañan unos a otros, una trampa. ¿Qué es el mundo mismo? Un vasto caos, una confusión de modales, tan variable como el aire, un manicomio, una tropa turbulenta llena de impurezas, un mercado de espíritus vagantes, duendes, el teatro de la hipocresía, una tienda de picardía y adulación, un aposento de villanías, la escena de murmuraciones, la escuela del desvarío, la academia del vicio; una guerra, donde, quieras o no, debes luchar y vencer o ser derrotado, en la que o matas o te matan; en la que cada uno está por su propia cuenta, por sus fines privados, resiste en su propia custodia. Sin caridad, amor, amistad, temor de Dios, alianza, afinidad, consanguinidad, la religión cristiana puede contenerlos, pero si se les ofende de alguna manera o se toca esa cuerda del interés, se vuelven malvados²⁹⁵. Los viejos amigos se convierten en crueles enemigos en un instante por tonterías y pequeñas ofensas, y los que antes estaban deseosos de desempeñar todo tipo de oficios mutuos de amor y amabilidad, ahora se ultrajan y persiguen unos a otros a muerte, con un odio mayor que el de Vatinio, y no se reconciliarán. Mientras les sea provechoso, se aman o se pueden beneficiar mutuamente, pero cuando no se pueden esperar más ventajas, como hacen con un perro viejo, le cuelgan o le degradan. Catón²⁹⁶ considera un gran indecencia utilizar a los hombres como a zapatos viejos, o cristales rotos que se arrojan al estercolero; no tendría el coraje de vender un viejo buey, mucho menos para echar a un antiguo sirviente; pero en vez de recompensarle, le ultrajan, y cuando le han convertido en instrumento de su villanía, como hizo el emperador de los turcos Bayaceto II con Acomethes Basa²⁹⁷, se libra de él, o en vez de recompensarle, le odia a muerte, como hizo Tiberio con Silio²⁹⁸. En una palabra, cada hombre sólo se preocupa por sus propios intereses. Nuestro *summum bonum* es el interés, y la diosa a la que adoramos, la Reina

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Moneda, a la que ofrecemos a diario sacrificios, que gobierna nuestros corazones, manos, afecciones, todo²⁹⁹: la diosa más poderosa, por la que se nos ensalza, humilla, eleva, estima, la única guía de nuestras acciones³⁰⁰, por la que rogamos, corremos, galopamos, vamos, volvemos, trabajamos y disputamos como lo hacen los peces por una miga que cae en el agua³⁰¹. No tienen importancia la virtud (eso es un bien teatral), la sabiduría, el valor, el conocimiento, la honestidad, la religión o cualquier cualidad por la que seamos respetados, salvo por el dinero, la grandeza, el oficio, el honor, la autoridad³⁰². La honestidad se considera necedad; la picardía, una norma; se admira a los hombres por lo que parecen³⁰³, no como son, sino como parecen ser; tal cambio, mentira, debastamiento, conspiración, contraconspiración, temporización, jactancia, fraude, hipocresía, «que necesariamente uno ofenderá a Dios en mucho si está conforme con el mundo», actuar en Creta como los cretenses, «o si no vivir en el desprecio, la desgracia y la miseria»³⁰⁴. Uno asume la temperancia, la santidad, otro la austeridad, un tercero un tipo afectado de simplicidad, mientras en realidad él, y él, y él y el resto son hipócritas, ambiguos³⁰⁵, apariencias, como tantas pinturas giratorias, por un lado un león, por el otro un cordero³⁰⁶. ¿Cómo se habría quedado Demócrito al ver estas cosas?

Al ver a un hombre convertirse en cualquier cosa, como un camaleón, o como Proteo, que se transforma en todas las formas posibles, representar veinte partes y personajes a la vez, ser oportunista y variar como el planeta Mercurio, bueno con lo bueno, malo con lo malo; tener una cara, un aspecto y un carácter diferentes para cada uno con el que se encuentra; de todas las religiones, humores, inclinaciones, mover la cola como un *spaniel*, con obediencias fingidas e hipócritas, enfurecerse como un león, ladrar como un perro, luchar como un dragón, morder como una serpiente, tan manso como un cordero, y sin embargo enseñar los dientes como un tigre, llorar como un cocodrilo, insultar a algunos, y aun así otros le dominan, aquí mandan, allí se rebajan, tiranizan en un sitio, se les frustra en otro; un sabio en casa, un necio fuera para hacer felices a otros.

Al ver tanta diferencia entre las palabras y los hechos, tantas parasangas entre la lengua y el corazón, los hombres que, como actores, representan una gran variedad de papeles, dan buenos preceptos a otros, mientras que ellos mismos se arrastran y revuelcan sobre el suelo³⁰⁷.

Al ver a un hombre declarar amistad, besarle la mano, a quien quería ver decapitado³⁰⁸, sonreír con la intención de perjudicar, o engañar al que saluda³⁰⁹, alabar a su amigo indigno con elogios hiperbólicos; a su enemigo, aunque buen hombre, envilecerle y deshonorarle, así como a todas sus acciones, con el mayor rencor y malicia que se pueden inventar³¹⁰.

Al ver a un sirviente capaz de comprar a su señor, al que lleva la maza con más mérito que el magistrado³¹¹, que Platón prohíbe completamente en el libro II de las *Leyes* y Epicteto lo abomina. Un caballo que cultiva la tierra al que alimen-

ta con paja, un rocín ocioso tiene forraje en abundancia; el que hace zapatos va descalzo, el que vende carne casi se muere de hambre, un ganapán trabajador muere de hambre y un zángano prospera.

Al ver a un hombre comprar humo en vez de mercancías, castillos contruidos con cabezas de necios, hombres que siguen las modas como monos en las ropas, gestos y acciones; si el rey se ríe, todos se ríen;

«Si te rieses, él se reiría a carcajadas; te ve llorar y las lágrimas brotan de sus ojos»³¹².

Alejandro se inclinaba, y así lo hacían sus cortesanos³¹³; Alfonso volvía la cabeza, y así lo hacían sus parásitos. Sabina Popea, la mujer de Nerón, llevaba el pelo de color ámbar, y así lo hicieron todas las mujeres romanas al instante; la moda de aquélla era la de todas³¹⁴.

Al ver a hombres totalmente llevados por el afecto, admirados y censurados por opiniones sin juicio; una multitud desconsiderada, como los perros de un pueblo, si uno ladra, todos ladran sin motivo. En la medida que gira la rueda de la fortuna, si un hombre está favorecido o recomendado por algún grande, todo el mundo le aplaude; si cae en desgracia, en un instante todos le odian³¹⁵, y como el sol cuando se eclipsa: antes no lo tenían en cuenta, ahora lo contemplan y fijan la mirada en él.

Al ver a un hombre que tiene el cerebro en el estómago³¹⁶, las tripas en la cabeza, que lleva cien robles a la espalda, que devora cien bueyes en una comida, es más, devora casas y ciudades, o como los antropófagos, que se comen unos a otros³¹⁷.

Al ver a un hombre revolcarse como una bola de nieve desde la más baja mendicidad a los títulos de venerabilísimo y honorabilísimo, colocarse injustamente honores y oficios; a otro que mata de hambre a su genio, daña su alma para acumular riquezas que no disfrutará, que su hijo pródigo funde y consume en un instante³¹⁸.

Al ver la envidia de nuestros tiempos, a un hombre aplicar sus fuerzas, medios, tiempo, fortunas para ser el favorito del favorito del favorito, etc., el parásito del parásito del parásito, que puede despreciar el mundo servil, como si tuviese ya suficiente.

Al ver al mocososo de un mendigo hirsuto, que, alimentado últimamente de mendrugos, se arrastraba y lloriqueaba, llorando por todo, y que por un viejo sayuelo llevaba un mensaje, que ahora se agita en seda y satén, valerosamente montado, jovial y educado, ahora desprecia a sus antiguos amigos y familiares, descuida a su familia, insulta a sus superiores, domina sobre todos.

Al ver a un sabio rebajarse y arrastrarse ante un paisano iletrado por carne para la comida. Un escribano mejor pagado por una obligación; un halconero que

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

recibe mayor paga que un estudiante; un abogado que gana más en un día que un filósofo en un año, mejor recompensa por una hora, que la de un estudiante por doce meses de estudio; el que puede pintar a Thais, tocar el violín, rizar el pelo, etc. ganan ascensos antes que un filólogo o un poeta.

Al ver a una madre cariñosa, como la mona de Esopo, abrazar a su hijo hasta la muerte; a un marido consentido hacer la vista gorda ante la honestidad de su esposa, y demasiado perspicaz en otros asuntos³¹⁹. Uno tropieza con una paja y salta una piedra; roba a Pedro y paga a Pablo. Con una mano araña dinero injusto, compra grandes haciendas por corrupción, fraude y engaño, y con la otra distribuye liberalmente entre los pobres, da el resto a obras pías, etc. Escatima en lo pequeño y derrocha en lo grande; los ciegos juzgan sobre los colores; los sabios callan y los necios hablan; encuentran los errores ajenos, pero ellos lo hacen peor³²⁰; denuncian en público lo que hacen en secreto³²¹, y lo que Aurelio Víctor divulga de Augusto, lo censura en un tercero, de lo que él mismo es el más culpable.

Al ver a un pobre tipo o a un sirviente asalariado arriesgar su vida por su nuevo señor, que apenas si le dará su paga al final del año; un colono del campo trabajar como una bestia, cultivar y afanarse por un zángano pródigo y ocioso que devora toda la ganancia o la consume lascivamente con gastos absurdos; a un noble que encuentra la muerte en una bravata, y por un pequeño fogonazo de fama se arroja a la muerte; a una persona mundana temblar ante un albacea testamentario, y no temer al fuego del infierno; desear y anhelar la inmortalidad, desear ser feliz, y sin embargo evitar por todos los medios la muerte, un paso necesario para llegar a ello.

Al ver a un tipo temerario como los antiguos daneses, que preferiría morir antes que ser castigado, con un humor atolondrado abrazar la muerte con alacridad, y sin embargo despreciar el lamento por sus propios pecados y miserias o la partida de sus amigos más queridos³²².

Al ver a los sabios humillados, a los necios preferidos; uno gobierna ciudades y villas, y sin embargo una mujer tonta le domina en casa; manda en un provincia, y sin embargo sus criados o sus hijos le prescriben leyes³²³, como hacía en Grecia el hijo de Temístocles, «lo que quiero, dice, lo quiere mi madre, y lo que quiere mi madre, lo hace mi padre». Al ver a los caballos ir en una carroza, y a los hombres tirar de ella; a los perros devorar a sus dueños; a las torres construir albañiles; a los niños mandar; a los ancianos ir a la escuela; a las mujeres llevar los pantalones; a las ovejas destruir ciudades, devorar a los hombres, etc.³²⁴ Y en una palabra, el mundo vuelto del revés. ¡Oh, si viviera Demócrito!

Insistir en cada particular sería uno de los trabajos de Hércules, hay tantos ejemplos ridículos como moléculas en el sol³²⁵. ¡Cuánta vanidad hay en las cosas! ¿Y quién puede hablar de todo? «Por un crimen conoce a todos los demás», toma esto como una prueba.

Pero todo esto es obvio para el sentido, trivial y conocido, fácil de discernir. ¿Cómo se habría conmovido Demócrito si hubiese visto los secretos de sus corazones?³²⁶ Si cada hombre tuviese una ventana en el pecho, cosa que Momo querría haber tenido en el hombre de Vulcano o lo que Cicerón deseaba tanto, que se escribiera en la frente de cada hombre lo que pensaba; o que se pudiera hacer en un instante lo que hizo Mercurio por medio de Caronte en Luciano, tocándole los ojos para hacerle discernir inmediatamente rumores y susurros,

«Esperanzas y deseos ciegos, sus pensamientos y acciones, susurros y rumores y las preocupaciones volátiles».

Que podía abrir las puertas de las alcobas y penetrar los secretos de los corazones, como deseaba Cipriano³²⁷, abrir puertas y candados, echar pestillos, como hizo el Gallo de Luciano con una pluma de su cola; o el anillo invisible de Giges, o algún cristal de rara perspectiva u *otacusticon*³²⁸, que multiplicaría las imágenes de tal modo que un hombre podría oír y ver todas a la vez (como hizo el Júpiter de Marciano Capella con una lanza que tenía en la mano, que le presentaba todo lo que se hacía a diario en la faz de la tierra³²⁹); observar los cuernos de los cornudos, las falsificaciones de los alquimistas, la piedra filosofal, nuevos proyectos, etc., y todas las obras de la oscuridad, votos necios, esperanzas, temores y deseos. ¡Cuánta risa habría procurado! Habría visto molinos de viento en la cabeza de un hombre, el nido de un abejorro en la de otro. O si hubiese estado como el Icaromenipo de Luciano en el lugar de los secretos de Júpiter, y hubiese oído una plegaria por la lluvia, otra por el buen tiempo; una por la muerte de sus esposas, otra por la de su padre, etc. «Pedir de las manos divinas lo que les sonrojaría si algún hombre lo oyese»³³⁰; ¡Cuán confundido se habría quedado! ¿Crees que habría dicho, él o cualquier otro hombre, que estos hombre están en su sano juicio? ¿Puede todo el eléboro de Anticira curar a estos hombres? Seguramente no, «un acre de eléboro no lo conseguirá»³³¹.

Lo que más se debe lamentar es que están locos como la ciega de Séneca, y no reconocerán ni buscarán ninguna curación para ello³³², pues «pocos ven sus enfermedades, todos las aman». Si una pierna o un brazo nos enoja, deseamos por todos los medios remediarlos, y si padecemos una enfermedad corporal, mandamos buscar a un médico³³³; pero las enfermedades de la mente no las tomamos en cuenta³³⁴. La lujuria nos perturba por un lado, la envidia, la ira y la ambición por el otro. Las pasiones nos despedazan, como caballos salvajes, unas en disposición, otras en hábito; uno es melancólico, otro loco³³⁵. ¿Y quién, de entre todos los que buscamos ayuda, reconoce su error o sabe que está enfermo?³³⁶ Como aquel tipo estúpido que apagó la vela para que las pulgas que le picaban no le encontrasen; se refugia en un hábito desconocido, títulos prestados para que nadie le pueda descubrir. Cada uno piensa para sí «me considero sano», estoy bien, soy sabio, y se ríe de los demás. Y es un error común entre todos que ridiculicemos y

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

rechacemos en nuestros tiempos como absurdo lo que nuestros antepasados han aprobado, la dieta, el vestido, las opiniones, humores, costumbres, modales. Los ancianos consideran a los jóvenes locos³³⁷, cuando son meros tontos; y, según los marineros, cuando ellos se mueven, la tierra permanece quieta; el mundo tiene mucho más ingenio, ellos desvarían.

Los turcos se burlan de nosotros, nosotros de ellos; los italianos de los franceses, considerándolos tipos necios; los franceses se mofan a su vez de los italianos y de sus diversas costumbres; los griegos han acusado a todo el mundo (salvo a ellos mismos) de barbarie, y el mundo les envilece de la misma manera hoy; nosotros consideramos a los alemanes como tipos testarudos y atolondrados, desbaratamos muchas de sus modas; ellos piensan lo mismo de nosotros con el mismo desprecio; los españoles se ríen de todos, y a su vez todos se ríen de ellos. Así, somos todos necios y ridículos, absurdos en nuestras acciones, carruajes, dieta, vestido, costumbres y deliberaciones; nos burlamos unos de otros y nos apuntamos unos a otros³³⁸, mientras en conclusión estamos todos locos, «y los más asnos son los que más esconden sus orejas»³³⁹. Si un hombre cualquiera se decide o se forma un juicio, considerará como idiotas y asnos a todos los que no piensan como él³⁴⁰, a los que no tienen las mismas opiniones; «los hombres consideran que sus deseos son siempre apropiados»³⁴¹, son necios todos los que no piensan como él. No dirá con Atico, «que cada hombre disfrute de su esposa»; sino que sólo la suya es buena, y desprecia a todos frente a sí mismo, no imitará a nadie, no oír a nadie sino a sí mismo³⁴², como dijo Plinio, «un ejemplo para sí mismo»³⁴³.

Y lo que Hipócrates reprendía antiguamente en su epístola a Dionisio se verifica en nuestros tiempos, «lo que él mismo no tiene o no aprecia, lo considera una superfluidad», una cualidad ociosa, una mera vanidad en los otros. Como el zorro de Esopo, cuando había perdido su rabo, habría querido que todos los demás zorros se cortaran los suyos. Los chinos dicen que los europeos tenemos un ojo, y ellos dos, y todos los demás están ciegos (aunque Escalígero los considera también brutos, meras bestias³⁴⁴). Así, sólo tú y tus secuaces sois sabios, los otros son indiferentes, el resto son meros idiotas y asnos. Así, sin reconocer nuestros propios errores e imperfecciones, nos burlamos de los otros con seguridad, como si sólo nosotros estuviésemos libres de ellas y fuéramos espectadores del resto, considerando algo excelente, como lo es en verdad, hacernos felices con las aberraciones de otros, mientras él mismo es mucho más imperfecto que el resto; cambiando el nombre, el cuento habla de ti, se puede llevar por la nariz como un necio. Es lo que uno llama «la mayor exhibición de locura» ser ridículo ante otros, y no percibirlo o darse cuenta de ello, como Marsias cuando disputaba con Apolo, «sin darse cuenta de que se le tenía como ridículo», dice Apuleyo³⁴⁵. Es su propia causa, es un loco convicto, como bien infiere Agustín, «a los ojos de los sabios y de los ángeles parece a nuestro entendimiento como el que anda con los talones hacia

arriba»³⁴⁶. Así te ríes de mí, y yo de tí, los dos de un tercero, y él vuelve lo del poeta contra nosotros de nuevo; «acusamos a los otros de locura, de necedad, y nosotros mismos somos los más tontos»³⁴⁷. Pues es un gran signo y propiedad del necio (apuntado por el *Eclesiastés* 10, 3) insultar con orgullo y presunción, difamar, condenar, censurar, y llamar a los otros necios («no vemos lo que contiene la mochila que llevamos a la espalda»), tachar en otros aquello en lo que nosotros somos muy defectuosos; enseñar lo que no seguimos nosotros mismos: que un hombre inconstante escriba de constancia, que un vividor profano prescriba reglas de santidad y piedad, que un tonto incluso haga un tratado sobre sabiduría, o que con *Salustio* injurie a los ladrones de países, y sin embargo él mismo es por oficio es uno de los más lastimeros saqueadores³⁴⁸. Esto demuestra su debilidad, y es un signo evidente de indiscreción de tales partes. «¿Quién de nosotros merece más ser crucificado?»³⁴⁹ «¿Quién es el loco ahora?». O quizá en algunos sitios estamos todos locos por la compañía y así no se ve la locura³⁵⁰; «la conjunción del error y de la locura lleva igualmente lo absurdo y lo extraño».

Ocurre entre nosotros como ocurrió en la Antigüedad (al menos en la crítica de *Cicerón*³⁵¹) con *C. Fimbria* en Roma, un intrépido, un cerebro de mosquito, un tipo loco, y así estimado por todos, y salvo por los que estaban tan locos como él mismo. Ahora en tal caso no se tiene en cuenta³⁵².

«Cuando todos están locos, donde todos están como oprimidos, ¿quién puede discernir a un loco del resto?»

Pero pongamos por caso que lo perciben, y alguno está tan manifestamente convicto de locura, ahora se da cuenta de su locura, sea en acción, gesto, habla³⁵³, como un vano humor que tiene en la construcción, jactancia, charla, gasto, juego, cortejo, garabato, cháchara, por lo que está ridículo ante los otros, por lo que desvaría, y lo reconoce así³⁵⁴; sin embargo, con toda la retórica que tienes, no puedes hacerle volver, sino que, por el contrario, perserverará en su desvarío. Es «una locura amable y una aberración de la mente gratísima», tan agradable, tan deliciosa, que no puede dejarla³⁵⁵. Sabe su error, pero no buscará renunciar a él, dile cuál será el resultado, la mendicidad, el dolor, la enfermedad, la desgracia, la vergüenza, las privaciones, la locura; sin embargo «un hombre enfadado preferirá la venganza, uno lascivo a su prostituta, un ladrón su botín, un glotón su estómago antes que su bienestar»³⁵⁶. Habla a un epicureista, a un codicioso, a un ambicioso de su comportamiento irregular, sácale de él un rato, gritará enseguida que le has abatido, y como «un perro vuelve a su vómito»³⁵⁷, él volverá de nuevo a ello. No valdrán ni persuasiones, ni consejos, digas lo que digas,

«aunque grites y confundas el mar con el cielo»,

hablas a un sordo. Lo demuestra lo que hizo *Ulises* a *Elpenor* y *Grillo* y al resto de sus compañeros, «los hombres convertidos en cerdos»³⁵⁸, es incontestable en su humor, será un cerdo todavía; machácale en un mortero, seguirá siendo el mismo.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Si estuviese en una herejía, o alguna opinión equivocada, establecida como lo están algunos de nuestros ignorantes papistas, convence a su entendimiento, muéstrale las diversas locuras y absurdas vanidades de esa secta, fuérrale a decir, «me inclino ante la realidad», házselo tan claro como el sol, seguirá en su error, displaciente y obstinado como es³⁵⁹; y como dijo Cicerón, «si me equivoco en esto, me equivoco voluntariamente y no quiero que se me quite este error»³⁶⁰; lo haré como lo he hecho, como lo han hecho mis antecesores, y como hacen ahora mis amigos³⁶¹: desvariaré por la compañía. Dime ahora, ¿están locos estos hombres o no?³⁶² «Responde, digo»³⁶³. ¿Son ridículos? «Coge el juez que quieras» ¿Son sensatos, sabios y discretos? ¿Tienen sentido común? «¿Cuál de los dos está más loco?»³⁶⁴ Por mi parte, soy de la opinión de Demócrito, les considero merecedores de risa, una compañía de tontos, chiflados, tan locos como Orestes y Atamante³⁶⁵, que pueden ir, «montar el asno» y navegar todos hacia Anticira en la «nave de los locos» para ir en compañía todos juntos. No necesito mucho esfuerzo para demostrar lo que digo de otra forma, hacer una solemne protesta o jurar, pienso que me creeréis sin juramentos; di en una palabra ¿están locos? Os lo pregunto a vosotros, aunque seáis también vosotros mismos dementes y locos, y yo, como loco, os haga la pregunta. Pues, ¿qué dijo nuestro Mercurio en la comedia?

«Me someto a vuestra censura, ¿qué pensáis?»³⁶⁶.

Pero, puesto que he propuesto al principio que los reinos, provincias, familias eran melancólicos así como los hombres concretos, los examinaré en particular, y todo lo que he dilatado hasta ahora casualmente, en términos más generales, ahora insistiré en ello más en particular, lo probaré con argumentos, testimonios, ilustraciones más especiales y evidentes, y todo en breve. «Ahora escucha por qué todos están tan locos como tú»³⁶⁷.

Mi primer argumento está tomado de Salomón, una flecha sacada de su carcaj sentencioso: «No seas sabio ante tus propio ojos» (Pr 3,7) y «¿Has visto a un hombre que se cree sabio en su propia vanidad? Más se puede esperar de un necio que de él» (Pr 26,12). Isaías se lamentaba de los hombres «que son sabios ante sus propios ojos y para sí mismos discretos» (Is 5,21). Pues de aquí podemos colegir que es una gran ofensa³⁶⁸ y que se engañan los hombres que piensan demasiado bien de sí mismos, es un argumento especial para convencerles de su necedad. «Muchos hombres –dice Séneca– habrían sido sabios sin duda, si no hubiesen tenido la opinión de que ya habían conseguido la perfección del conocimiento, incluso antes de que hubiesen llegado a la mitad del camino», demasiado precoces, demasiado maduros, «demasiado rápidos y preparados, en un instante son sabios, píos, maridos, padres, sacerdotes, capaces y diligentes para todos los oficios»³⁶⁹, se tenían en un concepto demasiado bueno, de su mérito, valor, habilidad, arte, conocimiento, juicio, elocuencia, sus partes buenas y eso lo echaba a perder todo. Todos sus gansos son cisnes, y eso prueba claramente que no son más que

los necios. En otros tiempos no había sino siete sabios, ahora apenas puedes encontrar tantos necios. Tales envió a Bías el trípode de oro que encontraron los pescadores, y que el oráculo mandó que «se diera al más sabio»³⁷⁰, Bías a Solón, etc. Si dicho trípode se encontrara ahora, todos lucharíamos por ello, como lo hicieron las tres diosas por la manzana de oro, somos así de sabios: tenemos mujeres políticas, niños metafísicos; cualquier tipo tonto puede cuadrar un círculo, descubrir el movimiento perpetuo, encontrar la piedra filosofal, interpretar el *Apocalipsis*, hacer nuevas teorías, un nuevo sistema del mundo, una nueva lógica, una nueva filosofía, etc., dice Petronio: «nuestro país está tan lleno de espíritus deificados, de almas divinas, que es más fácil encontrar entre nosotros un Dios que un hombre», tenemos tan buena opinión de nosotros mismos que es una prueba segura de gran demencia.

Mi segundo argumento se basa en un lugar semejante de las Escrituras, que, aunque ya ha sido mencionado antes, sin embargo se repite por algunos motivos (y con el permiso de Platón, puedo hacerlo, «no hace mal a nadie decir una cosa buena dos veces»). «Locos –dice David– por sus transgresiones», etc (Sal 107,17). De aquí infiere Musculus que todos los trasgresores deben ser necios. Así lo leemos en Rm 2, 9: «La tribulación y la angustia están en el alma de cada hombre, que obre el mal», pero todos hacen el mal. E Isaías dice «mis sirvientes cantarán con alegría y vosotros³⁷¹ lloraréis con el corazón triste y el espíritu atormentado» (Is 65, 14). Así lo ratifica el asentimiento común de todos los filósofos. «La deshonestidad –dice Cardano– no es más que necedad y locura». Muéstrame un hombre honesto³⁷². «No hay un criminal que no esté loco», es el aforismo de Quintiliano para el mismo fin.

Si nadie es honesto, nadie sabio, entonces, todos son dementes. Y puede ser bien considerado así; pues «¿quién puede considerar de otro modo a quien va hacia atrás toda su vida, va al oeste cuando debe ir al este?» ¿O quién mantendrá que es sabio (dice Musculus³⁷³) «el que prefiere los placeres momentáneos a la eternidad, que gasta los bienes de su señor en su ausencia, para ser inmediatamente condenado por ello?». «En vano es sabio el que no es sabio para sí mismo». ¿Quién dirá que un hombre enfermo es sabio, cuando come y bebe hasta destruir la templanza de su cuerpo? ¿Puedes considerar sabio o discreto a quien le gustaría de buena gana tener buena salud y sin embargo no hará nada que se la procure o mantenga? Teodoreto en el platónico Plotino «mantiene que es ridículo que un hombre viva según sus propias leyes, que haga cosas que son ofensivas para Dios, y que aún espere salvarse: y cuando descuida voluntariamente su propia salvación, y menosprecia los medios, que piense que le salvará otro»³⁷⁴. ¿Quién dirá que estos hombres son sabios?

Un tercer argumento se puede derivar del precedente. Todos los hombres se ven arrastrados por la pasión, el descontento, la lujuria, los placeres, etc.³⁷⁵, nor-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

malmente odian las virtudes que deberían amar, y aman los vicios que deberían odiar. Por lo tanto, más que melancólicos, están completamente locos, son bestias brutas y faltas de razón, como sostiene Crisóstomo; o mejor, son muertos y enterrados vivos, como concluye con certeza Filón el Hebreo³⁷⁶ de todos aquellos que se ven arrastrados por las pasiones o padecen cualquier enfermedad de la mente. «Donde hay miedo y tristeza», mantiene Lactancio firmemente, «allí no puede habitar la sabiduría»³⁷⁷.

«Quien tiene deseos, debe temer siempre, quien vive en el temor, no puede ser considerado por mí como libre».

Séneca y el resto de los estoicos son de la opinión de que donde existe la mínima perturbación, no se puede encontrar la sabiduría. «¿Qué hay más ridículo –como se pregunta Lactancio– que oír como azotaba Jerjes el Helesponto, atemorizaba al monte Atos y cosas semejantes?». Por hablar *ad rem*, ¿quién está libre de la pasión?³⁷⁸ Como determina Cicerón³⁷⁹ siguiendo un poema antiguo, «ningún mortal puede evitar la pena y la enfermedad». La pena es un compañero inseparable de la melancolía. Crisóstomo alega, mucho más allá todavía, que son mucho más que locos, verdaderas bestias, atontadas y faltas de sentido común. «Pues ¿cómo sabré, dice, que eres un hombre, si coceas como un burro, rebuznas como un caballo por las mujeres, te enfureces de lujuria como un toro, devoras como un oso, picas como un escorpión, rastreas como un zorro, tan insolente como un perro? ¿Diré que eres un hombre, si tienes todos los síntomas de ser una bestia? ¿Cómo sabré que eres un hombre?, ¿por tu forma? Eso me asusta más, cuando veo una bestia con la forma de un hombre»³⁸⁰.

Séneca³⁸¹ llama a lo de Epicuro un discurso heroico, «un loco siempre empieza a vivir» y lo considera una sucia ligereza en los hombres, poner todos los días nuevos fundamentos para su vida, pero ¿quién lo hace de otra forma? Uno viaja, otro construye, uno para este negocio, otro para aquél, y los viejos están tan mal como los demás. «¡Oh, la locura de la vejez!», exclama Cicerón. Por lo tanto, jóvenes, viejos y de edad mediana, todos son estúpidos, todos chochos.

Eneas Silvio Piccolomini³⁸², entre muchos otros, establece tres formas de descubrir a un loco. Está loco el que busca lo que no puede encontrar; está loco el que busca lo que, al encontrarlo, le hace más daño que bien; está loco el que, teniendo una variedad de modos de llevar sus viajes a buen fin, coge el que es peor. Si es así, creo que la mayoría de los hombres están locos; examina sus cursos y percibirás pronto cuán tontos y locos son la mayor parte.

Filippo Beroaldo³⁸³ considera a los borrachos, bebedores y a los que se deleitan excesivamente en la bebida, como locos. El primer jarro calma la sed, así lo determina el poeta Panyasis en *Ateneo*; «la segunda alegra»; la tercera por placer, «la cuarta les hace locos». Si esta proposición fuese cierta, ¡qué catálogo de locos tendríamos! ¿Qué serán los que beben cuatro veces cuatro? «¿No les vuelve locos

la bebida más allá del furor y la locura?» Soy de su misma opinión, son mucho más que locos.

Los abderitas tachaban a Demócrito de loco, porque a veces estaba triste y a veces de nuevo muy alegre³⁸⁴. «Sus paisanos –dice Hipócrates– le consideran loco porque se ríe», y «por tanto aconseja a todos sus amigos de Rodas que no se rían demasiado ni estén demasiado tristes». Si los abderitanos hubiesen estado familiarizados con nosotros y sólo hubiesen visto cuánta burla y sonrisa burlona hay en esta época, sin duda habrían concluido que todos estamos fuera de nuestros cabales³⁸⁵.

Aristóteles en su *Ética* sostiene que «sabio y feliz son términos permutables», «un hombre honesto es tan bueno como sabio». Es la paradoja de Cicerón, «los hombres sabios son libres, pero los necios son esclavos». La libertad es poder vivir de acuerdo con las propias leyes, como queremos nosotros mismos, ¿quién tiene libertad? ¿Quién es libre?

«Es sabio el que puede dominar su propia voluntad, valiente y constante consigo mismo. Al que ni la pobreza ni la muerte ni los vínculos le pueden atemorizar, frena sus deseos, desprecia los honores, es justo y recto»³⁸⁶.

Pero, ¿dónde se encontrará a un hombre tal? Si en ningún sitio, entonces *e diámetro* todos somos esclavos, sin sentido o peor. «Ningún hombre malo es feliz». Pero ningún hombre es feliz en esta vida, nadie es bueno, por lo tanto ninguno es sabio. «Los buenos son pocos y raros»³⁸⁷. Por una virtud, encontrarás diez vicios en la misma persona; «hay pocos Prometeos y muchos Epimeteos».

Podemos quizá usurpar el nombre o atribuirlo a otros por cortesía, como Carlos el Sabio de Francia, Felipe el Bueno de Burgundia, Luis el Piadoso, etc. y describir las propiedades de un hombre sabio, como hace Cicerón con el orador, Jenofonte con Ciro, Castiglione con el cortesano, Galeno con el temperamento, un aristócrata es descrito por los políticos. ¿Pero dónde encontraremos a ese hombre?

«Un hombre bueno, sabio, una vez consultado Apolo, apenas se pudo encontrar uno entre un millón».

Un hombre es un milagro en sí mismo, pero Trimegisto añade, «el hombre sabio es una maravilla mayor»; «muchos llevan el tirso, pero pocos son Bacos».

Alejandro, cuando se le presentó el rico y costoso cofre del rey Darío, y todo el mundo le aconsejaba qué llevar en él, lo reservó para guardar las obras de Homero, como la más preciada joya del genio humano, y sin embargo Escalígero³⁸⁸ vituperó la musa de Homero, «nodriza de locura», impudente como una cortesana que no se sonroja por nada. Jacob Mycillus, Gilbertus Cognatus, Erasmo, y casi toda la posteridad admiran el genio exhuberante de Luciano, sin embargo Escalígero lo rechaza en su censura y le llama el Cerbero de las musas. Sócrates, a quien todo el mundo ha magnificado tanto, es condenado por Lactancio y Teodoreto como un necio. Plutarco ensalza el genio de Séneca sobre

todos los griegos. Sin embargo, Séneca dice de sí mismo «cuando me apetece recrearme con un necio, me miro a mí mismo, y ya lo tengo»³⁸⁹. Cardano en *De Subtilitate* (libro 16) cuenta doce filósofos supereminentes y agudos por su valía, sutileza y sabiduría: Arquímedes, Galeno, Vitruvio, Architas Tarentinus, Euclides, Geber, el primer inventor del álgebra, el matemático Al-Kindi, ambos árabes, con otros. Pero «su gran triunvirato», más allá de los demás, está formado por Ptolomeo, Plotino e Hipócrates. Escalígero (*exercitat.* 224) se mofa de esta su opinión, llama a algunos de éstos carpinteros y mecánicos, considera a Galeno la «falda de Hipócrates». Y el mismo Cardano³⁹⁰ condena en otro sitio tanto a Galeno como a Hipócrates de aburrimiento, oscuridad y confusión. Paracelso les tiene por meros idiotas, menores de edad en medicina y filosofía. Escalígero y Cardano admiran a Suisset llamado Calculator «cuyos talentos eran casi sobrehumanos» y sin embargo Luis Vives³⁹¹ les llama «simplezas suiséticas»; y Cardano, en contra de él mismo, en otro sitio condena a los ancianos con respecto a los tiempos presentes, «nuestros mayores, comparados con la presente generación, se pueden llamar con justicia niños»³⁹². En conclusión, los mencionados Cardano³⁹³ y San Bernardo no admitirán a nadie en su catálogo de hombres sabios, más que a los profetas y apóstoles³⁹⁴; cómo se consideran a sí mismos, ya lo habéis oído antes. Somos sabios mundanos, nos admiramos a nosotros mismos y buscamos el aplauso; pero escucha a San Bernardo: «cuanto más sabio eres para otros, más necio para tí mismo»³⁹⁵. No puedo negar que haya una necedad aprobada, una furia divina, una locura santa, incluso una embriaguez espiritual en los mismos santos de Dios; «locura santa», la llama San Bernardo –aunque no como el blasfemo Conrad Vorst³⁹⁶, que lo entendería como una pasión que acontece a Dios mismo– sino intrínseca a los hombres buenos, como Pablo, «estaba loco», etc. (2 Co) y deseaba «ser anatematizado por ellos» (Rm 9). Tal es la embriaguez de la que habla Ficino³⁹⁷, cuando el alma se eleva y se extasía con un gusto divino del néctar celestial, que los poetas descifraron como el sacrificio de Dionisos; y en este sentido se puede decir con el poeta, como nos exhorta Agustín³⁹⁸, «seamos todos locos y borrachos»³⁹⁹. Pero normalmente nos equivocamos y vamos más allá de nuestro cometido, o nos tambaleamos al lado contrario y no somos capaces de hacerlo⁴⁰⁰. Como dijo un sacerdote egipcio⁴⁰¹ de los griegos, «vosotros, griegos, sois siempre niños», «vosotros británicos, franceses, alemanes, italianos», etc., sois una compañía de necios.

Proceded ahora de las partes al todo, o del todo a las partes, y no encontraréis otro resultado; las partes se tratarán más ampliamente en este prólogo. El todo debe seguirse por un sorites o por inducción. Incluso la multitud está loca⁴⁰², es «una bestia de muchas cabezas», precipitada y temeraria sin juicio, un tumulto ruidoso. Roger Bacon lo prueba siguiendo a Aristóteles⁴⁰³, «lo que la comunidad considera como verdad es en su mayor parte falso». Siempre se oponen a los hombres

sabios, pero todo el mundo es de este humor (*vulgus*), y tú mismo eres de *vulgo*, uno de la comunidad; y éste, y aquél, y también el resto. Por tanto, como concluye Foción, no se aprobará nada de lo que digas o hagas, como meros idiotas o asnos. Empieza entonces donde quieras, ve hacia delante o hacia atrás, elige algo de todo el paquete, pestañea y elige, los encontrarás todos parecidos, «nunca habrá ninguno para elegir».

Copérnico, sucesor de Atlante, es de la opinión de que la tierra es un planeta, se mueve e ilumina a otros, como hace la Luna con nosotros. Thomas Digges, William Gilbert, Kepler, Origenius y otros defienden esta su hipótesis con seriedad, y que la Luna está habitada; si fuera así, que la tierra es una luna, entonces somos también volubles, vertiginosos y lunáticos dentro de este laberinto subluar.

Podría producir tales argumentos hasta la noche oscura: si quisieras oír el resto,

«se haría de día antes de que se acabase la historia».

Pero de acuerdo con mi promesa, descenderé a los particulares. Esta melancolía se extiende no sólo a los hombres, sino también a los vegetales y a los animales. No hablo de esas criaturas que son saturninas y melancólicas por naturaleza, como el plomo y minerales semejantes, o plantas como la ruda, el ciprés, etc. y el mismo eléboro del que trata Agrippa⁴⁰⁴, peces, pájaros y animales como liebres, conejos, lirones, etc., búhos, murciélagos, pájaros nocturnos; sino de la artificial, que se percibe en todos ellos. Arranca una planta, se marchitará, lo que se percibe especialmente en los datileros, como puedes leer por extenso en *De Agricultura* de Constantino⁴⁰⁵, la antipatía entre la viña y el repollo, el vino y el aceite. Pon un pájaro en una jaula, morirá de tristeza, o un animal en un corral, o sepárale de sus crías o de sus compañeros, y mira qué efectos le causa. ¿Quién no percibe estas pasiones comunes de las criaturas sensibles, el temor, la tristeza, etc.? De todos, los perros son los que están más sujetos a esta enfermedad de tal modo que algunos sostienen que sueñan como los hombres, y por la virulencia de la melancolía, se vuelven locos; podría relatar muchas historias de perros que han muerto de pena y han perecido por la pérdida de sus dueños, pero son normales en cualquier autor⁴⁰⁶.

Los reinos, provincias y cuerpos políticos son asimismo sensibles y están sujetos a esta enfermedad, como ha demostrado por extenso Botero en su *Politica*⁴⁰⁷. «Como en los cuerpos humanos –dice– hay diversas alteraciones que proceden de los humores, del mismo modo hay muchas enfermedades en una república, que suceden de forma diversa por muchas destemplanzas», como se puede percibir por sus síntomas particulares. Pues donde veas un pueblo civil, obediente a Dios y a los príncipes, juicioso, pacífico y tranquilo, rico, afortunado y floreciente⁴⁰⁸, vivir en paz, unidad y concordia, un país bien cultivado, muchas

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

ciudades bien construidas y populosas, donde, como decía Catón el Viejo⁴⁰⁹, «la gente es limpia», educada y refinada, «donde se vive bien y felizmente», lo que los políticos ponen como fin principal de una república; y lo que Aristóteles (*Política*, 3, 4) llama el «bien común»⁴¹⁰, Polibio (libro sexto) «una condición deseable y escogida», ese país está libre de melancolía. Como ocurría en Italia en tiempos de Augusto, ahora en China, ahora en muchos otros países florecientes de Europa. Pero donde veas muchos descontentos, injusticias comunes, quejas, pobreza, barbarie, mendicidad, plagas, guerras, rebeliones, sediciones, motines, disputas, ociosidad, sedición, epicureísmo, que la tierra esté baldía, yerma, llena de pantanos, fangales, desiertos, etc. ciudades decaídas, villas humildes y pobres, pueblos abandonados, la gente escuálida, fea, incivil; ese reino, ese país es necesariamente infeliz y melancólico, tiene un cuerpo enfermo y necesita ser reformado.

Ahora que esto no puede llevarse a cabo bien hasta que las causas de estas enfermedades se quiten primero, que normalmente proceden de su propio descuido o de alguna inconveniencia accidental, como estar situada en un mal clima, demasiado al norte, estéril, en un lugar calmo, como el desierto de Libia, los desiertos de Arabia, lugares carentes de agua, como los de Lop y Belgiam en Asia, o con malos aires, como en Alejandreta, Bantam, Pisa, Durazzo, San Juan de Ulloa, etc., o en peligro de continuas inundaciones marinas, como en muchos lugares de los Países Bajos o en cualquier otro sitio cerca de malos vecinos, como los húngaros con los turcos, los podolios con los tártaros o cualquier otro país fronterizo donde viven siempre con temor y que por razón de las incursiones hostiles muchas veces quedan desolados. Así están las ciudades por las guerras⁴¹¹, incendios, plagas, inundaciones, bestias salvajes⁴¹², decadencia del comercio, puertos obstruidos, la violencia del mar, como puede testimoniar Amberes últimamente, Siracusa en la Antigüedad, Brindisi en Italia, Rye y Dover entre nosotros, y muchas otras que en nuestros días recelan de la furia y rabia del mar, y trabajan contra ello, como los venecianos a un precio inestimable.

Pero las enfermedades más frecuentes son las que proceden de ellos mismos. Como, en primer lugar, cuando la religión y el servicio divino se descuidan, innovan o alteran, donde no temen a Dios, no obedecen a su príncipe, donde el ateísmo, el epicureísmo, el sacrilegio, la simonía, etc. y todas esas impiedades se cometen libremente de modo que el país no puede prosperar. Cuando Abrahan vino a Gerar, y vio una mala tierra, dijo que con seguridad en aquel lugar no había temor de Dios. Cipriano Echovius⁴¹³, un corógrafo español, recomienda entre todas las ciudades de España a Barcelona, «en la que no hay mendigos, ni pobres, etc. sino que todos son ricos y están en buena posición», y da como razón «que todos eran más religiosos que sus vecinos». ¿Por qué fue saqueada Israel tan a menudo por sus enemigos, llevada a la cautividad, etc. sino por su idolatría, descuido de la palabra de Dios, por el sacrilegio, incluso por culpa de un Akán? ¿Y qué podemos

esperar que tengan tales multitudes de Akanes, ladrones de iglesias, defensores de simonías, etc., cómo pueden esperar florecer los que descuidan los deberes divinos, los que viven en su mayor parte como epicúreos?

Otros perjuicios comunes son generalmente nocivos para un cuerpo político, la alteración de las leyes y costumbres, ruptura de privilegios, opresiones generales, sediciones, etc., observadas por Aristóteles⁴¹⁴, Bodin, Botero, Hubert Lanquet, Hemingus Arnisoeus, etc. Sólo señalaré las más importantes: la confusión, el mal gobierno que procede de los magistrados inexpertos, perezosos, ávidos, codiciosos, injustos, irreflexivos o tiránicos, cuando son necios, idiotas, infantiles, orgullosos, obstinados, parciales, indiscretos, opresores, frívolos, tiranos, incapaces o ineptos para tales oficios⁴¹⁵. Muchas ciudades nobles y reinos florecientes han sido desoladas por esos motivos, todo el cuerpo del estado gime bajo tales cabezas⁴¹⁶, y todos los miembros están necesariamente descontentos, como en estos momentos esas buenas provincias de Asia menor que gimen bajo el peso del gobierno turco; y los vastos reinos de Moscovia, Rusia, bajo un duque tiránico⁴¹⁷. ¿Quién ha oído nunca de países populosos más civiles y ricos que los de Grecia y Asia Menor, «abundantes en todo tipo de riqueza, multitud de habitantes, fuerza, poder, esplendor y magnificencia»? ¿Y ese milagro de países, la Tierra Santa, que en un ámbito de tierra tan pequeño⁴¹⁸ podía mantener tantas villas y ciudades, y produce tantos luchadores? Egipto era otro paraíso, ahora bárbaro y desierto, y casi yermo por un gobierno despótico de un turco autoritario, «sometido a una intolerable esclavitud», dice uno⁴¹⁹; no sólo el fuego y el agua, los bienes o las tierras, sino que «es tal su esclavitud, que sus vidas y sus almas dependen de la voluntad y el poder insolentes del vencedor». Es un tirano que estropea todo dondequiera que vaya, de tal modo que un historiador se queja: «si un antiguo habitante los viese ahora, no los conocería; si los viese un viajante o extranjero, su corazón se apesadumbraría al contemplarlos»⁴²⁰. Mientras Aristóteles señala que cada día «se encuentran con nuevas cargas y extorsiones»⁴²¹, como aquellas por las que Zósimo (libro 2) estaba tan apenado, «pues los hombres deshonran a sus mujeres, los padres a los hijos para las cuestaciones», etc.; tienen que estar necesariamente descontentos; como mantiene Cicerón⁴²², de ahí vienen «esas quejas y lágrimas de las ciudades», «súbditos pobres, miserables, rebeldes y desesperados», como añade Hipólito⁴²³, y como observó uno de nuestros paisanos no hace mucho en un estudio del gran Ducado de Toscana⁴²⁴, donde la gente vivía muy apenada y descontenta, como se mostraba en sus quejas múltiples y manifiestas de este tipo: «que el estado era como un cuerpo enfermo que había tomado las medicinas tarde, cuyos humores todavía no se habían estabilizado bien, y tan debilitado por las purgas que no le queda más que melancolía».

Mientras los príncipes y soberanos son inmoderados en la lujuria, hipócritas, epicúreos, sin religión, salvo en el exterior. «¿Qué hay tan frágil e inseguro?»

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

¿Qué destruye antes sus patrimonios que los deseos delirantes y rabiosos sobre las esposas e hijas de los súbditos, por no decir cosas peores? Los que deberían mostrar el camino a todas las acciones virtuosas, son muchas veces cabecillas de todo perjuicio y comportamiento disoluto, y por eso sus países se ven con plagas, «y ellos mismos se arruinan a menudo, son desterrados o asesinados por la conspiración de sus súbditos»⁴²⁵, como le ocurrió a Sardanápalo, Dionisio el Joven, Heliogábalo, Periandro, Pisístrato, Tarquinio, Timócrates, Childerico, Apio Claudio, Andrónico, Galeazzo Sforza, Alejandro de Medici, etc.

Mientras los príncipes o grandes hombres son maliciosos, envidiosos, sediciosos, ambiciosos, emuladores, despedazan una república, como los güelfos y gibelinos, alteran su tranquilidad, y con asesinatos mutuos la dejan desangrarse hasta la muerte⁴²⁶; nuestras historias están demasiado llenas de tales inhumanidades bárbaras, y las miserias que salen de ellas.

Mientras que sean como sanguijuelas, hambrientos, ávidos, corruptos, codiciosos⁴²⁷, «esclavos de la avaricia», voraces como lobos (como escribe Cicerón, «el que manda, sirve; y el que manda a las ovejas, debe dedicarse a su interés»), o los que prefieren su bien privado antes que el bien público. Pues, como dijo Salustio hace tiempo, «el interés privado siempre obstaculiza el servicio público»; o si son iletrados, ignorantes, empíricos en política, «donde falta el talento, la virtud y el conocimiento»⁴²⁸ (Aristóteles, *Política*, 5, 8), sabios sólo por herencia y en autoridad por derecho de nacimiento, favores, o por sus riquezas y títulos; debe haber un error, un gran defecto⁴²⁹, porque, como afirma un filósofo antiguo⁴³⁰, tales hombres no son siempre aptos. «De un número infinito, pocos son senadores, y de esos pocos, menos son buenos, y de ese pequeño número de hombres buenos y nobles, hay pocos que sean doctos, sabios, discretos y competentes, capaces de desempeñar tales cargos»; esto debe conducir al caos de un estado.

Pues «tal y como son los príncipes, así es la gente»⁴³¹, y lo que muy bien dijo Antígono Gonata en otros tiempos, «el que enseña al rey de Macedonia, enseña a todos sus súbditos»⁴³², todavía hoy es un dicho cierto.

«Pues los príncipes son el espejo, la escuela, el libro donde los ojos de sus súbditos aprenden, leen y miran».

«Los ejemplos de los vicios nos corrompen más rápidamente cuando se nos dan en casa, pues nos penetra en el ánimo el prestigio de sus autores»⁴³³.

Sus ejemplos se siguen pronto, sus vicios se imitan. Si son profanos, irreligiosos, lascivos, sediciosos, epicúreos, facciosos, codiciosos, ambiciosos, iletrados, así será la mayor parte del vulgo; ociosos, pródigos, inclinados a la lujuria, borrachos y por lo tanto pobres y necesitados («pues la pobreza engendra sedición y villanía»)⁴³⁴, preparados en cualquier ocasión para el motín y la rebelión, siempre descontentos, quejosos, murmurantes, envidiosos, aptos para todo ultraje, robo, traición, asesinato, innovación, en deuda, embaucadores, proscritos, «de pésima repu-

tación y vida disoluta». Había un antiguo aforismo de un político: «los que son pobres y malos, envidian a los ricos, odian a los buenos, aborrecen el gobierno presente, desean uno nuevo, y les gustaría que todo se volviese patas arriba»⁴³⁵. Cuando Catilina se rebeló en Roma, consiguió una compañía de pícaros licenciados, para que fueran sus familiares y compañeros, y así han sido vuestros rebeldes en su mayoría en todas las épocas: Jack Cade, Tom Straw, Robert Kett y sus compañeros.

Donde son generalmente sediciosos y litigiosos, donde hay muchas discordias, muchas leyes, muchos pleitos, muchos abogados y muchos médicos, es un signo manifiesto de un estado destemplado y melancólico, como mantenía hace tiempo Platón⁴³⁶. Pues donde bulle tal clase de hombres, harán más trabajo para sí mismos, de modo que el cuerpo político enferma, pero de otra manera estaría sano. Es un mal general en nuestros tiempos, una plaga dura, y nunca tantos de «los que ahora se multiplican» (dice Mat. Geraldus, legista él mismo)⁴³⁷ «como las langostas, no los padres, sino las plagas del país, y en su mayor parte una generación de hombres orgullosos, malos, codiciosos y litigiosos». Una nación que exprime los bolsillos, una compañía clamorosa de buitres con toga⁴³⁸, «que viven de la injuria y de la sangre de sus conciudadanos»⁴³⁹, ladrones y sembradores de discordias. Son peores que cualquier depredador en un lado del camino; «que se encargan de hacer la paz, pero que son en realidad los verdaderos perturbadores de nuestra paz, una compañía de harpías irreligiosas, alguaciles que arañan y pellizcan» (quiero decir que nuestros habituales leguleyos hambrientos, aman y honran a la vez todas las buenas leyes y nuestros legistas notables, que son tantos oráculos y pilotos de una república bien gobernada)⁴⁴⁰, sin arte, sin juicio, que hacen más daño, como dijo Livio⁴⁴¹, «que la enfermedad, las guerras, el hambre o las dolencias»; «y causan una destrucción mucho mayor de la república», dice Seselio⁴⁴², en otro tiempo famoso civilista en París. Como la hiedra hace con el roble, lo abraza durante tanto tiempo que consigue sacarle el corazón, así hacen en los lugares donde habitan. No se ha de tener en cuenta ningún consejo, ni justicia, ni discurso, a no ser que los corrompas, debe ser pagado siempre, o si no, estará mudo como un pez; es más fácil abrir una ostra sin cuchillo. «Hablo por experiencia, dice Juan de Salisbury⁴⁴³, he estado mil veces entre ellos, y el mismo Caronte es más apacible que ellos; él se contenta con una sola paga, pero ellos la multiplican, nunca están satisfechos». Además tienen «lenguas venenosas» (como las llama), «a menos que se aten con cadenas de plata», hay que pagarlos para que no digan nada, y ganan más por mantener silencio de lo que podemos ganar nosotros por hablar lo mejor posible. Hablarán bien a sus clientes, les invitarán a sus mesas, pero según sigue, «de todas las injusticias no hay ninguna tan perniciosa como la suya, que cuando más nos engañan, parecerán ser más honestos». Ellos se responsabilizan de ser pacificadores, y «de defender las causas de los más humildes», de ayudarles en sus derechos,

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

de proteger a los afligidos, pero todo es por su propio bien, para vaciar los bolsillos de los más ricos⁴⁴⁴; defienden a los pobres gratis, pero no es más que como reclamo para coger a los demás. Si no hay una disputa, pueden hacer una disputa⁴⁴⁵ sacándola de la misma ley, encuentran algún que otro recoveco, desunen a los hombres, hacen continuar las causas tanto tiempo, durante lustros, no sé cuántos años deben pasar antes de que una causa se atienda, y cuando se juzga y se resuelve, debido a algunos trucos y engaños, está tan fresca para volver a empezar, después de dos veces siete años a veces, como lo estaba al principio. Y así prolongan el tiempo, retrasan los pleitos hasta que se han enriquecido y han arruinado a sus clientes hasta la mendicidad.

Y como Catón invectivaba contra los alumnos de Isócrates⁴⁴⁶, podemos tachar justamente a nuestros legistas pendencieros de que «envejecen en un pleito», son tan litigiosos y están tan ocupados aquí en la tierra, que pienso que defenderán las causas de sus clientes después, algunos en el infierno. Josiah Simler se queja entre los suizos de los abogados de su tiempo, que cuando deberían llegar al final, empiezan las controversias y «prolongan las causas durante muchos años, convenciendoles de que su derecho es justo, hasta que se consumen sus patrimonios, y han gastado más en la búsqueda de lo que se merece el asunto o de lo que conseguirán por el fallo favorable»⁴⁴⁷. De modo que quien va a la ley, como dice el proverbio, coge al lobo por las orejas, o como una oveja en una tormenta corre en busca de refugio a la maleza; si persigue su causa, se consume, si deja su pleito, lo pierde todo ¿qué diferencia hay? En otro tiempo tenían costumbre, dice Agustín, de acabar los asuntos por medio de árbitros, y así en Suiza (según nos informa Simler) «tenían jueces comunes o árbitros en cada ciudad, que hacían un arreglo amistoso entre un hombre y otro, y se maravilla de su honesta simplicidad, que podían mantener tan bien la paz y acabar causas tan grandes por tales medios»⁴⁴⁸. En Fez, en África, no tienen ni legistas ni abogados, pero si hubiese controversias entre ellos, ambas partes, el demandante y el defensor, vienen a su Alfaquí o juez de la Corte Suprema y «al instante y sin más apelaciones o temibles retrasos, se oye y termina la causa»⁴⁴⁹.

Nuestros antecesores, como observa uno de nuestros notables corógrafos⁴⁵⁰, tenían por costumbre, «con unas pocas cruces de oro y unas líneas en verso», hacer todas las cesiones y resoluciones. Y tal fue el candor y la integridad de las épocas subsiguientes, que un documento (como he visto a menudo), para traspasar una hacienda completa estaba contenido en unas veinte líneas aproximadamente, como el cilindro o *Scytala Laconica*, tan renombrada en otros tiempos en todos los contratos, que Cicerón recomienda tan diligentemente a Ático⁴⁵¹, Plutarco en su *Lisandro*, Aristóteles en la *Política*, Tucídides (libro 1), Diodoro⁴⁵² y Suidas lo aprueban y alaban por su lacónica brevedad en este aspecto. Y bien podían, pues de acuerdo con Tertuliano⁴⁵³, «hay mucha más verdad en pocas palabras». Así era

en toda la Antigüedad, pero ahora apenas bastarán muchas pieles de pergamino; el que compra y vende una casa, debe tener una casa llena de escritos. Hay tantas circunstancias, tantas palabras, tantas repeticiones tautológicas de todos los particulares (para evitar sofismas, dicen), pero encontramos por nuestra triste experiencia que para los genios sutiles es una causa de mucha más discordia y desavenencia y no hay apenas ninguna escritura tan bien presentada por uno en la que otro no encuentre una fisura o reparo; si una palabra está mal situada, o hay algún pequeño error, todo se anula por completo. Lo que hoy es ley, mañana no es nada; lo que es justo en la opinión de uno, es de lo más erróneo para otro; de modo que, en conclusión, no hay nada aquí entre nosotros sino discordia y confusión. Discutimos uno contra otro.

Y lo que Plutarco lamentaba de ellos en Asia⁴⁵⁴, se puede verificar en nuestros tiempos. «Estos hombres aquí reunidos, no vienen a hacer sacrificios a los dioses, a ofrecer a Júpiter sus primeros frutos o fiestas a Baco, sino que les ha traído aquí una enfermedad anual que atormenta a Asia, conseguir acabar con sus controversias y pleitos». Es una multitud destructiva, que busca la ruina propia y ajena. Así son en su mayor parte nuestros ordinarios demandantes, leguleyos, clientes; surgen nuevas perturbaciones cada día, equivocaciones, errores, reparos, y en este momento, como he oído en algún tribunal, no sé cuántos miles de causas. Ninguna persona está libre, casi ningún título es bueno, con la amargura consiguiente, tantas desatenciones, demoras, retrasos, falsificaciones, tal coste (pues se gastan infinitas sumas de dinero desconsideradamente), violencia y malicia. No sé por culpa de quién, de abogados, clientes, leyes, o todos. Pero como Pablo reprendía a los corintios hace tiempo⁴⁵⁵, yo puedo deducir más a propósito ahora: «hay un error entre vosotros, y lo digo para vuestra vergüenza, ¿no hay un hombre sabio entre vosotros que juzgue entre sus hermanos?⁴⁵⁶ sino que un hermano va a la ley contra su hermano». Y el consejo de Cristo sobre los pleitos nunca fue más adecuado para inculcarlo que en esta época: «Ponte de acuerdo con tu adversario rápidamente»⁴⁵⁷ (Mt 5, 25).

Podría repetir muchos perjuicios semejantes que alteran mucho un cuerpo político; para cerrar todo en pocas palabras, diré que donde hay un buen gobierno, príncipes prudentes y sabios, allí florecen y prosperan todas las cosas, la paz y la felicidad están en esa tierra; donde ocurre de otra manera, todo es desagradable a la vista, inculto, bárbaro, incívico, el paraíso se transforma en un yermo. Esta isla entre las demás, nuestros vecinos de al lado, los franceses y los alemanes pueden ser testigos válidos de que en un tiempo breve, gracias a la política prudente de los romanos, se la sacó de la barbarie. Mirad lo que relata César de nosotros, y Tácito de los antiguos alemanes, fueron en un tiempo tan incíviles como los de Virginia, y sin embargo con la instalación de colonias y leyes buenas, pasaron de ser de proscritos bárbaros a estar llenos de ciudades ricas y populosas, como lo están

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

ahora, y de reinos florecientes⁴⁵⁸. Así también Virginia y esos salvajes irlandeses podían haber sido civilizados hace tiempo, si se hubiese tomado entonces la orden, que ahora empieza, de instalar colonias, etc. He leído un discurso⁴⁵⁹, impreso en 1612, «descubriendo las verdaderas razones por las que Irlanda nunca se ha sometido o rendido a la obediencia a la corona de Inglaterra hasta el principio del feliz reinado de su majestad». Sin embargo, si sus razones las examinara minuciosamente un político sensato, me temo que no todo sería aprobado, sino que se volvería en deshonor de nuestra nación, al sufrirlo por estar inculto durante tanto tiempo. Sí, y si algún viajante viese (por venir más cerca de nosotros), las ricas provincias unidas de Holanda, Zelanda, etc., frente a nosotros; esas ciudades limpias y villas populosas, llenas de industriosos artesanos, tanta tierra ganada al mar⁴⁶⁰ y tan arduamente resguardada por esas invenciones artificiosas, tan maravillosamente mejoradas, como la de Bemster en Holanda, que, dice el geógrafo Bertius, «nada en el mundo lo puede igualar», tantos canales navegables de un sitio a otro, hechos por las manos de los hombres, etc.⁴⁶¹, y por otro lado tantos miles de nuestros pantanos están inundados, nuestras flacas ciudades, y soeces, pobres y feas a la vista con respecto a las suyas, nuestros mercados en decadencia, nuestros ríos todavía navegables parados, y el uso beneficioso de los transportes totalmente descuidado, tantos puertos vacíos de barcos y de ciudades, tantos parques y bosques por placer, eriales yermos, tantos pueblos despoblados, etc. estoy seguro de que encontrará algún yerro.

No puedo negar que esta nuestra nación goza de buena consideración en el extranjero, es un reino de los más nobles y de los más florecientes con el asentimiento común de todos los geógrafos⁴⁶², historiadores, políticos, es una fortaleza incomparable. Lo que dijo Quintio en Livio de los habitantes del Peloponeso, se nos puede aplicar bien a nosotros, «somos como tortugas en sus caparazones», defendidos con seguridad por un mar crespado, como un muro por todos los lados. Nuestra tierra tiene muchos elogios honrosos; y bien lo considera uno de nuestros compatriotas sabios, «después de que los normandos llegaron por primera vez a Inglaterra, este país, tanto en las cuestiones militares como en las civiles, se ha equiparado a los reinos más florecientes de Europa y de nuestro mundo cristiano»⁴⁶³; es un país bienaventurado, rico, y una de las Islas Afortunadas, y para algunas cosas preferido a los otros países⁴⁶⁴ por los expertos marinos, nuestros descubrimientos dificultosos, el arte de navegación, los verdaderos mercaderes, son los primeros de todas las naciones, incluso de los mismos portugueses y holandeses, «sin ningún temor, dice Botero, surcando el océano, en invierno y en verano, y dos de sus capitanes, con no menos valor que fortuna, han navegado alrededor del mundo»⁴⁶⁵.

Tenemos además muchas bendiciones particulares⁴⁶⁶ de las que carecen nuestros vecinos, el Evangelio predicado verdaderamente, la disciplina eclesiástica

establecida, larga paz y tranquilidad, estamos libres de excitaciones, de temores foráneos, de invasiones, sediciones domésticas, bien abonados, fortificados por arte y naturaleza, y ahora más felices por la afortunada unión de Inglaterra y Escocia⁴⁶⁷ por la que nuestros antepasados habían trabajado para llevar a efecto y deseaban ver. Pero en lo que excedemos a otros es con un rey sabio, docto, religioso, otro Numa, un segundo Augusto, un verdadero Josías; los más valiosos senadores, un clero letrado, un pueblo obediente, etc. Sin embargo, entre muchas rosas crecen algunos espinos, malas hierbas y excesos, que alteran mucho la paz de este cuerpo político, eclipsan su honor y su gloria, que deben ser erradicados y reformados con toda rapidez.

La primera es la ociosidad por la cual vemos a muchos enjambres de pícaros y mendigos, ladrones, borrachos y personas descontentas (a los que Licurgo llama en Plutarco «forúnculos de la república»), mucha gente pobre en todas nuestras ciudades, como las llama Polidoro⁴⁶⁸, son ciudades mal construidas, sin gloria, pobres, pequeñas, extrañas a la vista, ruinosas y escasas de habitantes. Que nuestra tierra es fértil no se puede negar, y está llena de todo tipo de cosas buenas. ¿Por qué entonces no abunda en ciudades, como Italia, Francia, Alemania o los Países Bajos? Porque su política ha sido diferente y nosotros no somos tan ahorrativos, prudentes e industriosos. La ociosidad es el «genio maligno» de nuestra nación. Pues como correctamente arguye Botero⁴⁶⁹, la fertilidad de un país no es suficiente, a menos que el arte y la industria se les adjunte. Según Aristóteles, las riquezas pueden ser naturales o artificiales: las naturales son la buena tierra, buenas minas, etc. y las artificiales las manufacturas, las monedas, etc. Muchos reinos son fértiles, pero escasos de habitantes, como el Ducado del Piamonte en Italia, que tanto alaba Leandro Alberto por su grano, vino, frutas, etc. Sin embargo no está tan poblado como los lugares cercanos que son más yermos. «Inglaterra —dice—, nunca ha tenido una ciudad populosa (excepto Londres) y es sin embargo un país fértil»⁴⁷⁰.

Encuentro cuarenta y seis ciudades y villas amuralladas en Alsacia, una pequeña provincia de Alemania, cincuenta castillos, un número infinito de pueblos, sin ningún campo baldío, ni siquiera los lugares rocosos o las cimas de las colinas están calmos, como nos informa Sebastian Munster⁴⁷¹. En Greichgea, un pequeño territorio sobre el Necker, veinticuatro millas italianas al norte, he leído que hay veinte villas amuralladas, innumerables pueblos, cada uno con ciento cincuenta casas en su mayor parte, además de castillos y palacios de nobles⁴⁷². Observo en Turingia⁴⁷³, en Holanda (doce millas al norte según su escala) doce condados y en ellos ciento cuarenta y cuatro ciudades, dos mil pueblos, ciento cuarenta y cuatro villas, doscientos cincuenta castillos. En Baviera treinta y cuatro ciudades, cuarenta y seis villas, etc. *Portugallia interamnensis*⁴⁷⁴, una pequeña porción de terreno, tiene mil cuatrocientas sesenta parroquias, ciento treinta monasterios, doscientos puentes. Malta, una isla estéril tiene veinte mil habitantes. Pero de

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

todas las demás admiro las relaciones de los Países Bajos de L. Guicciardini. Holanda tiene veintiséis ciudades; cuatrocientos grandes pueblos⁴⁷⁵; Zelanda diez ciudades, ciento dos parroquias; Brabante veintiseis ciudades, ciento dos parroquias; Flandes veintiocho ciudades, noventa villas, mil ciento cincuenta y cuatro pueblos, además de abadías y castillos, etc.

Normalmente, los Países Bajos tienen al menos tres ciudades por una de las nuestras, y mucho más populosas y ricas, y ¿cuál es la causa, sino su industria y excelencia en todo tipo de comercio? Su comercio, que lo mantienen una multitud de comerciantes, tantos canales excelentes hechos por arte, puertos convenientes, al lado de los cuales construyen sus ciudades: todo lo que nosotros tenemos en la misma medida o, al menos, podemos tener. Pero su principal imán, que atrae todo tipo de comercio y mercadería, que mantiene sus riquezas presentes, no es la fertilidad del suelo, sino la industria que les enriquece; las minas de oro del Perú, o la Nueva España no se les pueden comparar. No tienen oro ni plata propios, ni vino ni aceite, y apenas crece ningún grano en esas provincias unidas; hay poca o ninguna madera, estaño, plomo, hierro, seda, lana, casi ninguna materia prima o metal; y sin embargo, Hungría, Transilvania, que se jactan de sus minas o la fértil Inglaterra no se pueden comparar con ellos. Me atrevería a decir, con osadía, que ni Francia, Taranto, Apulia, Lombardía o cualquier parte de Italia, ni Valencia en España, o la agradable Andalucía, con sus excelentes frutas, vino y aceite, sus dos cosechas, ni ninguna otra parte de Europa es tan floreciente, tan rica, tan populosa, tan llena de buenos barcos, de ciudades bien construidas, tan abundante en todas las cosas necesarias para el uso humano. Son nuestras Indias, un epítome de China, y todo debido a su industria, su buena política y su comercio. La industria es un imán que arrastra todo lo bueno, que por sí sola hace florecer a los países, hace a las ciudades populosas, y contribuirá con su buen abono, que se sigue necesariamente, a que un suelo estéril sea fértil y bueno⁴⁷⁶, como las ovejas, dice Dión, mejoran un mal pasto⁴⁷⁷.

Decidme, políticos ¿por qué han decaído tanto la fértil Palestina, la noble Grecia, Egipto, Asia Menor y (meros esqueletos ahora), han descendido de lo que fueron? El campo es el mismo, pero el gobierno ha cambiado, la gente se ha vuelto perezosa, ociosa, su buena agricultura, política e industria han decaído. «El terreno no está agotado ni exhausto», como bien informa Columella a Silvino, «sino que es estéril por nuestra indolencia»⁴⁷⁸. ¿Puede alguien creer lo que relataban de la Antigua Grecia Aristóteles en su *Política*, Pausanias, Stephanus Byzantinus, Nicholas Sophianus, Gerbelius? He encontrado setenta ciudades de Epiro destruidas por Paulo Emilio, una buena provincia en los tiempos pasados, ahora ha quedado desolada de buenas villas y casi de habitantes⁴⁷⁹. En tiempos de Estrabón había en Macedonia sesenta y dos ciudades. Encuentro treinta en Laconia, pero ahora apenas hay tantos pueblos, dice Gerbelius. Cualquiera que

mirase desde el monte Taigeto el campo alrededor, y viese tantas ciudades delicadas y bien construidas, con tal coste y tan exquisita habilidad, tan pulcramente establecidas en el Peloponeso, ahora las vería ruinosas y destruidas, quemadas, desiertas, desoladas y al nivel del suelo⁴⁸⁰. Decirlo resulta increíble, etc.

Y como se lamenta, «¿quién, contando tales cosas, puede contener las lágrimas? ¿Quién tiene tal corazón de piedra?» Sigue así: ¿Quién se puede condoler y conmiserarse suficientemente de estas ruinas? ¿Dónde están aquellas cuatro mil ciudades de Egipto, aquellas cien ciudades de Creta? ¿Se han convertido en dos ahora? ¿Qué dicen Plinio y Eliano de la antigua Italia? Había en otros tiempos mil ciento sesenta y seis ciudades. Blondo y Maquiavelo aseguran ahora que no había cerca nada tan populoso y lleno de buenas villas como en los tiempos de Augusto (pues ahora Leandro Alberto no encuentra sino trescientas como mucho); y si damos crédito a Livio, no tan fuertes y pujantes como antiguamente: «En otros tiempos reunían setenta legiones, que ahora, todo el mundo conocido apenas juntará»⁴⁸¹. Alejandro, por su parte, construyó setenta ciudades en un corto espacio, nuestros sultanes y turcos han demolido el doble y dejan todo desolado.

Muchos no creerán que nuestra isla de Gran Bretaña está ahora menos poblada de lo que nunca lo haya estado: sin embargo, que lean a Beda, John Leland y otros, la encontrarán más próspera en la Heptarquía sajona, y en tiempos de Guillermo el Conquistador, estaba mucho mejor habitada de lo que está en este momento. Mirad el *Domesday Book*, y mostradme los miles de parroquias que ahora han decaído, ciudades en ruinas, pueblos despoblados, etc. Normalmente, cuanto menor es el territorio, es más rico normalmente; «un campo pequeño, pero bien cultivado». Como prueban las repúblicas griegas ateniense, lacedemonia, arcadia, eleana, sycionia, mesenia, etc. como pueden testimoniar las ciudades imperiales y los estados libres de Alemania, los cantones de Suiza, Rhetos, Grisones, Balones, los territorios de Toscana, Luca y Siena antiguamente o Piamonte, Mantua, Venecia en Italia, Ragusa, etc.

Por lo tanto, como aconseja Botero⁴⁸², el príncipe que tenga un país rico, unas buenas ciudades, dadle buenos mercados, privilegios, habitantes laboriosos, artesanos, que no tolere que ninguna materia prima en bruto, como el estaño, hierro, lana, plomo, etc. se transporte fuera de sus país. Una cosa que se ha intentado seriamente entre nosotros, pero que no se ha llevado a efecto⁴⁸³. Y puesto que la industria de los hombres y la multitud de comercio vale tanto para el ornamento y enriquecimiento de un reino, los antiguos marseleses no admitían a nadie en su ciudad si no tenía algún tipo de comercio⁴⁸⁴. Selim, el primer emperador turco de este nombre, procuró que mil buenos artesanos se trajeran de Tauris a Constantinopla. Los polacos hicieron un acuerdo con el duque de Anjou, Enrique, su nuevo rey electo, para que se trajera con él cien familias de artesanos a Polonia. Jacobo I de Escocia (como escribe George Buchanan⁴⁸⁵) buscó los mejores artesa-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

nos que se podían conseguir en Europa, y les dio grandes recompensas para que enseñaran a sus súbditos sus múltiples oficios. Eduardo III, nuestro rey más reconocido, para su eterna memoria, trajo por primera vez a nuestra isla algunos tejidos, transportando aquí a algunas familias de artesanos de Gante. ¡Cuántas hermosas ciudades puedo contar que prosperan por el comercio, donde miles de habitantes viven muy bien con su trabajo! Como Florencia en Italia, que hace telas de oro; el gran Milán con la seda y todo tipo de trabajos curiosos; Arras en Artois, por sus bellos tapices; muchas ciudades en España, Francia, Alemania no tienen otro sustento, especialmente los que están tierra adentro. La Meca en Arabia Petrea está situada en un país de lo más estéril, que carece de agua, entre las rocas (como lo describe Vertomanno), y es sin embargo una ciudad muy elegante y agradable por el tráfico entre Oriente y Occidente⁴⁸⁶. Ormuz en Persia es una famosa ciudad comercial, no tiene otra cosa más que la oportunidad del puerto para hacerle florecer. Corinto, una noble ciudad (como la llama Cicerón, «el ojo de Grecia»), debido a Cencreas y Lequea, esos excelentes puertos, atraía todo el tráfico de los mares Jónico y Egeo; y sin embargo, el territorio en torno a él era, como lo denomina Estrabón⁴⁸⁷, abrupto y áspero.

Lo mismo podemos decir de Atenas, Acio, Tebas, Esparta y la mayoría de las ciudades de Grecia. Nuremberg en Alemania está situada en un suelo muy estéril, y es sin embargo una ciudad imperial, sólo por la industria de sus artesanos y hábiles comerciantes; atraen las riquezas de la mayoría de los países hacia ellos, tan expertos en manufacturas, que como Salustio reveló hace tiempo en cosas semejantes, su alma, o *intellectus agens*, estaba situada en la punta de sus dedos; y lo mismo podemos decir de Basilea, Spires, Cambrai, Frankfurt, etc. Es casi increíble decir lo que algunos escriben de Méjico y de sus ciudades: ningún lugar del mundo en el primer descubrimiento era tan populoso. El jesuita Mateo Ricci⁴⁸⁸, y algunos otros se refieren a la industria de los chinos, uno de los países más poblados, no se ve ni un mendigo ni una persona ociosa, por eso prosperan y florecen. Nosotros tenemos los mismos medios, cuerpos capaces, ingenios dóciles, materia prima de todo tipo, lana, lino, hierro, estaño, plomo, madera, etc., muchas materias excelentes sobre las que trabajar: sólo se necesita industria. Vendemos nuestros mejores géneros allende los mares, de los que otros hacen buen uso para sus necesidades, sobre los que se ponen a trabajar y los mejoran mucho, mandándonos lo mismo de vuelta con precios mucho más caros, o sino, hacen juguetes y naderías de sus retales, que nos venden de nuevo a tales precios como si hubiesen comprado la pieza entera. En la mayoría de nuestras ciudades, salvo unas pocas, vivimos como haraganes españoles⁴⁸⁹, entre tabernas y cervecerías; el malteado es su mejor arado, y su mayor mercado vender cerveza. Meteran y otros nos imputan que no somos de ningún modo tan industriosos como los holandeses: «los trabajos manuales, dice, que son más curiosos y engorrosos, los hacen completamente

los extranjeros. Habitan en un mar lleno de pescado, pero son tan perezosos que no capturan ni lo que les sirve para sus propias necesidades, sino que se lo compran a sus vecinos»⁴⁹⁰. «El mar es libre»⁴⁹¹, ellos pescan delante de nuestras narices y nos lo venden cuando lo han pescado a sus propios precios. Estoy avergonzado de que los extranjeros nos imputen esto y no sé cómo responderlo.

Entre nuestras ciudades sólo Londres tiene el aspecto de una ciudad⁴⁹², *epitome Britanniae*⁴⁹³, famoso emporio, no es inferior a ninguna allende el mar, un noble mercado. Pero «crece sola, a expensas del resto»; sin embargo a mi corto entendimiento, es defectuosa en muchas cosas. El resto (exceptuando unas pocas⁴⁹⁴) están en un estado miserable, en ruinas la mayor parte, pobres y llenas de mendigos, debido a sus mercados en decadencia o por una política descuidada o mala, los tumultos, la ociosidad de sus habitantes, que prefieren mendigar u holgazanear y estar más prestos a morir de hambre que a trabajar.

No puedo negar que se puede decir algo en defensa de nuestras ciudades, que no están tan bien construidas (pues la única magnificencia de este reino –por lo que respecta a la construcción– ha estado en la antigüedad en los castillos normandos y en los monasterios), ni son tan ricas, bien situadas, populosas como en otros países⁴⁹⁵. Además de las razones que da Cardano (*De Subtilitate*, 9), necesitamos vino y aceite, sus dos cosechas, habitamos en una zona más fría, y por esta razón nos debemos alimentar mucho más liberalmente de carne⁴⁹⁶, como hacen todos los países nortños. Nuestras provisiones, por lo tanto, no se extenderán al sustento de muchos; sin embargo, a pesar de todo, tenemos materias primas de todo tipo, un mar abierto al tráfico, y así mismo, excelentes puertos. ¿Y cómo podemos excusar nuestra negligencia, nuestro tumulto, embriaguez, etc., y los excesos consiguientes? Tenemos –dirás– excelentes leyes decretadas, severos estatutos, casas de corrección, etc, pero parece que para bien poco, no son las casas las que servirán, sino las ciudades de corrección; nuestros mercados en general se deberían reformar y abastecerse la necesidades⁴⁹⁷. En otros países tienen los mismos perjuicios, lo confieso, pero eso no nos excusa a nosotros ni a nuestras necesidades⁴⁹⁸, defectos, excesos, zánganos ociosos, tumultos, discordias, contiendas, pleitos, muchas leyes hechas contra ellos, para reprimir los innumerables alborotos y pleitos, exceso en las vestiduras, la dieta, decadencia de la labranza, despoblamiento, especialmente contra pícaros, mendigos⁴⁹⁹, vagabundos egipcios (así llamados por lo menos) que se han movido en grupo por toda Alemania, Francia, Italia, Polonia⁵⁰⁰, como se puede leer en Sebastian Munster⁵⁰¹, Albert Krantz y Johann Turmeir. Así lo hacen los tártaros y los árabes en este momento en los países orientales; sin embargo eso ha sido la inicuidad de todas la épocas, según parece para bien poco. «Que no haya en nuestra ciudad ningún mendigo», dice Platón, los quiere limpiar de la república⁵⁰², «como un mal humor del cuerpo»⁵⁰³, que son como muchas úlceras y forúnculos, y se deben curar antes de que el cuerpo melancólico se alivie.

Lo que han decretado en estos casos Carlomagno, los chinos, los españoles, el Duque de Sajonia y otros muchos estados en este caso, se lee en Arniseo (cap. 19), Botero (lib. 8., cap. 2), Osorius (*De Rebus gestis Emanuelis*, 11). Cuando un país tiene demasiada acumulación de gente, como cuando en un pasto hay a menudo demasiado ganado, han tenido en otros tiempos la costumbre de descargarse, mandando gente a las colonias, o con las guerras, como los antiguos romanos; o empleándolos en el país en construcciones públicas, como puentes, carreteras, por los que los romanos fueron famosos en esta isla; como lo hizo César Augusto en Roma, los españoles en las minas de las Indias, como en Potosí en Perú, donde todavía están trabajando unos treinta mil hombres, seis mil hornos siempre hirviendo, etc. O en acueductos, puentes, puertos, esas maravillosas obras de Trajano⁵⁰⁴, Claudio en Ostia⁵⁰⁵, las termas de Diocleciano, el lago Fucino, el Pireo en Atenas, hecho por Temístocles, anfiteatros de mármoles especiales, como en Verona, Filipópolis, y Heraclea en Tracia, las vías Apia y Flaminia, obras prodigiosas que todos pueden contemplar. Y antes de que estuviesen ociosos⁵⁰⁶, se podría hacer como los faraones egipcios Moeris y Sesostrís⁵⁰⁷, que ocuparon a sus súbditos en hacer pirámides innecesarias, obeliscos, laberintos, canales, lagos, obras colosales, para distraerles de las rebeliones, tumultos, embriaguez, «para que se mantuvieran y no se volvieran vagabundos y ociosos»⁵⁰⁸.

Otra cosa que resulta desagradable es la falta de conducción de ríos navegables, un gran defecto, como mantienen Botero⁵⁰⁹, Hipólito Colla⁵¹⁰, y otros políticos, si se descuida en una república. Un coste y un precio admirables se conceden en los Países Bajos para esto, en el ducado de Milán, la región de Padua, en Francia⁵¹¹, Italia, China, y del mismo modo en confluencias de aguas para humedecer y refrescar tierras estériles, para drenar pantanos, ciénagas y eriales. Massinissa hizo que muchas partes interiores de Barbaria y Numidia en África, antes incultas y horribles, fueran fructíferas por estos medios. La gran industria de este tipo se usa normalmente por todos los países orientales, especialmente en Egipto, cerca de Babilonia y Damasco, como relatan Vertomanno y Gotardus Arthus⁵¹²; cerca de Barcelona, Segovia, Murcia y muchos otros lugares de España; Milán en Italia; gracias a lo cual, su suelo se mejora mucho y surge una infinidad de comodidades para los habitantes.

Los turcos últimamente han intentado cortar el istmo entre África y Asia, que Sesostrís y Darío⁵¹³ y algunos faraones de Egipto habían emprendido anteriormente, pero con poco éxito, como indican Diodoro Sículo⁵¹⁴ y Plinio, puesto que el mar Rojo está tres codos⁵¹⁵ más alto que Egipto y, habría anegado todo el país, así que desisitieron. Sin embargo, como escribe el mismo Diodoro⁵¹⁶, Tolomeo renovó los trabajos muchos años después y lo consiguió separar en un lugar más oportuno.

Del mismo modo se acometió el istmo de Corinto para hacerlo navegable por parte de Demetrio, Julio César, Nerón, Domiciano, Herodes Ático, para hacer un

paso rápido y menos peligroso desde el mar Jónico al Egeo⁵¹⁷. Pero puesto que no se podía llevar a efecto tan bien, los peloponesos construyeron un muro como el muro de nuestros pictos, cerca de Schoenus, donde estaba el templo de Neptuno, en el corte más pequeño sobre el istmo, de lo que hablan Diodoro (lib. 11), Heródoto (lib. 8 Uran.). Nuestros escritores modernos lo llaman Hexamilium, que demolió Amurath el turco, y los venecianos lo repararon el año 1453 en quince días con treinta mil hombres. Algunos, dice Acosta, querían hacer un paso de Panamá a Nombre de Dios en América. Los historiadores franceses Thuanus y Serres hablan de un famoso acueducto en Francia proyectado en tiempos de Enrique IV, del Loira al Sena y del Ródano al Loira. Algo semejante fue intentado anteriormente por el emperador Domiciano, del Arar al Mosela⁵¹⁸, de lo que habla Cornelio Tácito en el decimotercero de sus *Annales*; después lo intentaron Carlomagno y otros⁵¹⁹. En otros tiempos se ha empleado un coste excesivo, ya en hacer, ya en arreglar canales fluviales y sus pasos (como hizo Aureliano con el Tíber, hacerlo navegable hasta Roma, para llevar grano de Egipto a la ciudad, «hizo más profundo el lecho del río, dice Vopiscus, y construyó diques», cortó vados, hizo bancos, etc), puertos decaídos, que el emperador Claudio intentó con infinitos cuidados y alto precio en Ostia, como he dicho, hoy en día lo han construido los venecianos para preservar su ciudad.

Se han dado e inventado muchos medios excelentes para enriquecer estos territorios en la mayoría de las provincias de Europa, como plantar plantas indias entre nosotros, gusanos de seda; las mismas hojas de moreras en los llanos de Granada producen treinta mil coronas al año para los cofres del rey de España, además de los muchos mercados y artesanos que se ocupan de ellos en el reino de Granada, Murcia y por toda España⁵²⁰. En Francia se consigue un gran beneficio de la sal, etc. Se puede disputar si todas estas cosas no se pueden intentar tan felizmente entre nosotros y con el mismo éxito: me refiero a los gusanos de seda, las viñas, abetos, etc. Cardano exhorta a Eduardo VI a plantar olivos, y está totalmente convencido de que florecerían en esta isla. Entre nosotros, los ríos navegables se descuidan en su mayor parte; nuestros ríos no son grandes, lo confieso, debido a la estrechez de la isla, sino que corren suavemente y lisos, no precipitados, rápidos, o entre rocas y bancos como los espumosos Ródano y Loira en Francia, el Tigris en Mesopotamia, el impetuoso Duero en España; con cataratas y remolinos como en Rin, el Danubio cerca de Schafhausen, Laufenburg, Linz y Cremmes⁵²¹, que ponen en peligro a los navegantes; o anchos y poco profundos como el Neckar en el Palatinado, el Tíber en Italia, sino tranquilos y serenos como el Arar en Francia, Ebro en Macedonia, el Eurota en Laconia; que se deslizan tranquilamente y asimismo muchos se podrían reparar (me refiero al Wye, Trent, Ouse, Támesis en Oxford, cuyos defectos sufrimos mientras tanto), como el río Lea de Ware a Londres. Antiguamente el obispo Atwater o, como pretenden algunos, Enrique I,

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

hizo un canal navegable de Trent a Lincoln que ahora, dice Candem, está en ruinas⁵²²; y hay muchas menciones de anclas y monumentos semejantes encontrados cerca del viejo Verulam⁵²³. Anteriormente, han venido buenos barcos a Exeter, y a muchos lugares semejantes cuyos canales, fondeaderos y puertos están ahora cerrados y descuidados. Nosostros despreciamos este beneficio de transporte y agua y por esto estamos constreñidos en las partes internas de la isla, porque el transporte es tan caro, a devorar todos nuestros productos locales, y vivir como puercos en una pocilga, a falta de salidas.

Tenemos muchos puertos excelentes, puertos reales, Falmouth, Portsmouth, Milford, etc. equivalentes, si no preferibles al indio de La Habana, el antiguo Brindisi en Italia, Aúlide en Grecia, Ambracia en Acarnania, Suda en Creta, que tienen en ellos pocos barcos, poco o ningún tráfico o mercado, que apenas tienen un pueblo en ellos, pero capaces de mantener grandes ciudades; «pero de esto se han de ocupar los políticos». Podía imputar aquí muchos otros descuidos, abusos, errores, defectos contra nosotros, etc. y en otros países, despoblamientos, tumultos, embriaguez, etc. y muchas cosas semejantes, «que no querría más que susurrar al oído». Pero debo poner atención en no excederme. «Un cerdo enseña a Minerva», estoy fuera de mi elemento, como quizá puedes suponer. A veces «la verdad engendra odio», como se ha dicho, «el agraz y las gachas son buenos para el loro». Pues lo que dijo Luciano de un historiador, lo digo yo de un político: el que quiera hablar y escribir libremente, no debe ser nunca súbdito de ningún príncipe ni de ninguna ley, sino que debe exponer el tema como es verdaderamente, sin preocuparse de lo que alguien pueda o quiera, le guste o le disguste.

Tenemos buenas leyes, no lo puedo negar, para rectificar tales excesos, como en otros países, pero parece que no siempre con buenos fines. En nuestra época tendríamos necesidad de un inspector general para que reformase lo que está mal; un justo ejército de rosacruces, pues arreglan –dicen– todo tipo de asuntos, la religión, la política, los modales, con artes, ciencias, etc.; otro Atila, Tamorlán, Hércules, para luchar contra Aquelao, «limpiar los establos de Augias», subyugar a los tiranos, como hicieron con Diomedes y Busiris⁵²⁴; expulsar a los ladrones como se hizo con Caco y Lacinio; reivindicar a los pobres cautivos, como se hizo con Hesione; pasar la zona tórrida, los desiertos de Libia y limpiar el mundo de monstruos y centauros; u otro Crates Tebano que reformase nuestras costumbres, que conciliara peleas y controversias, como hizo él en su tiempo y por ello fue adorado en Atenas como un dios. «Como Hércules limpió el mundo de monstruos y les subyugó, y así luchó él contra la envidia, la lujuria, la ira, la avaricia, etc y todos esos vicios salvajes y monstruos de la mente»⁵²⁵. Sería deseable que tuviésemos un visitante así o, si el deseo bastase, que, como quería Timolao en Luciano⁵²⁶, uno tuviese el anillo o anillos, por cuya virtud fuese tan fuerte como diez mil hombres, o un ejército de gigantes; sería invisible, abriría verjas y puertas de castillos, tendría

el tesoro que se desease, se transportaría en un instante al lugar que desease, alentaría afecciones, curaría toda suerte de enfermedades, podría recorrer el mundo y reformaría todos los estados y personas afligidos, según quisiera. Podría reducir al orden a esos tártaros errantes que infestan China por un lado y Moscú y Polonia por el otro; y domesticar a los árabes vagabundos que roban y saquean los países orientales, para que no usen nunca más caravanas o jenizaros que les conduzcan. Podría arrancar la barbarie de América y descubrir totalmente la *Terra Australis Incognita*, descubrir los nuevos pasos del Noreste y Noroeste, drenar los poderosos pantanos de Meotis, talar los vastos bosques Hercinios, humedecer los estériles desiertos árabes, etc., curarnos de nuestras enfermedades epidémicas, el escorbuto, la plica, el morbo napolitano, etc., acabar con todas nuestras ociosas controversias, interrumpir nuestros tumultuosos deseos, lujurias desordenadas, arrancar el ateísmo, la impiedad, herejía, cisma y superstición, que tanto atormentan al mundo ahora, catequizar contra la gran ignorancia, limpiar a Italia de la lujuria y el tumulto, a España de superstición y celos, a Alemania de la embriaguez, a todos nuestros países norteños de la glotonería y la intemperancia, castigar a nuestros padres, maestros y tutores por su dureza de corazón, azotar a los niños desobedientes, a los siervos negligentes, corregir a los hijos manirroto y pródigos, forzar a las personas ociosas a trabajar, sacar a los borrachos de las cervecerías, reprimir a los ladrones, inspeccionar a los magistrados corruptos y tiránicos, etc. Pero como L. Licinio criticó a Timolao, nos puedes criticar. Estos son deseos vanos, absurdos y ridículos que no se han de esperar: todo debe ser como es. Boccacino puede citar a las repúblicas para que vengan ante Apolo, y buscar reformar el mundo mismo por medio de comisarios⁵²⁷, pero no hay remedio, no se puede reparar, «los hombres dejarán de estar locos cuando dejen de ser hombres», mientras que puedan mover el bigote, engañarán y se harán los tontos.

Porque es algo tan difícil, imposible y mucho más complicado que los trabajos de Hércules para llevarlo a cabo; dejad que sean rudos, estúpidos, ignorantes, incultos, «que la piedra se asiente sobre otra piedra», y como quiere el apologista, «que la república tosa hasta ahogarse, que el mundo quede corrupto»⁵²⁸; dejad que sean tan bárbaros como son, dejadles tiranizar, epicureizar, oprimir, complacerse, consumirse con facciones, supersticiones, pleitos, guerras y discordias, vivir en tumultos, pobreza, necesidad, miseria⁵²⁹; rebelarse, revolcarse como los cerdos en su propio estiércol, con los compañeros de Ulises, «les permito libremente que sean locos». Sin embargo, quiero satisfacerme y agradarme a mí mismo, hacerme una *Utopía* propia, una *Nueva Atlántida*, una república poética mía propia, en la que pueda dominar libremente, construir ciudades, hacer leyes, estatutos, según mi propio entendimiento. ¿Por qué no iba a poder?

«Pintores y poetas siempre tuvieron el justo poder de atreverse a cualquier cosa»⁵³⁰.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Sabéis la libertad que los poetas han tenido siempre, y además, mi predecesor Demócrito era un político, un juez de Abdera, un legislador, como dicen algunos; ¿por qué no puedo atreverme a tanto como él? Sin embargo, me aventuraré.

En cuanto a la situación, si me fuerzas necesariamente a decirlo, no estoy totalmente resuelto; puede ser en la *Terra Australis Incognita*, hay sitio suficiente (pues, que yo sepa, ni el hambriento español⁵³¹, ni Mercurio Británico han descubierto todavía la mitad) o una de esas islas que flotan en los mares del Sur, que como las islas Cíaneas en el Ponto Euxino, cambian de sitio y sólo son accesibles en ciertas ocasiones y para unas pocas personas; o una de las Islas Afortunadas, pues ¿quién sabe dónde están o cuáles son? Hay sitio suficiente en las regiones interiores de América y en las costas del norte de Asia. Pero elegiré un sitio cuya latitud sea 45 grados (sin contar los minutos) en medio de la zona templada, o quizás bajo el Ecuador, el Paraíso del mundo «donde el laurel está siempre verde», etc. donde hay una primavera perpetua⁵³². La longitud, por determinadas razones, la ocultaré.

Sin embargo «que sepan todos por la presente» que si algún caballero honesto mandase tanto dinero como Cardano concede a un astrólogo para hacer un horóscopo, será partícipe, le daré parte en mi proyecto; o si cualquier hombre valioso pretende cualquier oficio o dignidad temporal o espiritual (pues como dijo de su arzobispo de *Utopía*, es una «santa ambición», y no está mal buscarlo), se le dará libremente, sin intercesiones, sobornos, cartas, etc. su propio mérito será su mejor portavoz. Puesto que no admitiremos comisionados o patronatos, si está suficientemente cualificado, y tan capaz como deseoso de ejecutar su puesto él mismo, tomará posesión de dicho cargo.

Se dividirá en doce o trece provincias, por las colinas, ríos, carreteras u otros límites más eminentes exactamente deslindados. Cada provincia tendrá una metrópolis, que estará situada casi como el centro de una circunferencia, y el resto a igual distancia, separadas entre sí unas doce millas italianas o así, y en ellas se venderán todas las cosas necesarias para el uso humano, «a las horas y las días establecidos»; no habrá ciudades mercado, ni mercados o ferias, porque no hacen sino empobrecer a las ciudades (ningún pueblo estará a más de seis, siete u ocho millas de una ciudad), excepto los emporios que están a la orilla del mar, los mercados generales, comercios, como Amberes, Venecia, Bergen en la Antigüedad, Londres, etc. Las ciudades en su mayor parte se situarán junto a ríos navegables o lagos, ensenadas, puertos, y serán de forma regular: redondos, cuadrados o rectangulares⁵³³, con calles limpias, amplias y rectas⁵³⁴, casas uniformes, construidas en ladrillo y piedra, como Brujas, Bruselas, Rhegium Lepidi, Berna en Suiza, Milán, Mantua, Cremona, Cambalu en Tartaria, descrita por Marco Polo o Palmanova en el Véneto. Admitiré pocos o ningún suburbio, y de construcciones más bajas, muros sólo para mantener alejados a hombres o caballos, a menos que

sea en alguna ciudad fronteriza o junto a la orilla del mar, que se han de fortificar siguiendo los métodos de fortificación más modernos⁵³⁵, y situadas en puertos convenientes y lugares oportunos.

En cada ciudad así construida, tendré las iglesias convenientes y lugares separados para enterrar a los muertos, no en cementerios de iglesias; habrá una *citadella* (en algunas, no en todas) para dominar la ciudad, prisiones para los delincuentes, mercados convenientes de todo tipo, para grano, carne, ganado, combustibles, pescado, etc.; tribunales de justicia útiles, salones públicos para todas las sociedades, bolsas, lugares de encuentro, arsenales⁵³⁶, en los que se guardarán máquinas para extinguir el fuego, parques de artillería, paseos públicos, teatros y campos espaciosos destinados a gimnasia, deportes y recreaciones honestas, hospitales de todo tipo para niños, huérfanos, ancianos, enfermos, locos, soldados, lazaretos, etc., y construidas no con súplicas, o gracias a benefactores gotosos que, después de que han extorsionado toda su vida con el fraude y el robo, han oprimido a todas las provincias, sociedades, etc., dan algo para usos píos como expiación, contruyen un hospicio, una escuela o un puente, etc. en su último momento, o antes quizá, que no es otra cosa que robar un ganso y restituir una pluma, robar a mil personas para remediar a diez. Y estos hospitales así construidos y mantenidos, no por colectas, benevolencia, donaciones, serán para un número de personas establecido (como en los nuestros), sólo tantos y ninguno más, según dicha cantidad, sólo para aquellos que pasen necesidad, ya sean más o menos, y se mantendrán siempre del erario público. «No hemos nacido para nosotros mismos», etc. Tendré conductos de agua dulce y buena, convenientemente dispuestos en cada ciudad, graneros públicos⁵³⁷, como en Dresde en Misnia, Steitein en Pomerland, Nuremberg, etc. Colegios de matemáticos, músicos y actores, como en la Antigüedad en Lebedo en Jonia, de alquimistas⁵³⁸, médicos, artistas y filósofos, para que todas las ciencias se puedan perfeccionar pronto y se puedan aprender mejor; e historiógrafos públicos, como entre los antiguos persas, «informados y señalados por el Estado para que registren todas las acciones famosas»⁵³⁹, y que no lo haga cualquier escritorzuelo incapaz, parcial o pedante parásito, como en nuestros tiempos. Proveeré escuelas públicas de todo tipo, de canto, danza, esgrima, etc. especialmente de gramática e idiomas, que no se enseñarán con esos tediosos preceptos utilizados normalmente, sino por medio del uso, ejemplos, conversación⁵⁴⁰, como aprenden los viajeros en el extranjero y como las niñas enseñan a los niños. Como tendré tales sitios, estableceré gobernadores públicos, oficiales adecuados para cada puesto, tesoreros, ediles, cuestores, supervisores de los alumnos, de los bienes de las viudas y de todas las casas públicas, etc.⁵⁴¹, y harán una vez al año cuentas rigurosas de todos los recibos, gastos, para evitar confusiones, y (como dice Plinio a Trajano) «y se hará así para que no gasten en exceso, si se me excusa mencionarlo». Estarán subordinados a los oficiales superiores y gover-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

nadores de cada ciudad, que no serán pobres comerciantes, ni artesanos comunes, sino nobles y caballeros, que estarán obligados a residir en las ciudades cerca de las cuales viven, en tiempos y estaciones establecidos: pues no veo ninguna razón (de lo que se queja Hipólito⁵⁴²), «para que sea más deshonroso para los nobles gobernar la ciudad que el campo, o más indecoroso vivir allí ahora que antes». No tendré ciénagas y pantanos, marismas, vastos bosques, desiertos, eriales, pastos comunes, sino que todo estará cercado⁵⁴³ (sin embargo, no despoblado, y por lo tanto ten cuidado de no equivocarte) porque lo que es común y de todos, no es de ninguno. Las regiones más ricas están todavía cercadas, como Essex, Kent entre nosotros, etc., España, Italia; y donde los cercados son menores en cantidad, están mejor cuidados, como cerca de Florencia en Italia, Damasco en Siria, etc., que son más como jardines que como campos⁵⁴⁴. No tendré un acre calmo en todos mis territorios, ni siquiera en las cimas de la montañas, donde la naturaleza fracase, se suplirá con el arte: los lagos y los ríos no quedarán abandonados⁵⁴⁵. Todos los caminos reales, puentes, andenes, confluencias de aguas, acueductos, canales, obras públicas, construcciones, etc. saldrán de un fondo público⁵⁴⁶, sujeto a una rigurosa manutención y reparación. No habrá despoblamientos, absorciones, alteraciones de bosques, labrantíos sino por consentimiento de supervisores, que serán nombrados con tal fin, para ver qué reformas se deben hacer en todos los lugares, qué está mal, cómo evitarlo, «qué región será o no productiva», qué campo es más adecuado para el bosque, cuál para el ⁵⁴⁷grano, cuál para el ganado, para jardines, huertos, viveros de peces, etc. con una división benéfica para todos los pueblos (para que una casa dominante no absorba vorazmente a todas, que es muy común entre nosotros), qué es para los lores, qué para los arrendatarios⁵⁴⁸; y puesto que estarán más animados a mejorar las tierras que mantienen, abonan, plantan árboles, drenan, cercan, etc. tendrán largos arriendos, rentas conocidas, tasas conocidas, para liberarles de las intolerables extorsiones de los propietarios tiránicos. Estos supervisores asimismo señalarán qué cantidad de tierra de cada hacienda es adecuada para las heredades de los señores, cuál para la tenencia de los arrendatarios, cómo se deben administrar, —«así como los magnesianos son conocidos por sus caballos, los argonautas lo son por sus naves remeras»⁵⁴⁹— cómo se deben abonar, cultivar, rectificar,

«Aquí crece mejor el grano, allí mejor la viña, aquí las frutas y aquí crece la hierba espontánea»⁵⁵⁰,

y qué porción es adecuada para todos los empleos, porque los propietarios privados son muchas veces idiotas, malos administradores, opresores, codiciosos, y no saben cómo mejorar, o si no, respetan totalmente sus propios bienes, pero no el bien público.

La igualdad de *Utopía* es un tipo de gobierno deseable más que factible; la *Respublica Christianopolitana*⁵⁵¹, la *Ciudad del Sol* de Campanella y la *Nueva*

Atlántida son ficciones ingeniosas, pero meras quimeras, y la *República* de Platón es en muchas cosas impía, absurda y ridícula, quita todo el esplendor y la magnificencia. Yo tendré varios órdenes y grados de nobleza, todos hereditarios, sin rechazar a los hermanos menores mientras tanto, pues se les proveerá suficientemente con pensiones o se les calificará, se les educará en algún oficio honesto, serán capaces de vivir por sí mismos. Tendré una porción de tierra perteneciente a cada baronía; el que compre tierra, comprará la baronía; el que por tumultos consume su patrimonio y las heredades antiguas, perderá sus honores⁵⁵². Del mismo modo que algunas dignidades serán hereditarias, así lo serán algunas por elección o por donación (además de los empleos libres, las pensiones y las rentas vitalicias), como nuestros obispados, prebendas, los palacios del Pachá en Turquía, las casas y empleos de los procuradores en Venecia⁵⁵³, que como la manzana dorada se darán al más valioso y al mejor que los merezca tanto en la guerra como en la paz, como recompensa de su valía y buen servicio, como objetivo a conseguir para muchos («el honor alimenta a las artes») y ánimos para otros. Pues odio los severos, innaturales, rígidos decretos alemanes, franceses y venecianos, que excluyen a los plebeyos de los honores, aunque no sean nunca tan sabios, ricos, virtuosos, valientes y bien cualificados, no deben ser patricios, sino mantener su propio rango. Esto es «hacer la guerra en la naturaleza», odioso a Dios y a los hombres, lo aborrezco. Mi forma de gobierno será monárquica,

«No hay libertad más dulce que la concedida por un príncipe virtuoso»⁵⁵⁴.

Con pocas leyes, pero mantenidas severamente, escritas en un estilo llano y en su lengua materna, para que todo el mundo las pueda entender. Cada ciudad tendrá un mercado o privilegios particulares, por los que se mantendrá principalmente. Y los padres enseñarán a sus hijos, a uno de cada tres al menos, le educará y le instruirá en los misterios de su propio oficio⁵⁵⁵. En cada ciudad estos artesanos estarán organizados convenientemente, pues liberarán al resto de peligros u ofensas: los comercios de fuego, como los herreros, forjadores, cervecedores, panaderos, metalarios, etc., vivirán solos; los tintoreros, curtidores, pellejeros y todos los que utilizan agua, en lugares convenientes para ellos; los ruidosos o repugnantes por los malos olores, como los mataderos, abaceros, curtidores en lugares remotos y en callejuelas traseras. Las fraternidades y compañías, las apruebo, como las bolsas de comerciantes, colegios de boticarios, médicos, músicos, etc. Pero todos los comercios tienen que fijar su precio en la venta de mercancías, como hacen nuestros empleados del mercado con los panaderos y cervecedores; el mismo grano, cuya escasez puede sobrevenir, no excederá ese precio. Por aquellas mercancías que se transportan o se importan, si son necesarias, útiles y en tanto en cuanto puedan concernir a la vida del hombre, como el grano, la madera, el carbón, etc.⁵⁵⁶, y tales provisiones de las que no podemos carecer, haré que se pague poco o ningún derecho de aduana, o impuestos. Pero para las cosas que son para el placer, deleite u

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

ornamento, como el vino, las especias, el tabaco, la seda, el terciopelo, telas de oro, encaje, joyas, etc. habrá mayores impuestos.

Haré que se envíen algunos barcos cada año en busca de nuevos descubrimientos, y que se asigne a algunos hombres discretos para que viajen a los reinos vecinos por tierra⁵⁵⁷, y observen las invenciones técnicas y las buenas leyes de otros países, sus costumbres, alteraciones o cualquier otra cosa, referente a la guerra o a la paz, que se dirija al bien común. La disciplina eclesiástica, en las manos de los obispos, estará subordinada como las demás. No habrá secularización de bienes, ni patronos laicos de beneficios eclesiásticos, o un hombre particular, sino sociedades comunes, corporaciones, etc., y los que ostentan beneficios serán elegidos en la universidad, examinados y aprobados como los *litterati* de China. Ninguna parroquia tendrá más de mil oyentes. Si fuera posible tendría a sacerdotes que imitaran a Cristo, abogados caritativos que debieran amar a sus prójimos como a ellos mismos, médicos modestos y templados, políticos que despreciaran el mundo, filósofos que se conocieran a sí mismos, nobles que vivieran honestamente, mercaderes que dejaran de mentir y engañar y magistrados que dejaran la corrupción; pero, como esto es imposible, debo conseguir lo que pueda. Tendré, por lo tanto, un número establecido de legistas, jueces, abogados, médicos, cirujanos, etc.⁵⁵⁸, y que cada uno, si es posible, abogue por su propia causa, le diga al juez la historia que le ha dicho a su abogado⁵⁵⁹, como en Fez, en África. Bantam, Aleppo, Ragusa, «se espera que cada uno exponga su causa». Los abogados, cirujano y médicos⁵⁶⁰ que tengan permiso, se han de mantener lejos del caudal común⁵⁶¹, no se les darán ni tomarán honorarios, bajo pena de perder sus puestos; o si lo hacen, serán honorarios pequeños y cuando el caso se haya acabado totalmente⁵⁶². El que demande a alguien, pondrá una prenda; si se demuestra que ha demandado erróneamente a su adversario, irreflexiva o maliciosamente, se le confiscará y la perderá⁵⁶³. O si no, antes de que cualquier pleito comience, el demandante someterá su queja ante una comisión establecida para tal fin; si fuese de importancia, se le consentirá que continúe como antes, y si no, ellos lo determinarán. Todas las causas se abogarán ocultando los nombres de las partes, si las circunstancias no lo requieren de otro modo. Los jueces y los demás oficiales estarán adecuadamente dispuestos en cada provincia, pueblo, ciudad, como árbitros públicos para oír las causas y acabar las controversias, y no de uno en uno, sino al menos tres a la vez en el banco para determinar o dar la sentencia, y sentándose por turnos o a suertes, y para no continuar siempre en el mismo oficio. Ninguna controversia estará pendiente más de un año, sino sin ningún retraso, y las apelaciones posteriores se despacharán rápidamente y se concluirá finalmente en el tiempo asignado. Éstos y todos los demás magistrados inferiores se elegirán como los *litterati* de China⁵⁶⁴ o por los exactos sufragios de los venecianos⁵⁶⁵, y no serán elegibles de nuevo o hábiles para magistraturas, honores, oficios, a menos que

estén suficientemente cualificados para el aprendizaje⁵⁶⁶, los modales y por la estricta aprobación de los examinadores designados. Primero tomarán el puesto los sabios, y luego los soldados⁵⁶⁷; pues soy de la opinión de Vegecio, un estudioso merece más que un soldado, porque «el trabajo de un soldado dura una época, el de un estudioso para siempre».

Si se portan mal, se les destituirá⁵⁶⁸ y castigará conforme a ello; y ya sean sus oficios anuales o de cualquier otra periodicidad⁵⁶⁹, una vez al año se les examinará y se dará un informe, puesto que los hombres son parciales, apasionados, incontinentes, codiciosos, corruptos, sujetos al amor, al odio, al temor, a los favores, etc., «todo reino está sujeto a un reino mayor». Como hacían los Areopagitas de Solón y los censores romanos, unos inspeccionarán a otros, e *invicem* serán inspeccionados ellos mismo⁵⁷⁰, vigilarán que ningún funcionario, bajo pretexto de autoridad, insulte a sus inferiores⁵⁷¹, como bestias salvajes, ni oprima, domine, desuelle, muele, pisotee, sea parcial o corrupto, sino para que se actúe con igualdad, viviendo juntos como amigos y hermanos; y lo que Seselio quería tener y deseaba tanto en su reino de Francia⁵⁷², «un diapasón y una dulce armonía de reyes, príncipes, nobles y plebeyos, tan unidos entre sí y con amor, así como leyes y autoridad, de modo que nunca estén en desacuerdo, se insulten o abusen unos de otros». Si alguien desempeña bien su oficio, será recompensado.

«¿Pues quién elegirá la virtud por sí misma si se le quita la recompensa?» El que invente algo para el bien público en cualquier arte o ciencia, escriba un tratado, o realice alguna hazaña noble, en el país o fuera⁵⁷³, se le enriquecerá de acuerdo con ello⁵⁷⁴, se le honrará y ascenderá⁵⁷⁵. Digo con Aníbal en Ennio, «quien hiera a un enemigo será para mí cartaginés»; sea de la condición que sea, en todos los oficios, acciones, el que merezca lo mejor, tendrá lo mejor.

Tiliano en Filonio, sin duda con un espíritu caritativo, deseaba que todos sus libros fueran de oro y plata, joyas y piedras preciosas, para redimir a cautivos, liberar a presos y aliviar a todas las pobres almas afligidas que necesitaban medios⁵⁷⁶, todo hecho religiosamente, no lo niego, pero ¿con qué fin? Supón que esto se hiciera así de bien; un poco después, aunque un hombre tuviera para dar las riquezas de Crespo, habría muchos así. Por eso no consentiré de ninguna manera mendigos, pícaros, vagabundos o personas ociosas⁵⁷⁷ que no puedan dar cuenta de sus vidas y de cómo se mantienen⁵⁷⁸. Si son inválidos, cojos, ciegos y están solos, se les mantendrá idóneamente en diversos hospitales contruidos para tal fin; si están casados y enfermos, sin trabajo o afectados por una pérdida inevitable, o alguna otra desgracia similar, se les socorrerá con distribución de trigo, alquiler gratuito de la casa, pensiones anuales o dinero⁵⁷⁹, y se les recompensará mucho por los buenos servicios que hayan prestado antes; y si pueden, se les hará trabajar⁵⁸⁰. «Pues no veo motivos (como dice Moro) para que un epicúreo o un holgazán ocioso, un rico glotón, o un usurero vivan descansadamente, sin hacer nada, vivan con honor,

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

con todo tipo de placeres, y opriman a los demás, cuando mientras tanto, un pobre trabajador, un herrero, un carpintero, un labrador que han pasado su tiempo en el trabajo continuo, como un burro que lleva su carga, que hacen el bien a la república, y sin los cuales no podemos vivir, se les deje en su ancianidad que mendiguen y mueran de hambre, que lleven una vida miserable, peor que la de un jumento»⁵⁸¹. Puesto que todas las condiciones estarán unidas a sus tareas, nadie estará demasiado cansado, sino que tendrán tiempos de recreo y de vacaciones establecidos, para entregarse al placer, fiestas y alegres encuentros, incluso para el artesano más humilde o el sirviente más modesto, una vez a la semana, se cantará o bailará (aunque no todos a la vez), o harán lo que más les guste⁵⁸²; como en la *Saccarum Festum*⁵⁸³ entre los persas, las saturnales en Roma, será como su jefe. Si alguno está borracho, no beberá más vino u otra bebida fuerte en los doce meses posteriores⁵⁸⁴.

Una bancarrota se expondrá fustigada en el anfiteatro⁵⁸⁵, reprobada públicamente, y el que no pueda pagar sus deudas, si se ha empobrecido por desorden o negligencia, será encarcelado durante doce meses, y si en ese tiempo no se ha satisfecho a sus acreedores, se le colgará⁵⁸⁶. El que cometa sacrilegio, perderá las manos⁵⁸⁷; al que levante falso testimonio o sea convicto de perjurio, se le cortará la lengua, a menos que lo redima con su cabeza. El asesinato y el adulterio⁵⁸⁸ se castigarán con la muerte, pero no el robo, a menos que sea una falta más grave o sean delincuentes conocidos⁵⁸⁹; si no, se les condenará a galeras, a las minas, serán esclavos durante toda su vida de aquél a quien han ofendido. Detesto a los esclavos hereditarios y «esa dura ley de los persas», como la llama Brisonio⁵⁹⁰, o como Amiano Marcelino, «una ley dura que sufrirían las esposas e hijos, amigos y allegados por la culpa de su padre»⁵⁹¹.

Ningún hombre se casará hasta que tenga veinticinco años⁵⁹², ninguna mujer hasta que tenga veinte, «a no ser que se les dispense»⁵⁹³. Si uno muere, la otra parte no se casará hasta pasados seis meses⁵⁹⁴. Y puesto que muchas familias se ven obligadas a vivir miserablemente, exhaustas y arruinadas por las grandes dotes, no se les dará nada⁵⁹⁵ o muy poco, y establecido por los supervisores; los que están mal tendrán una porción mayor, si están bien, nada o muy poco, aunque sin exceder la cantidad establecida que los supervisores consideren adecuada⁵⁹⁶. Y cuando lleguen a la edad, la pobreza no estorbará a nadie para casarse o para cualquier otra cosa, sino que se les animará antes que impedirles⁵⁹⁷, excepto si están mutilados o con graves deformidades⁵⁹⁸, enfermos o sufren algunas enfermedad hereditaria importante, corporal o mental; o en los casos en los que haya una gran condena o multa, ni el hombre ni la mujer se casarán⁵⁹⁹; se les dará otro tipo de orden en compensación⁶⁰⁰. Si hay sobreabundancia de gente, se les aliviará por medio de colonias⁶⁰¹.

Ningún hombre llevará armas en ninguna ciudad⁶⁰². Se mantendrá el mismo atavío, adecuado a los diversos oficios, por el cual se les distinguirá. «Los funera-

les pomposos» se abolirán, se moderará el gasto intempestivo⁶⁰³, y muchas otras cosas. Los prestamistas, tomadores de prendas, los usureros mordaces, no los admitiré; sin embargo, «puesto que aquí tratamos con hombres, no con dioses», y por la dureza de los corazones de los hombres, toleraré algún tipo de usura⁶⁰⁴. Si fuéramos honestos, lo confieso, no haríamos uso de ella; siendo como es, lo tenemos que admitir necesariamente. Sin embargo, la mayoría de los teólogos lo combaten –decimos que no con la boca, pero no lo pensamos– pero los políticos deben tolerarlo. Y sin embargo algunos grandes doctores lo aprueban: Calvino, Martin Bucer, Zanchius, Pedro Mártir de Anglería porque está permitido por muchos grandes legistas, decretos de emperadores, estatutos de príncipes, costumbres de repúblicas, aprobaciones eclesiásticas, etc. Por lo tanto lo permitiré. Pero no a personas particulares, no a todo el que quiera, sino sólo a huérfanos, doncellas, viudas, o a aquellos que por razón de su edad, sexo, educación, desconocimiento del mercado, no saben en qué otra cosa emplearlo, y a los que se les permita, no se les dejará que aparten su dinero, sino que lo lleven a un banco común, que se consentirá en cada ciudad⁶⁰⁵, como en Génova, Ginebra, Nuremberg, Venecia, al cinco, seis, siete, no más del ocho por ciento⁶⁰⁶, según lo consideren adecuado los supervisores o *aerarii praefecti*. Y no será legal que cualquiera que lo desee sea usurero, así como no será legal que todos tengan dinero para su uso, no para los pródigos y manirroto, sino sólo para los mercaderes, jóvenes comerciantes y los que tengan necesidad, y sepan cómo utilizarlo honestamente; la necesidad, causa y condición, las aprobarán los dichos supervisores⁶⁰⁷.

No tendré monopolios privados para que se enriquezca un hombre y mendigue una multitud, ni multiplicidad de oficios, de abastecimiento por medio de delegados⁶⁰⁸. Los pesos y medidas serán los mismos en todas partes, y las rectificadas por el *primum mobile* y el movimiento del sol, sesenta millas corresponderán a un grado de acuerdo con la observación, mil pasos geométricos para una milla, cinco pies para un paso, doce pulgadas para un pie, etc.; y a partir de las medidas conocidas, es fácil rectificar los pesos, etc., calcular todo, medir los cuerpos por medio del álgebra, la estereometría. Odio las guerras, si no se dan por un motivo urgente. «Detestamos al halcón porque siempre vive en guerra». No permitiré las guerras ofensivas, a menos que la causa sea muy justa⁶⁰⁹. Porque yo alabo mucho el dicho de Aníbal en Tito Livio, «habría sido algo maravilloso para vosotros y para nosotros, si Dios hubiese dado a nuestros antepasados la idea de que vosotros estábais contentos con Italia, y nosotros con África. Porque ni Sicilia ni Cerdeña merecen tales costes y sinsabores, tantas flotas y ejércitos y las vidas de capitanes tan famosos»⁶¹⁰. «Los buenos asuntos se probarán primero», «el poder pacífico consigue más que la violencia»⁶¹¹. Haré que procedan con toda moderación, pero oye tú a Fabio, mi general, no a Minucio: «pues quien sigue una estrategia, causa más perjuicio al enemigo que con fuerzas incalculables»⁶¹². Y en las

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

guerras, que se abstengan lo más posible de las devastaciones, quema de ciudades, masacres de niños, etc.⁶¹³ Para las guerras defensivas, tendré fuerzas listas al mínimo aviso⁶¹⁴, por tierra y mar; una armada preparada, soldados preparados para la acción y, como quiere Bonfino para sus húngaros, con una vara de hierro⁶¹⁵; y tendré dinero, que es «el nervio de la guerra», siempre preparado, y rentas suficientes, una tercera parte, como en la Roma antigua y en el antiguo Egipto⁶¹⁶, reservado para la república; para evitar los gravosos tributos e impuestos, así como para sufragar el coste de las guerras y también otras malversaciones públicas, gastos, pensiones, reparaciones, juegos honestos, fiestas, donaciones, recompensas y entretenimientos. Todas las cosas de esta naturaleza, las haré juiciosamente, y con gran deliberación, «no lo haré a ciegas, ni con debilidad, ni con miedo»; «pero ¿hasta dónde me dejo llevar?»⁶¹⁷ Seguir con el resto requeriría un volumen, «debo levantar la mano del papel», he sido demasiado prolijo con este tema; me podría haber extendido gustosamente aquí, pero las estrecheces en las que estoy no lo permitirán.

De las repúblicas y las ciudades, descenderé a las familias, que tienen tantas corrosiones y molestias, tantos frecuentes descontentos como el resto. Hay grandes afinidades entre el cuerpo político y el doméstico; sólo se distinguen en la magnitud y la proporción del negocio (como escribe Escalígero⁶¹⁸); puesto que ambos tienen la misma periodicidad, como mantienen Bodin⁶¹⁹ y Peucer⁶²⁰, siguiendo a Platón, seiscientos o setecientos años, muchas veces tienen los mismos medios de vejación y ruina; como en concreto el desorden, la ruina común de ambos; desorden en la construcción, desorden en el gasto pródigo, desorden en el vestido, etc. sea del tipo que sea, produce los mismos efectos. Uno de nuestros corógrafos⁶²¹, hablando *obiter* de las familias antiguas, por qué son tan frecuentes en el norte, y continúan durante tanto tiempo, y se extinguen tan pronto en el sur, y son tan pocas, no da otra razón que ésta, el desorden lo ha consumido todo. A esta isla llegaron finas telas y curiosas construcciones, como observa en sus *Annales*, no hace tantos años, hasta el menoscabo de la hospitalidad. Sea como fuere, esa palabra se confunde muchas veces, y bajo el nombre de liberalidad y hospitalidad se ocultan el desorden y la prodigalidad, y lo que en sí mismo es loable cuando se usa bien, se ha confundido hasta ahora, y se ha convertido por su abuso en la perdición y la ruina total de muchas familias nobles. Pues muchos hombres viven como ricos glotones, consumiéndose a sí mismos y sus patrimonios con continuas fiestas e invitaciones, como Aquilón en Homero⁶²², tienen la casa abierta para todos los que vengan, dando entretenimiento a los que les visitan, manteniendo una mesa más allá de sus posibilidades⁶²³ y una compañía de sirvientes ociosos (aunque no con tanta frecuencia como antiguamente). Repentinamente se ven sumidos en la pobreza, y al igual que Acteón fue devorado por sus propios perros, son devorados por sus parientes, amigos y multitud de

seguidores. Es un portento lo que cuenta Paolo Giovio de nuestros países nortehños, qué inmensa cantidad de carne consumimos en nuestras mesas⁶²⁴; a lo que puedo decir verdaderamente que no es liberalidad ni hospitalidad, como a menudo se confunde, sino desorden en exceso, glotonería, y liberalidad; mero vicio, que conduce a la deuda, necesidad y mendicidad, a enfermedades hereditarias; consume sus fortunas, destruye el buen temperamento de sus cuerpos. A esto podría añadir sus gastos desordenados en construcción, esas fantásticas casas, torres, paseos, parques, etc., juegos, exceso de placer, y el prodigioso exceso en el vestir, por lo cual se ven obligados a cerrar la casa y meterse en una cueva. Seselio en su república de Francia, da tres razones por las que la nobleza francesa estaba tan a menudo en bancarrota: «Primero porque tenían tantos pleitos y contenciones, uno contra otro, que eran tediosos y costosos, por lo que ocurría que normalmente los abogados les desposeían de sus propiedades. Una segunda causa es su desorden, vivían más allá de sus posibilidades, y por lo tanto se los devoraban los mercaderes»⁶²⁵. La Nove, un escritor francés da cinco razones para la pobreza de sus paisanos, casi en el mismo sentido, y piensa verdaderamente que si la clase acomodada de Francia se dividiera en diez partes, se encontraría que ocho están menoscabadas por las ventas, hipotecas y deudas o completamente hundida en sus propiedades. «La última causa era el exceso inmoderado en el vestido, que consumía sus rentas». Cómo concierne y concuerda esto con nuestro estado actual, miradlo vosotros mismos. Pero de esto se hablará en otro sitio.

Como ocurre en el cuerpo humano, si la cabeza, el corazón, el estómago, el hígado, el bazo o cualquier parte del cuerpo está enferma, todas las demás sufrirán con ella, así ocurre con el cuerpo doméstico. Si la cabeza está mal, es un manirroto, un borracho, un proxeneta, un tahir, ¿cómo podrá vivir la familia con desahogo? Como dijo Demea en la comedia, «ni la misma salvación puede salvarlo»⁶²⁶. Muchas veces, un hombre bueno, honesto, trabajador, tiene una harpía por mujer; una mujer enfermiza, deshonesta, perezosa, insensata, descuidada por compañera; una orgullosa, una coqueta malhumorada, una aficionada a los licores, una moza despilfarradora, y así todo va a la ruina. Si son de naturaleza diferente, él ahorrativo, ella lo gasta todo, él sabio, ella embotada y dúctil, ¿qué acuerdo puede haber? ¿qué amistad? Como la historia del tordo y la golondrina de Esopo, en vez de amor mutuo, amables tratamientos, se oye puta y ladrón, se tiran los trastos a la cabeza. «¿Qué locura le ha sobrevenido a esta familia?»⁶²⁷ Todos los matrimonios por la fuerza suelen producir tales efectos; o si por su propio interés están de acuerdo, pues viven y concuerdan amorosamente juntos, pueden tener niños desobedientes y revoltosos que toman malos caminos y les inquietan, «su hijo es un ladrón, un manirroto, su hija una prostituta»⁶²⁸; una madastra⁶²⁹ o una nuera perturban todo. O si no, ante la necesidad⁶³⁰, surgen muchos tormentos, deudas, obligaciones, honorarios, dotaciones, juntadores, legados por pagar, rentas, por medio de las cuales

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

no tienen con qué mantenerse con la pompa con la que sus predecesores lo habían hecho, con qué educar a sus hijos o emplearlos en sus oficios, de acuerdo con su edad y cualidades, y no descenderán a la altura de sus fortunas presentes⁶³¹. A menudo, también, para agravar lo demás, concurren muchas otras inconveniencias: amigos desagradecidos, amigos arruinados, malos vecinos, sirvientes negligentes, «hay esclavos rapaces, astutos y bien curtidos que son capaces de hurtar lo que sus amos a duras penas consienten dar a sus hijos legítimos, abriendo despensas cerradas con mil llaves, golosean y acaban con todo»⁶³²; desastres, impuestos, multas, oficios sometidos a impuestos, gastos innecesarios, entretenimientos, pérdida de provisiones, enemistades, emulaciones, frecuentes mutaciones, pérdidas, fianzas, enfermedades, muertes de amigos, y lo que es el colmo de todo, la imprevisión, una mala administración, desorden y confusión, por medio de los cuales se embeben repentinamente en sus haciendas, y de improviso se precipitan insensiblemente en un inextricable laberinto de deudas, cuidados, calamidades, necesidad, dolor, descontento, e incluso de melancolía.

He tratado de las familias y ahora repasaré brevemente algunos tipos y condiciones humanos. Los más seguros, felices, joviales y dichosos en opinión del mundo, son los príncipes y grandes hombres, libres de melancolía; pero por sus cuidados, miserias, temores, celos, descontentos, necedad y locura, te remito al tirano de Jenofonte, donde el rey Hierón habla por extenso con el poeta Simónides de este tema. De los otros, están en su mayor parte turbados por los temores y ansiedades continuos de tal manera que, como se dice en Valerio⁶³³, «si supieras con qué cuidados y desgracias está rellena esta túnica, no te pararías a cogerla». O pongamos por caso que están seguros y libres de temores y descontentos, y sin embargo están faltos de razón demasiado a menudo, se precipitan en sus acciones⁶³⁴. Lee todas nuestras historias, «que los locos han escrito sobre los locos», las *Iliadas*, *Eneidas*, *Annales*, y ¿cuál es el tema?

«Los tumultos de los reyes y de las gentes locas».

Cuán locos están, cuán furiosos, y por cualquier pequeña ocasión, irreflexivos y desconsiderados en su conducta, cómo chocean, de esto da testimonio casi cada página,

«Cuando los reyes deliran, sus súbditos experimentan el perjuicio».

Los siguientes en lugar, siguientes en desgracias y descontentos, en todo tipo de acciones de cerebros de mosquito, son los grandes hombres; «cuanto más lejos de Júpiter, más lejos del rayo», cuanto más cerca, peor. Si viven en la corte, están arriba y abajo, suben y bajan como la marea dependiendo del favor del príncipe, «su humor se levanta o se abate con su la expresión de su cara», ahora en lo alto, mañana abajo, como lo describe Polibio⁶³⁵, «como las cuentas de los ábacos, hoy de oro, mañana de plata, que varían en valor según la voluntad del computante; ahora valen por unidades, mañana por miles; ahora todo y luego nada». Además se ator-

mentan unos a otros con facciones y emulaciones mutuas: uno es ambicioso, el otro está enamorado, un tercero endeudado, pródigo, disipa su fortuna⁶³⁶, un cuarto es solícito en sus cuidados, pero no consigue nada, etc. Pero para los descontentos y ansiedades de estos hombres, te remito al tratado de Luciano *De mercede conductis*, a Eneas Silvio Piccolomini («esclavos de la lujuria y la locura»⁶³⁷, los llama), a Agrippa y muchos otros.

De los filósofos y estudiosos, maestros de la sabiduría antigua, ya he hablado en términos generales, son los maestros del ingenio y del conocimiento, hombres por encima de los demás hombres, los refinados, favoritos de las musas,

«a los que se les concede⁶³⁸ que tienen una buena cabeza y una mente aguda»⁶³⁹.

Los agudos y sutiles pensadores, tan honrados, tienen tanta necesidad de eléboro como los demás⁶⁴⁰. «¡Oh, médicos, abrid la vena media!»⁶⁴¹. Lee el *Piscator* de Luciano y dime cómo les considera; el tratado de Agrippa *De vanitate scientiarum*; lee sus propias obras, sus absurdas doctrinas, sus prodigiosas paradojas, «¿podéis contener la risa, amigos?» Encontrarás que es verdad lo de Aristóteles, «no existe un gran ingenio sin una mezcla de locura»; tienen un lado malo, como los demás; tienen un genio fantástico, un carácter culterano, ampuloso, vanaglorioso, un estilo afectado, etc., como un hilo que sobresale en una tela tejida desigualmente, corren paralelos a lo largo de sus obras. Y los que enseñan sabiduría, paciencia, humildad, son los más tontos, cerebros de mosquito y los más descontentos. «En la abundancia de sabiduría está la pena, y el que aumenta la sabiduría, aumenta el dolor»⁶⁴². No necesito citar a mi autor. Los que se ríen de los otros y los menosprecian, merecen ser burlados, son como atolondrados, y mienten tan abiertamente como cualquier otro. Demócrito, el habitual burlador de la necedad, era ridículo en sí mismo. Menipo el ladrador, Luciano el mofador, el satírico Lucilio, Petronio, Varrón, Persio, etc. pueden ser censurados con el resto. «Que el que tiene las piernas rectas se ría del que las tiene torcidas, el blanco del etíope». John Bale, Erasmo, Rudolph Hospiniam, Luis Vives, Martin Kemnisio explotan como un vasto océano de *obs* y *sols*⁶⁴³, es la teología. Un laberinto de intrincadas preguntas⁶⁴⁴, discusiones improductivas, «un delirio increíble», la llama uno. Si la teología se censurara así, «Escoto, el Doctor Sutil, la lima de la verdad, el infalible Ockam, cuyo ingenio refuta a todos los antiguos»⁶⁴⁵, John Baconthorpe, Doctor Resolutus, y «la mente teológica más aguda», el mismo Tomás de Aquino, Doctor Seraficus, «a quien le dictaba un ángel»⁶⁴⁶, etc. ¿en qué se convertiría la humanidad? Arte loca, ¿qué puede alegar? ¿Qué pueden decir sus seguidores en su favor? El mucho conocimiento ha trastornado su juicio⁶⁴⁷, y se ha enraizado de tal modo que el mismo eléboro no puede hacer nada, ni siquiera la renombrada linterna de Epicteto⁶⁴⁸, a cuya luz, si alguien estudiaba, sería tan sabio como él. Pero no todo servirá. Los retóricos, por la volubilidad de su lengua, hablarán mucho en vano.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Los oradores pueden persuadir a otros de lo que quieran, ir a donde quieren y venir de donde quieren, conmover, tranquilizar, etc. pero no pueden aclarar su propio entendimiento. ¿Qué dice Cicerón? «Prefiero la sabiduría poco habladora a la ignorancia charlatana»; y según le apoya Séneca⁶⁴⁹, el discurso de un hombre sabio no debería ser comedido ni prudente. Quintiliano no estima mejor a la mayoría de ellos⁶⁵⁰, en el habla, la acción, el gesto, que como se consideran ante sí mismos, retores locos; al igual que Gregorio, «no juzgo la sabiduría por las palabras, sino por los hechos». Saca el mejor partido de él, un buen orador es un desertor, un hombre malvado, su lengua está en venta, es una mera voz, como dijo Lipsio del ruiñeñor⁶⁵¹, «da sonido sin sentido», un mentiroso hiperbólico, un adulador, un parásito y como quiere Amiano Marcelino, un embaucador corruptor, que hace más daño con su buen discurso que el que soborna con dinero⁶⁵². Porque un hombre puede evitar más fácilmente al que embauca con dinero que al que engaña con términos brillantes, lo que hizo que Sócrates les aborreciera y refutara tanto⁶⁵³. Fracastoro, famoso poeta, admite libremente que todos los poetas están locos⁶⁵⁴, como lo hace Escalígero⁶⁵⁵, ¿y quién no? «O está loco o hace versos» (Horacio, Sat. 7. lib. 2.); «quiere enloquecer, es decir, componer versos» (Virgilio, *Églogas*, 3) así lo interpreta Servio: todos los poetas están locos, compañía de mordaces satíricos, detractores o si no aclamadores parásitos. ¿Y qué es la poesía misma, sino como sostiene Agustín, «el vino del error presentado por maestros ebrios»? En general, se les puede hacer la crítica que hizo Tomás Moro una vez de los poemas de Germano Brixius en particular.

«Navegan en la nave de la locura y habitan en la selva de la locura».

Budé en una de sus epístolas a Lupseto, considera que la ley civil es la torre de la sabiduría; otro honra a la física, la quintaesencia de la naturaleza; un tercero las echa por tierra a ambas y defiende la bandera de su propia ciencia particular. Vuestros ceñudos críticos, burlones gramáticos, anotadores, curiosos anticuarios, descubren todas las ruinas del ingenio, «exquisitas extravagancias» entre todos los desperdicios de los escritores antiguos. «Son necios todos los que no pueden encontrar su propio error, corrigen a los otros»⁶⁵⁶, y son fogosos en causas frías; se enredan para encontrar cuántas calles hay en Roma, casas, puertas, torres, cuál era el país de Homero, quién la madre de Eneas, las hijas de Níobe, «si Safo fue una cortesana, qué fue primero, la gallina o el huevo»⁶⁵⁷, y otras tonterías que, si saben alguna vez, se deberían olvidar», como mantiene Séneca⁶⁵⁸: ¿Qué trajes llevaban los senadores de Roma, qué zapatos, cómo se sentaban, dónde iban para el retrete, cuántos platos en la mesa, qué salsas? Lo cual, en el presente, de acuerdo con Luis Vives⁶⁵⁹, es muy ridículo que lo cuente un historiador, pero para ellos es un material precioso elaborado, se les admira y están orgullosos, triunfantes mientras tanto por este descubrimiento, como si hubiesen ganado una ciudad o conquistado una provincia, sintiéndose tan ricos como si hubiesen encontrado una mina de oro.

«Revelan y pintarrajean un montón de libros y buenos autores con sus absurdos comentarios», dice uno. «El muladar de los correctores», los llama Escalígero⁶⁶⁰, y muestran su ingenio censurando a otros, compañía de anotadores necios, moscones, escarabajos, rastrean por los escombros y estercoleros y prefieren un manuscrito mucho antes que el mismo evangelio, un *Thesaurum Criticum*⁶⁶¹ antes que cualquier tesoro. Con sus «omítase, algunos leen esto, pero mi códice lee esto otro», con sus últimas ediciones, anotaciones, correcciones, etc. hacen los libros caros, a sí mismos ridículos y no hacen bien a nadie. Pero si cualquiera se atreviese a oponerse o contradecirlo, se vuelven locos, se levantan en armas repentinamente, ¿cuántas páginas se han escrito en defensa?, ¿cuántas agrias invectivas? ¿qué apologías? «Son antojos, meras tonterías»⁶⁶². Pero no me atrevo a decir más de, a favor, con o contra ellos, porque estoy expuesto a su látigo, tanto como otros. De estos y del resto de nuestros artistas y filósofos, concluiré en general que son un tipo de locos, como los considera Séneca⁶⁶³, que tiene dudas y escrúpulos sobre cómo leerlos atentamente, que enmiendan a los autores antiguos, pero no enmiendan sus propias vidas, o nos enseñan «a mantener nuestros ingenios en orden o rectificar nuestros modales». ¿No está loco el que dibuja líneas con Arquímedes, mientras saquean su casa, sitian su ciudad, cuando todo el mundo está en combustión, o mientras nuestras almas están en peligro (la muerte sigue, la vida huye) que pasa su tiempo en juegos, cuestiones ociosas y cosas sin valor?

Que los amantes están locos, creo que nadie lo negará⁶⁶⁴. «Amar y ser sabio: ni siquiera Júpiter intentaba ambas cosas a la vez»,

«La majestad y el amor no concurren bien, ni se alojan en una sola sede»⁶⁶⁵. Cuando le invitaron a Cicerón a que se casara por segunda vez, respondió que no podía «ser sabio y amar a la vez». El amor es locura, un infierno, una enfermedad incurable⁶⁶⁶; Séneca⁶⁶⁷ lo llama una lascivia impotente y furiosa. Me extenderé sobre este tema en otro lugar; mientras tanto, dejad a los amantes que suspiren hasta consumirse.

El legista Nevisano mantiene como un axioma que «la mayoría de las mujeres son necias»⁶⁶⁸, «el juicio de las mujeres es débil»⁶⁶⁹; Seneca lo piensa de los hombres, sean jóvenes o viejos, ¿quién lo duda? «La juventud está loca», como dice Lelio en Cicerón, la vejez no es mucho mejor, etc. Teofrasto en su años centésimo séptimo, decía que empezaba a ser sabio, y por tanto lamentaba su partida. Si la sabiduría viene tan tarde ¿dónde encontraremos a un hombre sabio? Nuestros ancianos chochean a los setenta. Podría citar más pruebas, y un autor mejor, pero por el momento, que un loco apunte a otro. Nevisano tiene una opinión igual de dura sobre los ricos⁶⁷⁰, «la riqueza y la sabiduría no pueden convivir»⁶⁷¹, «las riquezas padecen la locura», y normalmente⁶⁷² «atontan a los hombres»⁶⁷³. Como vemos, «los tontos tienen suerte», «la sabiduría no se encuentra en la tierra de los que viven agradablemente»⁶⁷⁴. Pues, además de un desprecio natural del conocimien-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

to, que acompaña a ese tipo de hombres, tienen una pereza innata (pues no tendrán penas) y como observa Aristóteles⁶⁷⁵, «donde hay mucho ingenio, hay poca riqueza, la gran riqueza va normalmente junto a un breve ingenio». Algunos tienen tanto cerebro en su cabeza como en sus talones; además de este desprecio ingénito por las ciencias liberales y todas las artes, que debería refinar la mente, la mayoría tiene uno u otro humor estúpido, por el que se dejan llevar, uno es un epicúreo, un ateo, un segundo un tahur, un tercero un proxeneta (temas adecuados para que un satirista trabaje sobre ellos),

«éste enloquece por los amores de mujeres casadas, aquél por el de los niños»⁶⁷⁶,

Uno está loco por la cetrería, la caza, las peleas de gallos, otro por las juergas, montar a caballo, el gasto; un cuarto la construcción, la lucha, etc.⁶⁷⁷ Damasipo se volvía loco por las estatuas antiguas. Damasipo tenía una fijación particular, de la que se debe hablar; Heliodoro el cartaginés otra⁶⁷⁸. En pocas palabras, como concluye Escalígero sobre todos ellos, «son verdaderas estatuas o pilares de necedad». Elige de entre todas las historias a aquél al que más se haya admirado, siempre encontrarás «mucho que alabar, pero también mucho que reprobar», como dice Beroso de Semíramis⁶⁷⁹; «superaba a todos en lo militar, los triunfos, las riquezas, así como en lujuria, crueldad y otros vicios», al igual que tenía algo bueno, también tenía muchas partes malas.

Alejandro, hombre valioso, enloquecía en su ira, atrapado por la bebida; César y Escipión eran valientes y sabios, pero jactanciosos y ambiciosos; Vespasiano era un príncipe valioso, pero codicioso; Aníbal tenía tantas poderosas virtudes como abundantes vicios⁶⁸⁰. Mil vicios acompañan a una virtud, como dice Maquiavelo de Cosme de' Medici, que tenía dos personas distintas en él. Concluiré de todos ellos que son como los cuadros dobles o giratorios; ponte delante y verás una hermosa doncella por un lado, un mono por el otro, un búho; míralos y a primera vista parecen bien, pero examínelos más detalladamente, les encontraréis sabios por un lado, y necios por el otro; en unas pocas cosas dignos de alabanza, en las demás incomparablemente imperfectos. No diré nada de sus enfermedades, emulaciones, descontentos, necesidades y tales tipos de miserias: que la Pobreza exponga el resto en el *Plutón* de Aristófanes.

Los hombres codiciosos entre otros, están más locos, tienen todos los síntomas de la melancolía, temor, tristeza, sospecha, etc.⁶⁸¹ como se probará en el lugar adecuado,

«A la mayoría de los avaros se les ha de dar mucho elaboración».

Y sin embargo pienso que los pródigos son mucho más locos que los que, sean de la condición que sean, llevan una bolsa pública o privada. Yo les critico como hacía un escritor holandés con Ricardo, el rico duque de Cornwall que aspiraba a ser emperador, por su gasto profuso⁶⁸², «que derramaba el dinero como agua».

«Insensata Inglaterra –dice– que se ve privada de dinero sin necesidad; insensatos príncipes alemanes, que han vendido sus privilegios por dinero». Los manirroto, sobornadores y los corruptores son necios, como lo son todos los que no pueden mantener, desembolsar o gastar bien sus dineros⁶⁸³.

Lo mismo podía decir de los enfadados, malhumorados, envidiosos, ambiciosos⁶⁸⁴; «lo mejor sería que sorbieras puro el eléboro de Anticira»⁶⁸⁵; epicúreos, ateos, cismáticos, heréticos; «todos tienen dañada la imaginación», dice Nymannus⁶⁸⁶, «y su locura será evidente» (2 Tm 3, 9). Fabato, un italiano, mantiene que todos los que viajan por mar están locos, «el barco está loco porque nunca está estable, los marineros están locos al exponerse a tan inminente peligro; las aguas están locas de furia, en movimiento continuo; los vientos están tan locos como el resto; no saben de dónde vienen, a dónde van; y los que van al mar son los más locos de todos, por un loco en casa encuentran cuarenta fuera»⁶⁸⁷. Él que lo dijo es un loco, y tú quizá igual de loco al leerlo.

Felix Platter⁶⁸⁸ es de la opinión de que todos los alquimistas están locos, fuera de su sano juicio. Ateneo⁶⁸⁹ dice lo mismo de los violinistas, y «los ruseñores de las musas», los músicos, «todos los flautistas están locos⁶⁹⁰, por un oído entra la música, por el otro sale el ingenio». Las personas orgullosas y jactanciosas están verdaderamente locas, al igual que las lascivas⁶⁹¹, puedo sentir su pulso palpitando hasta aquí; algunos son locos cornudos, dejando a otros acostarse con sus mujeres, y tolerándolo.

Insistir en todos los detalles⁶⁹² sería un trabajo de Hércules, contar⁶⁹³ «los trabajos locos, libros locos, esfuerzos»⁶⁹⁴, talantes, gran ignorancia, acciones ridículas, gestos absurdos. «Gula loca, disputas locas», como las denomina Cicerón, locuras de pueblos; estructuras estupendas, como las pirámides egipcias, laberintos y esfinges que presuntuosamente construyeron una compañía de burros coronados para hacer ostentación de su riqueza, cuando todavía no se sabe ni el arquitecto ni el rey que las hicieron ni con qué utilidad y fin. Para insistir en su hipocresía, inconstancia, ceguera, precipitación, fraude, engaño, malicia, ira, falta de pudor, ingratitud, ambición, gran superstición⁶⁹⁵, como en tiempos de Tiberio, «tan baja adulación, una estupenda lisonja» y apariencias de parásito, etc. disputas, conflictos, deseos, discordias, pediría a un experto como Vesalio que anatomizase a cada miembro. ¿Diré que el mismo Júpiter, Apolo, Marte, etc., desvariaban? Y el vencedor de monstruos, Hércules, que subyugó al mundo y ayudó a otros, no pudo socorrerse en esto, sino que al final estaba loco. ¿A dónde irá un hombre, con quién conversará, en qué provincia o ciudad, que no se encuentre a *Signor Deliro*⁶⁹⁶, o a Hércules Furioso, las Ménades y Coribantes? Sus discursos no dicen nada menos. «Eran hombres nacidos de los hongos»⁶⁹⁷, si no iban a buscar sus linajes entre los que golpeó Sansón con la quijada de un burro; o de las piedras de Deucalión y Pirra, «pues tenemos el corazón de piedra»⁶⁹⁸ y sabemos demasiado a

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

linaje. Como si todos hubiesen oído el cuerno encantado del duque inglés Astolfo de Ariosto, por cuyo sonido se volvían locos de temor sus auditores hasta llevarlos al suicidio; o si hubiesen desembarcado en el puerto del Ponto Euxino de *Daphnis insana* que tenía el poder secreto de enloquecer⁶⁹⁹. Son una compañía de locos, bebedores, por ellos la luna está siempre en el solsticio, y las canículas duran todo el año, todos están locos. ¿A quién exceptuaré? Al *Nemo*⁷⁰⁰ de Ulrich von Hutten «nadie, pues nadie está cuerdo en todo momento, nadie nace sin vicios, nadie carece de culpas, nadie vive contento de su suerte, nadie está cuerdo en el amor, nadie es bueno, nadie es sabio, nadie es completamente feliz»; y por lo tanto Nicolás *Nemo*, o Monsieur Nadie saldrá libre. «Nadie puede decir cuánto vale Nadie». ¿Pero a quién exceptuaré en segundo lugar? A los que están callados; «es sabio el que habla poco», no hay mejor forma de evitar la necedad y la locura que por medio del silencio. ¿A quién en tercer lugar? A todos los senadores y magistrados; pues todos los hombres afortunados son sabios y los conquistadores valientes, y así todos son grandes hombres, «no es bueno jugar con los dioses». Son sabios por su autoridad, buenos por su oficio y posición, se les permite ser tan malos como quieran. No debemos hablar de ellos, dicen algunos, ni es adecuado; para mí serán todos inmaculados sin ambages, no pensaré mal de ellos. ¿A quién después? ¿A los estoicos? «El estoico es sabio», y sólo él no está sujeto a ninguna perturbación, como Plutarco se mofa de él: «no se inquieta con tormentos ni se quema con pasiones, ni le vence su adversario, o se vende a su enemigo; aunque esté arrugado, cegato, sin dientes y deforme, y es sin embargo de lo más hermoso, y como un dios, un rey en vanidad, pero no vale ni dos reales». «Nunca chochea, nunca enloquece, nunca está triste, borracho, porque la virtud no se puede quitar, como mantiene Zenón, debido a un fuerte intelecto»⁷⁰¹ pero estaba loco al decir eso. «Necesita o el clima de Anticira o un azadón»⁷⁰², tenía que aburrirse necesariamente, al igual que todos sus compañeros, tan sabios como parecían ser. El mismo Crisipo admite abiertamente que están tan locos como los otros a veces y en determinadas ocasiones, «la virtud se puede perder por la embriaguez o por la melancolía»; a veces puede enloquecer al igual que el resto: «es sabio hasta el máximo a no ser que esté afectado por la flema»⁷⁰³. Aquí exceptuaría a algunos cínicos: Menipo, Diógenes, el tebano Crates, o para acercarnos a estos tiempos, la omnisciente y sólo sabia fraternidad de los rosacruces, esos grandes teólogos, políticos, filósofos, médicos, filólogos, artistas, etc., de los que Santa Brígida, el Abad Joaquín, Leicenberg y otros espíritus divinos han profetizado y prometido al mundo, si al menos hubiese alguien así (H. Neusius lo duda⁷⁰⁴, así como Johann Valentis Andreas⁷⁰⁵ y otros). Podría exceptuar a Elías Artifex su maestro teofrástico; del cual, aunque Andreas Libavius se burlan y otros muchos le vituperan, sin embargo algunos le considerarán el «renovador de las artes y las ciencias», reformador del mundo, ahora vivo; así lo asegura y lo certifica Johannes Montanus

Strigoniensis, el gran protector de Paracelso, «un hombre divino»⁷⁰⁶, y la quintaesencia de la sabiduría dondequiera que esté; pues él, su fraternidad, amigos, etc. están todos «desposados con la sabiduría», si podemos creer a sus discípulos y seguidores. Debo exceptuar necesariamente a Lipsio⁷⁰⁷ y al Papa, y borrar sus nombres del catálogo de necios. Pues además del testimonio parasitario de Janus Dousa,

«Desde el sol naciente a la laguna Meotis no hay nadie que se pueda equiparar a Justo Lipsio».

Lipsio dice de sí mismo que era un gran *signor*, un director, «un tutor de todos nosotros»⁷⁰⁸, y se jacta de cómo durante trece años sembró la sabiduría en los Países Bajos, como hizo el filósofo Ammonio en Alejandría, «conocimiento con educación y sabiduría con prudencia», «maestro de la sabiduría», será el «octavo sabio». El Papa es más que un hombre, como le consideran a menudo sus parásitos, un semi-dios, y además Su Santidad no puede errar, *in cathedra* quizá. Sin embargo algunos han sido magos, herejes, ateos, niños, etc. como dijo Platina de Juan XXII: «un estudioso capaz, y sin embargo hacía muchas locuras y ligerezas». No puedo decir más en particular, pero en términos generales, para el resto, están todos locos, sus ingenios se han evaporado, y como imagina Ariosto (lib. 34), están guardados en jarras por encima de la Luna.

«Algunos pierden su cordura con el amor, otros con la ambición,

Otros siguiendo a lores y hombres de alto linaje⁷⁰⁹,

Algunos con hermosas y ricas joyas costosamente engastadas,

Otros dejan su ingenio en la Poesía⁷¹⁰,

Otro cree ser alquimista,

Hasta que se nos acaba y pierde la enumeración».

Son necios convictos, locos memorables; temo que no haya ya cura para muchos, «los síntomas son manifiestos»⁷¹¹, son todos de la parroquia de Gotham.

«Puesto que es una locura innegable y un frenesí manifiesto»⁷¹².

No queda más que buscar a los *lorarios*⁷¹³, a los oficiales que los lleven juntos en compañía a Bedlam y les pongan como médico a Rabelais⁷¹⁴.

Si alguien pregunta entre tanto quién soy yo, que censuro tan abiertamente a otros, «¿no tengo errores?» Sí, más que tú, quienquiera que seas⁷¹⁵. «Nos contamos entre ellos», lo confieso de nuevo, soy tan necio, tan loco como cualquiera.

«Os parezco loco, no lo discuto»⁷¹⁶.

No lo niego, «que se aleje al loco de la sociedad». Un consuelo es que tengo más compañeros, y todos de excelente reputación. Y aunque no soy tan correcto o discreto como debería, sin embargo no soy tan loco, ni tan malo como quizá me consideras.

Para concluir, concediendo que todo el mundo está melancólico o loco, desvaría, así como cada uno de sus miembros, ya he acabado mi tarea, y he ilustrado

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

suficientemente aquello de lo que me encargué demostrar al principio. Por ahora no tengo más que decir. «Demócrito les desea salud mental». Sólo puedo desearme a mí mismo y a ellos un buen médico y a todos nosotros una mente más sana.

Y aunque por las razones arriba mencionadas, tenía una causa justa para tomar este tema, para apuntar a estos tipos particulares de desvarío, de modo que los hombres pudieran saber sus imperfecciones e intentar reformar lo que está mal; sin embargo, tengo una intención más seria esta vez, y para omitir todas las digresiones impertinentes, no hablaré más que de los que no son propiamente melancólicos, o los que están metafóricamente locos, ligeramente locos o tienen disposición a ser estúpidos, iracundos, borrachos, tontos, embotados, téticos, orgullosos, vanagloriosos, ridículos, brutales, quisquillosos, obstinados, impúdicos, extravagantes, fríos, chochos, atontados, desesperados, atolondrados, etc., locos, frenéticos, necios, heteróclitos, que no se pueden mantener en ningún hospital nuevo⁷¹⁷, ni ningún médico les puede ayudar. Mi propósito y empeño es anatomizar en el siguiente discurso este humor de la melancolía a través de todas sus partes y especies, ya sea como hábito o como enfermedad habitual, y todo ello filosófica y médicamente, para mostrar las causas, síntomas y diversas curas para que se pueda evitar mejor. Movido hasta aquí por su generalización y para hacer el bien, al ser una enfermedad «tan frecuente», como observa Mercurial, «en nuestros días», «que ocurre tan a menudo», dice Laurentius «en nuestros tiempos desgraciados»⁷¹⁸, pues hay pocos que no sientan su dolor. De la misma opinión son Eliano Montalto, Melanchton⁷¹⁹ y otros. Julio César Claudino lo llama «la fuente de todas las demás enfermedades, y tan común en nuestra alocada época que apenas uno en un millar se ve libre de ella»⁷²⁰, especialmente el flato esplenético hipocóndrico, que procede del bazo y de las falsas costillas.

Si me he excedido en lo que he dicho hasta aquí, pues estoy seguro de que alguien objetará que es demasiado fantástico, «demasiado ligero y cómico para un teólogo, demasiado satírico para uno de mi profesión», me atreveré a responder con Erasmo⁷²¹ en un caso similar, no soy yo, sino Demócrito, *Democritus dixit*. Debes tener en cuenta qué es hablar por uno mismo o por otra persona, con un hábito y un nombre usurpados; hay diferencias entre aquel que obra o actúa con el papel de un príncipe, un filósofo, un magistrado, un necio y el que lo es en verdad; y cuánta libertad han tenido los antiguos satíricos; esto es un centón recogido de otros, no soy yo, sino ellos los que lo dicen.

«Si lo que voy a decir es en exceso liberal y jocoso, os ruego que me concedáis vuestra venia»⁷²².

Ten cuidado, no me confundas. Si tengo un pequeño descuido, espero que lo perdonen. Y, a decir verdad, ¿por qué se ofendería nadie o se resentiría por ello?

«Se ha permitido y siempre se permitirá hablar de los vicios ocultando el nombre de las personas».

Odio sus vicios, no a las personas. Si alguien estuviese descontento o se enfada, que no haga reproches o reparos al que lo dijo (así se excusó Erasmo ante Dorpio⁷²³, «si se consiente comparar lo pequeño con lo grande»), y así lo hago yo. «Si no, déjale que se enfade consigo mismo, ya que así se ha traicionado y ha mostrado sus propios errores aplicándose; si fuera culpable y lo mereciera, que lo arregle, sea quien sea, y no se enfade»⁷²⁴. «El que odia la corrección es un necio» (Pr. 12,1). Si no es culpable, no le concierne; no es mi libertad de discurso, sino una conciencia culpable, la irritación propia la que le hace volverse atrás.

«Si alguien, pensando que se refieren a él, se ofende por lo que se ha dicho en general, es más necio, porque todos verán su conciencia culpable».

No niego que lo que he dicho sabe un poco a Demócrito, «se puede hablar en broma y sin embargo decir la verdad»⁷²⁵. Es un tanto mordaz, lo admito; como dicen, «las salsa picantes aumentan el apetito», «una comida no es agradable sin una pizca de vinagre»⁷²⁶. Ponles las objeciones y reparos que quieras, lo guardo todo con el escudo de Demócrito, su medicina lo salvará; golpea donde y cuando quieras; *Democritus dixit*, Demócrito responderá. Lo escribió un tipo ocioso en momentos ociosos, en las fiestas saturnales y dionisiacas cuando, como se ha dicho, «no hay ningún peligro para la libertad», los sirvientes de la antigua Roma tenían libertad para hacer y decir lo que deseaban. Cuando nuestros compatriotas hacían sacrificios a su diosa Vacuna⁷²⁷ y se sentaban bebiendo alrededor de los fuegos vacunales, escribí esto y lo publiqué. «Nadie lo ha dicho», «no es nada para nadie». El tiempo, el lugar, las personas y todas las circunstancias se disculpan por mí, ¿por qué no puedo entonces estar ocioso con otros, que mi mente hable libremente? Si me niegas esta libertad, lo tomaré bajo estas presunciones: lo digo otra vez, lo tomaré.

«Si alguien considera que ha sido insultado, que así lo piense»⁷²⁸.

Si alguien se ofende, que vuelva la hebilla de su cinturón, no me preocupa. No te debo nada, lector, no busco ningún favor de tus manos, soy independiente, no temo nada. No me retracto, no lo haré, me preocupo, temo, confieso mi error, reconozco mi ofensa,

«Soseguemos las agitadas olas».

Me he excedido, he hablado de forma necia, precipitada, imprudente, absurdamente, he anatomizado mi propia locura. Y creo que me he despertado de repente como de un sueño, he tenido un ataque de delirio, un ataque fantástico, he vagado arriba y abajo, dentro y fuera, he insultado a la mayoría de los hombres, he perjudicado a algunos, ofendido a otros, me he agraviado a mí mismo, y al recuperarme ahora y darme cuenta de mi error, lloro con Orlando⁷²⁹; «perdón, buenos amigos», por lo que ha pasado, y os desagraré por lo que pueda venir. Os prometo un discurso más cuerdo en mi próximo tratado.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Si por debilidad, necedad, pasión, descontento⁷³⁰, ignorancia, he dicho algo mal, dejad que se olvide y perdone. Reconozco que lo que dijo Tácito es verdad⁷³¹, «una burla amarga deja detrás de sí una picazón»; y como observa un hombre ilustre, «temen el ingenio de un satírico, y él sus recuerdos»⁷³². Puedo sospechar justamente lo peor, y aunque espero no haber ofendido a nadie, sin embargo, en palabras de Medea, suplicaré perdón:

«Y en mis últimas palabras deseo que lo que he dicho con pasión o ira se pueda olvidar y que se pueda tener un mejor recuerdo de nosotros».

Pido con seriedad a cada hombre en particular, como hizo Escalígero a Cardano, que no se ofenda. Concluiré con sus palabras: «si conocieses mi modestia y simplicidad⁷³³, perdonarías y excusarías más fácilmente lo que está mal o lo que juzgues mal». Si después, al anatomizar este humor áspero, se me resbala la mano, como a un aprendiz torpe, penetro demasiado hondo, y corto la piel y todo repentinamente causa escozor o lo corto en oblicuo, perdona la mano ruda, un cuchillo torpe⁷³⁴; es muy difícil mantener un tono igual, un tenor perpetuo y no desordenarse a veces. «Es difícil no escribir una sátira», hay tantos objetos con los que distraerse, tantas perturbaciones internas que suscitar, incluso el mejor puede equivocarse a veces, «algunas veces también el bueno de Homero se duerme», es imposible no excederse de tal modo; «en una obra tan larga se permite un sueñecillo». Pero ¿para qué sirve todo esto? Espero que no se dé tal causa de ofensa; si la hay, «que no se enfade nadie, no son más que ficciones»⁷³⁵. Lo negaré todo, mi último refugio, desmentiré todo, renunciaré a todo lo que he dicho, si cualquiera me pusiera objeciones y me excusaría con tanta facilidad como él me puede acusar. Pero presumo tu benevolencia y tu graciosa aceptación, amable lector. Con esperanza y confianza asegurados, comenzaré.

Nota de la traductora: La *Anatomía de la Melancolía*, publicada en 1621, es una obra extremadamente compleja desde el punto de vista textual y cultural; y su introducción es un claro ejemplo de ello. Robert Burton expone aquí las razones que le han impulsado a componer la obra de su vida. Pero su argumentación no es sencilla: se basa en toda una tradición literaria y científica a la que se remite por medio de citas, que aparecen en el texto o a pie de página, en latín, griego o inglés, o incluso en los tres idiomas consecutivos; a veces toma los textos literalmente, pero no es esto lo habitual. A menudo nos encontramos con referencias truncadas, citas alteradas y retahílas de citas de diversos autores descontextualizados. En fin, se trata de un sistema que hace que al lector actual le resulte difícil reconstruir el universo de referencias que, en forma de simples alusiones, despliega el erudito inglés.

Los niveles de traducción por los que hemos optado afecta al texto completo, es decir, no sólo al texto base, sino también a sus referencias a otras lenguas. El fin de esta actitud es el de, sin robar nada al texto de origen, no multiplicar el número ya de por sí elevado de sus citas y referencias. Burton, generalmente, ofrece el texto original latino o griego y la traducción de sus citas, pero puesto que en las notas del propio Burton se explicitan los orígenes bibliográficos de las mismas, no parece necesario, en esta traducción, multiplicar de tal manera los incisos del texto. Hemos regularizado el nombre de los autores y el título de las obras que él cita. Sin embargo, muchos de estos autores y obras no tienen otra tradición que la latina; cuando es así, los hemos conservado en esta tradición, ya que ella misma permite su identificación. Con los topónimos, hemos actuado de manera semejante; para mantener toda su fuerza cultural, se da su nombre antiguo en castellano (vgr. Ponto Euxino y no Mar Negro).

Para esta traducción hemos tomado como base la edición más rigurosa de la obra de Burton, realizada por T. C. Faulkner, N. K. Kiessling y R. L. Blair, *Anatomy of Melancholy*, 3 vols., Oxford, Clarendon, 1989-1994. Asimismo nos hemos asistido de otra edición inglesa anterior, la de H. Jackson, *The Anatomy of Melancholy*, Londres, J. M. Dent & Sons, 1932; de una traducción italiana del prólogo, realizada por G. Franci (con introducción de Jean Starobinski), *Anatomia della malinconia*, Venecia, Marsilio, 1988. No nos hemos podido servir, en cambio, de una selección y traducción al español hecha por Antonio Portnoy (*Anatomía de la melancolía*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947), puesto que entre su selección no se encuentra el prólogo. Las notas de la traductora se reducen al mínimo, y con ellas sólo se intenta restituir tal o cual juego retórico que se pierde en español.—Ana Sáez Hidalgo.

- ¹ Séneca, *Apocolocyntosis*
- ² Plutarco, *De curiositate*.
- ³ Wecker.
- ⁴ Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, libro. 10, cap. 12.
- ⁵ Marcial, *Epigramas*, lib. 10, epig. 4. [*N. del T.*: la versión que hace Burton de estos versos dice «mi tema es el hombre y la humanidad»].
- ⁶ Juvenal, *Sátiras*, 1.
- ⁷ Pedro Besse, editado en Colonia, 1616.
- ⁸ Hipócrates, *Epístola a Damageto*.
- ⁹ Diógenes Laercio, libro 9.
- ¹⁰ Vivió solitario, tras elegir una celda en un huerto y se encerró allí.
- ¹¹ Vivió durante la octogésima olimpiada, setecientos años después de Troya.
- ¹² «El *Dicosmus* supera netamente a todas las obras», Diógenes Laercio.
- ¹³ Columela, *De re rustica*, libro 1, cap. 1.
- ¹⁴ Constantino, *De agricultura*.
- ¹⁵ Hipócrates, *Epístola a los Abderitanos*.
- ¹⁶ Marco Antonio Coccio o Sabélico, *Exemplorum libri X*.
- ¹⁷ Estaba versado en las ciencias naturales, morales, matemáticas, en las disciplinas liberales y en todas las artes.
- ¹⁸ Hipócrates, *Epístola a Damageto*.
- ¹⁹ Juvenal, *Sátiras*, 10.
- ²⁰ «No soy digno ni de servir el orinal», Marcial.
- ²¹ Christ-Church en Oxford.
- ²² Paolo Giovio, Prefacio a su *Historia sui temporis libri XLV*.
- ²³ Bibliotecario en nuestro *College*, recientemente reemplazado por el caballero Otho Nicholson.
- ²⁴ Platón, *Teeteto*.
- ²⁵ Justo Lipsio, *Philosophia Stoica*, libro 3, diss. 8.
- ²⁶ Montaigne, *Essays*, lib. 1, cap. 3.
- ²⁷ Conrad Gesner, Prefacio a su *Bibliotheca Universalis*.
- ²⁸ «Cálidamente intrigando, solícitamente intrigando o miseramente fracasando; con griterío, estrépito, discusiones, etc.». Cipriano, *Tractatus ad Donatum*.
- ²⁹ Horacio.
- ³⁰ Persio.
- ³¹ Horacio.
- ³² Tras la columna, había un lugar frondoso oculto para el común, recubierto de parras silvestres y corría suavemente el agua rumorosa allá donde se veía el escaño y la casa de Demócrito.
- ³³ Cuando la humanidad esté fuera de sí y sus mentes enajenadas y ya no se sepan sufrir, entonces utilizará el medicamento.
- ³⁴ Escalígero, *Epístola ad Patisonem*.
- ³⁵ Aulo Gelio, libro 20, cap. 11.
- ³⁶ Plinio, prefacio a la *Historia naturalis*.
- ³⁷ *Anatomy of Popery, Anatomy of Immortality*, Angelus Salas, *Anatomy of Antimony*, etc.
- ³⁸ Al-Razí, *Continens*, libro 1, cap. 9.
- ³⁹ Horacio.
- ⁴⁰ Paolo Giovio, Prefacio a *Historia sui temporis libri X*.
- ⁴¹ Erasmo.
- ⁴² Felix Platter, *Observationes*, lib. 1.
- ⁴³ Mr John Rouse, Protobibliotecario en Oxford, Mr Hopper, Mr Guthridge, etc.
- ⁴⁴ Dido en Virgilio.
- ⁴⁵ William Camden, *Britannia*.
- ⁴⁶ *La Iliada* de Homero.
- ⁴⁷ Marcial.
- ⁴⁸ Eclesiastés 12, 12.
- ⁴⁹ Los eunuco conciben libros y los estériles los paren.
- ⁵⁰ Doctor John King, último obispo de Londres, en su prefacio a *Lect. Jonas*.
- ⁵¹ George Buchanan.
- ⁵² Justo Baronio.
- ⁵³ Escalígero, *Exercitationes*, 288.
- ⁵⁴ Conrad Gesner, prefacio a *Bibliotheca Universalis*.
- ⁵⁵ Paolo Giovio, Prefacio a *Historia sui temporis libri X*.
- ⁵⁶ Plauto.
- ⁵⁷ Escalígero, *Epístola ad Patisonem*.
- ⁵⁸ Ausonio.
- ⁵⁹ Palingenius.
- ⁶⁰ Girolamo Cardano, *De sapientia*, lib. 5.
- ⁶¹ Girolamo Cardano, prefacio a *De consolatio-ne*.
- ⁶² Horacio, *Sátiras*, 1, 4.
- ⁶³ Plinio, *Epístolas*, libro 1.
- ⁶⁴ *Ibidem*.
- ⁶⁵ Dejo las deliberaciones para los príncipes y doctores, que sean ellos quienes señalen los crímenes de los autores y quienes borren aquello que se repite miles de veces y así se contiene fácilmente el prurito de escribir que, de otra manera, avanzará demasiado.
- ⁶⁶ Los ingenios se atiborrarán, nadie se conforma con leer.
- ⁶⁷ Famiano Strada, *Orationes variae ad facultatem oratoriam*.
- ⁶⁸ Lucrecio.
- ⁶⁹ «Hago mío cuanto hallo en cualquier parte que está bien dicho, y unas veces lo resumo con mis propias palabras y otras, para mayor credibilidad y autori-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

dad, lo expreso con palabras ajenas; considero como clientes míos a todos los autores». Juan de Salisbury, prólogo al *Policriticus*.

⁷⁰ Jerónimo, en el Epitafio a Nepociano.

⁷¹ Juan Jacobo Wecker, prefacio a *Medicae syntaxes*.

⁷² Fray Diego de Estella, *In Sacrosanctum Iesu Christi domini nostri Evangelium secundum Lucam enarratioum*, 10, 2.

⁷³ «La tela de araña no es mejor porque sus hilos sean propios, ni el nuestro es peor porque, como las abejas, libemos de los otros». Lipsio, *Adversus dialogist*.

⁷⁴ A un dato absurdo siguen otros mil.

⁷⁵ No dudo de que muchos lectores sean imbéciles.

⁷⁶ Marcial, *Epigramas*, 13, 2.

⁷⁷ Lipsio.

⁷⁸ Horacio.

⁷⁹ Horacio.

⁸⁰ Jerónimo Nadal, *Adnotationes et meditationes in Evangelia*, Amberes, fol. 1607.

⁸¹ Marco Antonio Muretus.

⁸² Lipsio.

⁸³ Horacio.

⁸⁴ Marco Antonio Muretus.

⁸⁵ San Agustín, *De ordine*, lib. 1, cap. 11.

⁸⁶ Erasmo.

⁸⁷ Cesare Baronio, *Annales Ecclesiastici*, tom. 3, año 360.

⁸⁸ Erasmo, *Coloquios*.

⁸⁹ Plinio, *Epistulae*, libro 6.

⁹⁰ Paolo Giovio, prefacio a *Historia sui temporis libri X*.

⁹¹ «Es loa ser loado por un loado».

⁹² Probo, *Vita Persii*.

⁹³ La presencia disminuye la fama.

⁹⁴ Lipsio, *Judicium de Seneca*.

⁹⁵ Quintiliano, *Institutio Oratoria*, libro 10. «Séneca fue hombre de gran estudio, conocedor de muchas cosas referentes a las materias de los estudios; muchas cosas en él son dignas de aprobación y de admiración».

⁹⁶ Suetonio. «Arena sin huellas».

⁹⁷ Lipsio, introducción a Séneca.

⁹⁸ Erasmo, *Judicium de Seneca*.

⁹⁹ Horacio, *Épodos*, libro 1, 19.

¹⁰⁰ «Es igual de torpe ser alabado fríamente que ser vituperado con aspereza». Phavorinus, Aulo Gelio, libro 19, cap. 3.

¹⁰¹ Ovidio, *Tristes*, 1, eleg. 6.

¹⁰² Juvenal, *Sátiras*, 9.

¹⁰³ «O ignorantes en artes o más deseosos de lucro que los estudiantes de letras». Nicholas Carr, *De scriptorum Britannicorum paucitate*, Londres, 1576.

¹⁰⁴ Ovidio, *Pónticas*, eleg. 1, 6.

¹⁰⁵ Horacio.

¹⁰⁶ Luciano, *Pseudosophista*, tom. 3. «Ya queda aceptado el peso, como el poema que dice que se actúe de forma que se pueda caminar, que se pueda agotar el agua y preparar una urna cineraria».

¹⁰⁷ Eusebio, *Historia ecclesiastica*, libro 6.

¹⁰⁸ Sosteniéndome sobre un solo pie, como hacía versos Lucilio.

¹⁰⁹ Virgilio.

¹¹⁰ No esperes lo mismo del más conspicuo poeta y del menor.

¹¹¹ Este estilo no está en contra de las reglas retóricas.

¹¹² Palingenius.

¹¹³ Séneca, *Epístolas*, libro 1, 21.

¹¹⁴ Flavio Filóstrato, *Historia de vita Apollonii*, libro 8. «Descuidaba la facultad oratoria y prácticamente despreciaba a sus profesores, porque solamente hacían más erudita la lengua, pero no la mente».

¹¹⁵ He aquí lo que encomienda Séneca (*Pónticas*): «al buey la hierba, a la cigüeña el lagarto, al perro la liebre y a la virgen la flor».

¹¹⁶ Pedro Nannius not. en Horacio.

¹¹⁷ No tengo aquí mi casa de campo, sino que, como jardinero de las costumbres, picoteo aquí y allá las flores, como el Canis lame al Nilo.

¹¹⁸ Demostró más de dos mil errores de André du Laurens, etc.

¹¹⁹ Filón de Alejandría.

¹²⁰ Virgilio.

¹²¹ Nicolaus Frambesarius, Daniel Sennertus, Ferandus, etc.

¹²² Terencio, *Los hermanos*.

¹²³ Terencio, *Heautontimorúmenos*, acto 1, escena 1.

¹²⁴ Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, libro 18, cap. 3.

¹²⁵ «Y hace allí tal cadena que liga también a los herederos». Cardano.

¹²⁶ Daniel Heins.

¹²⁷ Horacio, *Épodos*, 7.

¹²⁸ San Agustín, *Epístolas*, 86, ad Casulam presby.

¹²⁹ Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 12, 1.

¹³⁰ Conrad Gesner, *Bibliotheca Universalis*.

¹³¹ Paolo Giovio.

¹³² Mr William Burton, prefacio a su *Description of Leicester Shire*, impreso en Londres por W. Jaggard, para John White, 1622.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

- ¹³³ Lessius, *Hygiasticon*. Esta acepción no parece ajena a un teólogo, trata sobre la enfermedad del alma.
- ¹³⁴ Dr. Calyton en *Comitiis*, año 1621.
- ¹³⁵ Horacio.
- ¹³⁶ Filippo Beroaldo, *De pestilentia*.
- ¹³⁷ Camden, *Britannia*, en Newark (Nottinghamshire).
- ¹³⁸ P. Fernández de Quirós, 1612, impreso en Amsterdam.
- ¹³⁹ Teofrasto, prefacio a los *Caracteres*.
- ¹⁴⁰ Primera parte, sección 3.
- ¹⁴¹ Enrique Cornelio Agrippa, prefacio al lector.
- ¹⁴² Cipriano, *Tractatus ad Donatum*, libro 2, 2.
- ¹⁴³ *N. del T.* Se trata de un juego de palabras entre la región de *Morea* y la palabra latina *Moria*, que significa «locura».
- ¹⁴⁴ Séneca, *Controversias*, libro 2, cont. 6, y libro 6, cont. 7.
- ¹⁴⁵ Horacio.
- ¹⁴⁶ Idem Horacio, *Sátiras*, 2, 3. Damasipo Estoico lo prueba.
- ¹⁴⁷ Plutarco, *Sympos*, tomo 2, libro 5, cap. 6.
- ¹⁴⁸ Gregorio de Tolosa, *Synt. art. mir.*, libro 28, cap. 1.
- ¹⁴⁹ Estrabón, *Geografía*, libro 9. «Antiguamente, mucha gente navegaba allí por motivos de salud».
- ¹⁵⁰ Eclesiastés 1, 14.
- ¹⁵¹ «Se les supone el saber por derecho hereditario». Euformio, *Satyrae*.
- ¹⁵² Celio Calcaginus, *Apólogos*.
- ¹⁵³ No hay que responder al necio con necedades. 2 Reyes 7.
- ¹⁵⁴ Plinio, libro 10, ep. 97.
- ¹⁵⁵ San Agustín, epístola 178.
- ¹⁵⁶ ¿Quién, sino el que carece de juicio?
- ¹⁵⁷ Platón, al final del *Fedón*. «Este fue el final de nuestro amigo, ¡oh, Eucrates! que, según nuestro juicio, de todo en lo que somos expertos somos lo mejores y el colmo de la sabiduría y la justicia».
- ¹⁵⁸ Jenofonte, *Apología de Sócrates*, libro 4, hacia el final. «Tal fue Sócrates, que afirma que fue en todo el mejor y el más feliz».
- ¹⁵⁹ Platón, *Banquete*, libro 25.
- ¹⁶⁰ Lucrecio.
- ¹⁶¹ Anaxágoras solía ser llamado «la mente» por los antiguos.
- ¹⁶² «Regla de la naturaleza, la mismísima erudición, dios de los hombres, mar Sofía, maestro de las letras y de la sabiduría, como Scioppius solía decir de Escalfigero y de Daniel Heins, águila en las nubes, emperador de las letras, colmo de las letras, abismo de erudición, joya de Europa». Escalfigero.
- ¹⁶³ Lactancio, *De sapientia*, libro 3, cap. 17 y 20. «Todos los filósofos son necios o dementes, ni la vieja ni el enfermo deliran con más ineptitud».
- ¹⁶⁴ Horacio, *Odas*, libro 1, 34.
- ¹⁶⁵ Demócrito, *De sapientia*, libro 26, cap. 8.
- ¹⁶⁶ Teodoreto, capítulo de virtute.
- ¹⁶⁷ Aristófanes, *Las Ranas* y *Las Nubes*.
- ¹⁶⁸ Iba con frecuencia al gimnasio para ser uno de los más hermosos adolescentes.
- ¹⁶⁹ Platón, *Banquete*, hacia el final.
- ¹⁷⁰ Séneca. «Sabes medir las circunferencias, pero no tu ánimo».
- ¹⁷¹ Los que han mamado en las ubres de la sabiduría no pueden tener turbia la vista.
- ¹⁷² San Agustín, *De natura boni*.
- ¹⁷³ He aquí la más profunda mina de sabiduría.
- ¹⁷⁴ Plinio, *Panegyricus Traiano dictus*.
- ¹⁷⁵ Hugo de Prato Florido, ser. 4. in domi Pal.
- ¹⁷⁶ «Todos los niños y niñas te llaman loco». Horacio.
- ¹⁷⁷ Plauto, *Aulularia*.
- ¹⁷⁸ Plauto, *Los cautivos*, acto 3, escena 4.
- ¹⁷⁹ Terencio, *Adelphoi o Los hermanos*, acto 5, escena 8.
- ¹⁸⁰ Cicerón, *Tusculanas*, 5.
- ¹⁸¹ Platón, *Apología de Sócrates*.
- ¹⁸² Pontano, *Antonius*.
- ¹⁸³ Girolamo Cardano, *De sapientia*, libro 3.
- ¹⁸⁴ Erasmo, *Adagiorum collectanea o Chiliades*, 3, cent. 10. «No hay ningún mortal que no delire en alguna cosa».
- ¹⁸⁵ Horacio, *Sátiras*, 2, 3.
- ¹⁸⁶ La primera luz de la vida era la primera luz del furor.
- ¹⁸⁷ Baltasar de Castiglione, *El Cortesano*, libro 1.
- ¹⁸⁸ Tibulo, «Los locos pasan de largo los días, sus ingenios son un entretenimiento».
- ¹⁸⁹ Luciano, *Carón o los contempladores*, 2.
- ¹⁹⁰ Catulo.
- ¹⁹¹ Escribo sobre el furor, la manía y la melancolía para saber cómo se origina en los hombres, cómo se hace, crece, se acumula y disminuye. Diseco estos animales que ves no por aborrecer las obras de Dios, sino para analizar la naturaleza de la hiel y la bilis.
- ¹⁹² San Agustín, lib. 1. in Gen. «Pides estricta obediencia a tu caballo y a tu siervo y tú no se la das a otros, ni al mismo Dios».
- ¹⁹³ Creo que realmente sacan del mármol figuras vivas.
- ¹⁹⁴ Les gustan los ídolos, pero odian a los seres animados, así los pontífices.
- ¹⁹⁵ «Después que llegue el fin de la búsqueda,

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

aunque tengas más, temes menos la pobreza y aunque empieces a acabar el trabajo, utilizas una parte de lo que tenías». Horacio.

¹⁹⁷ Tiene bajo el pecho corrompido una astuta raposa y actúa como una raposa. Actúa como los cretenses en Creta.

¹⁹⁸ Destruye, edifica, cambia lo cuadrado en redondo. Trajano construyó el puente sobre el Danubio, que su sucesor Adriano demolió inmediatamente.

¹⁹⁹ Idem Plutarco.

²⁰⁰ Todo, desde el momento del nacimiento, es enfermedad.

²⁰¹ En su vigor es furibundo, cuando éste decrece, es insano.

²⁰² Cipriano, *Tractatus ad Donatum*. «Quien comete crímenes será juzgado».

²⁰³ «Eres el peor de todos los ladrones», como dijo un ladrón a Alejandro en Curtius. El juez condena fuera lo que practica dentro.

²⁰⁴ «Una gran preocupación en la cara es un gran descuido del alma». Marcelino.

²⁰⁵ «Es horrible ver cómo apenas dicen dos palabras sin mentir, y cuando se les invita solemnemente a decir la verdad, sin embargo no dudan en hacer perjurio, de modo que de diez testigos apenas uno dice la verdad». Calvino, in 8. Joh. Serm. 1.

²⁰⁶ «Por tanto me llenó de admiración por él. Encontré en Demócrito a un varón muy sabio, que sólo puede hacer a los hombres más prudentes».

²⁰⁷ Epigrama griego.

²⁰⁸ Erasmo, *Elogio de la locura*.

²⁰⁹ Juan de Salisbury, *Policraticus*, libro 3. cap. 8; de Petronio.

²¹⁰ Calcagninus, *Apólogos*.

²¹¹ *N. del T.* Se trata respectivamente, de Roma y Londres, según la obra de Joseph Hall, *Mundus alter et idem*, donde sitúa las provincias de Moronia, o la tierra de la locura.

²¹² Horacio.

²¹³ Juvenal.

²¹⁴ Flavio Josefo, *De bello Judaico*, libro 6, cap. 11. «Vuestras iniquidades no están ocultas para nadie y algunos días tenéis un certamen para saber quién es el peor».

²¹⁵ Horacio.

²¹⁶ Petrarca, *Epístolas*, libro 5, epist. 8.

²¹⁷ Horacio.

²¹⁸ La superstición es un error insensato.

²¹⁹ Emanuel Meteren, *Historia Belgica*, libro 8.

²²⁰ Lucano.

²²¹ El padre Angelo, el Duque de Joyeux, que atravesó los Alpes descalzo camino de Roma, etc.

²²² «Si alguien no mirase lo que toleran los supersticiosos, tantas inconveniencias para los honestos, tantas indignidades a los libres, tantas desemejanzas en los sanos, de modo que nadie debería dudar de ellos si enloquecieran con pocas cosas». Séneca.

²²³ «¿Qué diré de sus indulgencias, oblaciones, promesas, soluciones, ayunos, conventos, vigiliias, sueños, horas, órganos, cantilenas, campanas, simulacros, misas, purgatorios, mitras, breviarios, bulas, aguas lustrales, rasurados, ungüentos, velas, cálices, cruces, paños, cirios, incensarios, sortilegios, exorcismos, esputos, leyendas, etc.?» John Bale, *De actis Romanorum Pontificum*.

²²⁴ Thomas Naogeorgus.

²²⁵ «Mientras simulan rechazarlo, han adquirido durante treinta años doscientas mil libras en pensión». Arnold.

²²⁶ «Y mientras de día hablan de virtud, de noche agitan sus nalgas en escondrijos». Agrippa.

²²⁷ 1 Tm 3, 13. «Pero no prevalecerán durante más tiempo, su locura será conocida por todos».

²²⁸ «El seno de la benignidad solía ser el taller de los litigios en la curia romana». Guillaume Budé.

²²⁹ Tomás Moro llama a la guerra algo bestial. *Utopía*, libro 2.

²³⁰ Sebastian Munster, *Cosmographia*, libro 5, cap. 3, e Dict. Cretens.

²³¹ Paolo Giovio. *Vita eius*.

²³² Felipe de la Clyte, señor de Commynes.

²³³ Polibio, libro 3.

²³⁴ *A true historie of the memorable siege of Ostend*, fol. 23.

²³⁵ Erasmo, *De bello*. «De modo que un animal plácido, nacido benevolente, se precipita a la destrucción mutua en una locura bestial».

²³⁶ Richard Dinoth, prefacio a *De bello civili gallico*.

²³⁷ Paolo Giovio.

²³⁸ «El engaño, la desigualdad y la injusticia son ocupaciones propias de la guerra». Tertuliano.

²³⁹ Cicerón.

²⁴⁰ Lucano.

²⁴¹ El pueblo contra el pueblo para mutuo perjuicio, como bestias que se precipitan sangrientamente.

²⁴² Libanio, *Declamaciones*.

²⁴³ La ira y el furor son los consejeros de Belano, etc., y los sacerdotes son dementes.

²⁴⁴ La guerra es como una bestia y para todos los crímenes un furor permitido.

²⁴⁵ Richard Dinoth, *De bello civili gallico*, lib. 1. «Llenaron todo con esta guerra feroz y con asesinatos, casi han destruido un gran reino desde sus fundamen-

tos, tantos miles de paisanos han muerto miserablemente por la espada, la guerra y el hambre».

²⁴⁶ Pontus Heuter.

²⁴⁷ Felipe de la Clyte, señor de Commynes.

²⁴⁸ Lucano.

²⁴⁹ Virgilio.

²⁵⁰ Obispo de Cuzco y testigo.

²⁵¹ Léase a Meteren sobre sus excesivas crueldades.

²⁵² Daniel Heins.

²⁵³ Virgilio, *Geórgicas*.

²⁵⁴ M. Jansenius o Mercurio Gallobelgicus, 1596.

«Mundus furiosus» es el título de su libro.

²⁵⁵ Escalfigero, *Exercitationes*, 250, ser. 4.

²⁵⁶ ¿Que llore Heráclito o ría Demócrito?

²⁵⁷ Hablan los cuidados leves y se quedan atónitos los ingentes.

²⁵⁸ Tomo las armas como insensato, pero no hay suficiente razón en las armas.

²⁵⁹ Erasmo.

²⁶⁰ Cicerón, *Pro Murena*.

²⁶¹ Máximo de Tiro, Ser. 13.

²⁶² Eoban Hessus. «A los que les gusta la vida en las armas, nada les agrada más que la muerte, no piensan que haya otra vida que no sea la que se habitúa a las armas».

²⁶³ Marino Barlesio, *Historia de vita et pestis Scanderbergi Epirotarum principis*, libro 10.

²⁶⁴ Séneca, *Beneficios*, libro 2, cap. 16.

²⁶⁵ Séneca, *Cuestiones naturales*, libro 3, 1.

²⁶⁶ Botero, *Amphitheatridion*.

²⁶⁷ «No hay nadie más feliz que los que pelean en las batallas». José Brisonio, *De regum Persarum*, libro 3, fol. 344. Idem Lactancio, *De Romanis et Graecis*. Idem Amiano Marcellino, libro 23, de Parthis. «Se considera feliz entre nosotros el que vierte su alma en la guerra».

²⁶⁸ Ogier Ghislain de Busbecq, *Legationes Turcicae Epistolae VI*. «Piensan que la subida al cielo se prepara con asesinatos y sangre». Lactancio, *De falsa religione*, libro 1, cap. 8.

²⁶⁹ Richard Dinoth, prefacio a *De bello civili gallico*.

²⁷⁰ La puertas del cielo se abrieron a Hércules, que destruyó una gran parte del género humano.

²⁷¹ Virgilio, *Eneida*, 7.

²⁷² Cipriano.

²⁷³ Séneca.

²⁷⁴ Juvenal.

²⁷⁵ Enrique Cornelio Agrippa, *De vanitate scientiarum*.

²⁷⁶ Juvenal, *Sátiras*, 4.

²⁷⁷ Pedro roba lo que deja Juan. «Tú eres el peor de todos los ladrones», como le dijo Demetrio el pirata a Alejandro en Curtius.

²⁷⁸ Esopo.

²⁷⁹ Tomás Moro, *Utopía*.

²⁸⁰ «Los utopienses rechazan la locura de los que gastan honores divinos, los consideran despreciables y avaros, que no se honran con otra consideración que la de ser ricos». *Ibidem*, libro 2.

²⁸¹ Cipriano, *Tractatus ad Donatum*, 2. «El que un reo inocente muera le hace culpable. El juez condena fuera lo que practica dentro».

²⁸² Sidonio Apolinar.

²⁸³ Salviano, *De providentia*, libro 3.

²⁸⁴ «Luego un juicio no es más que la merced pública». Petronio. «Para qué hacer las leyes donde sólo reina el dinero». *Ibidem*.

²⁸⁵ *Ibidem*.

²⁸⁶ El peso de la justicia cae sobre los desprotegidos.

²⁸⁷ Plauto, *Mostellaria o Los espíritus*.

²⁸⁸ *Ibidem*.

²⁸⁹ Juvenal, *Sátiras*, 4.

²⁹⁰ «Ya que tantos magistrados son ladrones o mendicantes, les echo las culpas, pues imitan a los malos preceptores que, en su ejercicio, sacuden a los mejores discípulos». Tomás Moro, *Utopía*, libro 1.

²⁹¹ «Se decretaron sobre el ladrón enormes y horrendos suplicios cuando sería muchísimo mejor procurar que no fueran ladrones, procurar que no fuera una necesidad para ellos esa cosa siniestra del robo y el crimen». *Ibidem*.

²⁹² Giovanni Botero, *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione*, libro 3, cap. 3.

²⁹³ Rapacea el milano y despelleja.

²⁹⁴ Petronio, *De Crotone civitate*.

²⁹⁵ «Nadie hace más al cielo, al juramento, ni a Júpiter, sino que todos cuentan sus bienes con los ojos abiertos». Petronio.

²⁹⁶ Plutarco, *Vidas paralelas*, Catón.

²⁹⁷ Giovio.

²⁹⁸ «Sus beneficios son siempre causa de felicidad mientras les parece que pueden pagarlos, cuando se anticipa mucho, se devuelve por causa del odio». Tácito.

²⁹⁹ «Para muy pocos es más querida la fidelidad que el dinero». Salustio.

³⁰⁰ Casi las primeras promesas en todos juntos, etc.

³⁰¹ La reina reparte el dinero como dios manda.

³⁰² Tanto vales cuanto tienes.

³⁰³ «No por nuestras capacidades, sino por la apa-

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

riencia y por la voz del pueblo se nos reputa excelentes». Girolamo Cardano, *De consolatione*, libro 2.

³⁰⁴ «Las mentidas divinidades posponen su afán de lucro», Mercator. Lo que se considera positivo, pero se sabe que va a desagradar a Dios o molestar a los hombres, más vale olvidarlo.

³⁰⁵ Los que simulan a los curiosos y viven las bacanales.

³⁰⁶ Semejantes al tragalao o a los centauros, por arriba hombres, por abajo caballos.

³⁰⁷ Prometen el cielo con sus preceptos, pero mientras tanto, son la más ruin esclavitud de su mismo terreno.

³⁰⁸ Eneas Silvio Piccolomini.

³⁰⁹ «Sonreír a los hombres para que se irriten, acariciarlos para traicionarlos». Cipriano, *Tractatus ad Donatum*.

³¹⁰ El amor y el odio son los dos lados de un espejo curvo: uno aumenta, el otro disminuye.

³¹¹ Son más competentes los administrados que los que administran, y el siervo tiene más fuerza que el patrón.

³¹² Juvenal.

³¹³ Bodin, *La République*, libro 4, cap. 6.

³¹⁴ Plinio, libro 37, cap. 3.

³¹⁵ «Escucha a los condenados». Juvenal.

³¹⁶ Agrippa, epist. 28, lib. 7. «Los que tienen el cerebro en el vientre y el ingenio en el pesebre».

³¹⁷ Salmos 53, 5: «Comen a mi pueblo como se come el pan».

³¹⁸ «El dueño considera mejor la cécuba bajo siete llaves y rociará el suelo con un vino excelente en la mejor cena de los pontífices». Horacio.

³¹⁹ El docto que mira a las musarañas.

³²⁰ Cicerón. Aristipo Charidemo en Luciano. Creo que es realmente una locura.

³²¹ Salviano, *De providentia*.

³²² Melchior Adams, *Decades duae continentis vitae theologorum exterorum principum, qui ecclesiam Christi superiori seculo propagarunt*, cap. 212. «Si son condenados, consideran glorioso estar contentos; pues las lágrimas, endechas y el resto de las con-junciones que solemos considerar saludables, los Daneses las abominan, y, de hecho, no permiten llorar a nadie ni por los pecados ni por los amigos muertos».

³²³ En el mundo, da leyes bien patentes, difícilmente rige al criado en casa sin estrépito.

³²⁴ «Las ovejas, antiguamente soportaban con paciencia el rebaño, hoy demasiado indómito y glotón para que los hombres lo devoren, asolan las plazas fuertes». Tomás Moro, *Utopía*, libro 1.

³²⁵ La naturaleza atribuye diversos ingenios a diversa gente.

³²⁶ Demócrito, ep. praed. «Hay que detener a los que juran y a los bebedores, a los que vomitan, a los que golpean, a los litigantes, forjadores de insidias, sufragantes, envenenadores, a los que son capaces de firmar la acusación de un amigo; unos y otros están llenos de fanfarronería, ambición, codicia, locura, etc.»

³²⁷ Cipriano, *Tractatus ad Donatum*, libro 2, 2. ¡«Ah! Si te pudieses ver en el espejo de lo sublime».

³²⁸ *N. del T.* El término otacusticon puede hacer referencia a cualquier aparato que juegue con los sonidos.

³²⁹ Marciano Capella, *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, libro 1. «En la que destacaba las cosas que a cada pueblo agitaban con revueltas cotidianas».

³³⁰ «Así Júpiter me provea de oro, herencia, etc. Dame, Júpiter, muchos años. Con cuanta demencia hay en los hombres, hacen a los dioses votos torpísimos; si alguien presta oídos, callan, y lo que los hombres no quieren saber, se lo cuentan a Dios». Séneca, *Epístolas*, 1, 10.

³³¹ Plauto, *Los dos Menechmos*.

³³² Es más grave la enfermedad con la que uno se evapora sin saberlo.

³³³ «Te apresuras a merecer lo que hiere tus ojos; si así es el ánimo, el tiempo de curación se dilatará un año más». Horacio.

³³⁴ «Si le duele la cabeza, la espalda, el brazo, hay que ir a buscar un médico que sepa, recta y honestamente, poner su saber en el corazón de la enfermedad». Johannes Peletius Jesuít, lib. 2 *De humanum affectionum morborumque cura*.

³³⁵ ¿A qué se debe que tan pocas veces, entre tantas calamidades, requiera la presencia del médico, se reconozca enfermo? Bulle la ira, etc. Y nosotros, sin embargo, negamos estos enfermos. Los incólumes recusan al médico.

³³⁶ «Nuestra época reprocha a la imbecilidad ser el mal más común». Guillaume Budé, *Épitome du Livre de Asse*, libro 5.

³³⁷ Baltasar de Castiglione.

³³⁸ Clodio acusa al fornicador.

³³⁹ Menipo, *Sátiras*.

³⁴⁰ Horacio, *Epístolas*, 2.

³⁴¹ Prosper d'Aquitaine.

³⁴² Plinio, *Epistulae*, libro 8.

³⁴³ Enrique Cornelio Agrippa.

³⁴⁴ Todo el mundo está ciego, de Persia a Lusitania.

³⁴⁵ Apuleyo, *Florida*, 2.

³⁴⁶ San Agustín. «De la misma manera que en los

ojos de los hombres que caminan cabeza abajo, así en los ojos de los sabios y de los ángeles, es visto quien se place a sí mismo o a quien le dominan las pasiones».

³⁴⁷ Plauto, *Los dos Menecmos*.
³⁴⁸ Dión, gobernador de África nombrado por César.

³⁴⁹ Horacio, *Sátiras*, 2, 7.

³⁵⁰ Séneca.

³⁵¹ Cicerón, *Pro Roscio Amerino*.

³⁵² «Es preciso que cuando los locos tengan una crisis, no se queden solos». Petronio.

³⁵³ Horacio. «Puesto que no hay un sólo tipo de necedad, ¿de cuál consideras que padezco?»

³⁵⁴ «Idiota, y aún loco, creo que soy». Horacio.

³⁵⁵ «Odio y no puedo creer que no sea deseable lo que odio». Ovidio. Todos enfermamos, erróneamente, de buen grado.

³⁵⁶ «El amante antepone su cortesana a la vida, el iracundo la venganza, el ladrón el robo, el parásito la gula, el ambicioso los honores, el avaro el poder, etc. Odiamos esto y lo buscamos». Girolamo Cardano, *De consolatione*, libro 2.

³⁵⁷ Proverbios 26, 11.

³⁵⁸ Plutarco, Gryllo. Clemente de Alejandría llama puerco a estos hombres.

³⁵⁹ No persuadirás si eres persuadido.

³⁶⁰ Cicerón.

³⁶¹ Es peor sentirse enfermo con unos que sentirse bien con otros.

³⁶² «Quien se nutre entre estos, no podrá saber más lo que huele bien en la cocina». Petronio.

³⁶³ Persio.

³⁶⁴ Horacio, *Sátiras*, 2.

³⁶⁵ Los locos agitan a los niños y a las niñas casaderas.

³⁶⁶ Plauto.

³⁶⁷ Horacio, *Sátiras*, libro 2, sat. 3.

³⁶⁸ Plinio llama necedad extrema (*Epistulae*, 7, 21) lo que dije una vez que era fijo y raro.

³⁶⁹ *Ibidem*.

³⁷⁰ Plutarco, *Solón*.

³⁷¹ Malhechores.

³⁷² «¿Quién encontrará a un hombre fiel?» Proverbios 20, 6.

³⁷³ Salmo 49.

³⁷⁴ Teodoreto, *De provid lib. de curat. graec. affect.* cap. 6.

³⁷⁵ «Se considera sabio al que es imperioso». Horacio, *Sátiras*, 2, 7.

³⁷⁶ Filón de Alejandría, conclusión de *De vic. offer.*

³⁷⁷ Lactancio, *De Sapientia*.

³⁷⁸ Eclesiástico 21, 12. «No alcanzará doctrina quien no es habilidoso, pero hay habilidades que llenan de amargura». Proverbios 12, 16: «el corazón del insensato proclama su necedad».

³⁷⁹ Cicerón, *Tusculanas*, 3: «La injuria no cae sobre el sabio».

³⁸⁰ Crisóstomo, Hom. 6. in 2. Epist. ad Cor. cap. 3.

³⁸¹ Séneca. *Epístolas*, libro 2, 13. «El necio siempre empieza a vivir. La repugnante levedad del hombre le pone cada día nuevas razones de vida, nuevas esperanzas».

³⁸² Eneas Silvio Piccolomini, *De curialium miseria*.

³⁸³ Filippo Beroaldo, *Declamatio ebriosi, scortatoris et aleatoris*.

³⁸⁴ Hipócrates, *Epístola a Damageto*.

³⁸⁵ «Se conoce al necio por sus risotadas». Cicerón, *Oficios*, 3, cap. 9.

³⁸⁶ Horacio, *Sátiras*, 2, 7.

³⁸⁷ Juvenal.

³⁸⁸ Escalígero, Hypocrit.

³⁸⁹ Séneca, *Epístolas*, 33.

³⁹⁰ En la primera de las contradicciones.

³⁹¹ Juan Luis Vives, *Las disciplinas*.

³⁹² Escalígero, *Actione ad subtil.* fol. 1226.

³⁹³ Girolamo Cardano, *De sapientia*, libro 1.

³⁹⁴ Ve el hombre mísero que todo es vanidad, todo necedad, todo locura; hazgas lo que hazgas en este mundo, hazlo por Dios.

³⁹⁵ San Bernardo de Claraval, Sermón *De miseria humana*.

³⁹⁶ En efecto, atribuye a Dios la ira y el odio.

³⁹⁷ Marsilio Ficino, en Platón dial. lib. de justo.

³⁹⁸ Virgilio, *Églogas*, 3.

³⁹⁹ Salmo. «Se emborrachan con la abundancia de la casa».

⁴⁰⁰ San Agustín, sobre el Salmo 104.

⁴⁰¹ Platón, *Timeo*.

⁴⁰² Horacio.

⁴⁰³ Esta división se demuestra probable según Aristóteles, *Tópicos*, libro 1, cap. 8. Roger Bacon, *Epístola de secretis artis et naturae operibus*, cap. 8. «El pueblo común no tiene juicio».

⁴⁰⁴ Enrique Cornelio Agrippa, *Filosofía oculta*, libro 1, cap. 25 y 19.

⁴⁰⁵ Constantino, libro 10, cap. 4.

⁴⁰⁶ Vid. Lipsio, *Epístolas*.

⁴⁰⁷ Giovanni Botero, *De illustrium statu et politia libri X*, libro 1, cap. 4.

⁴⁰⁸ «Donde los príncipes filosofan». Platón.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

⁴⁰⁹ Catón el viejo, *De re rustica*.

⁴¹⁰ «O pública utilidad. Será la suprema ley la salud pública. No es una ciudad feliz aquella donde hay unos pocos felices, sino donde lo es toda la ciudad». Platón libro cuarto de la *República*.

⁴¹¹ ¡Ay!, mísera Mantua, demasiado cercana a Cremona.

⁴¹² A veces por las fieras, como antes en Mauritania.

⁴¹³ Cipriano Echovius, *Deliciis Italiae, Galliae, Hispaniae*, 1604. «Vivían pía y santamente, con suma veneración y temor de Dios en el culto, y se consagraban a las cosas sagradas».

⁴¹⁴ Aristóteles, *Política*, 5, cap. 3.

⁴¹⁵ Giovanni Botero, *De illustrium statu et politica*, libro 1, cap. 1.

⁴¹⁶ «No perdura la república cuya cabeza está enferma». Juan de Salisbury, *Policraticus*, cap. 22.

⁴¹⁷ Vid. la relación del Dr Fletcher y la *Historia* de Alexander Gaguin.

⁴¹⁸ No tiene más de doscientas millas de longitud y sesenta de anchura, según Adricomius.

⁴¹⁹ Romulus Amaseus.

⁴²⁰ Marco Antonio Coccio o Sabellicus.

⁴²¹ Aristóteles, *Política*, lib. 5, cap. 6. «La crueldad de los príncipes, la impunidad de los criminales, la violación de las leyes, la malversación de los fondos públicos, etc.»

⁴²² Cicerón, *Epístolas*.

⁴²³ Hipólito, *Incrementa urbium*, cap. 20.

⁴²⁴ Robert Dallington, 1596. Conclusión de su libro.

⁴²⁵ Giovanni Botero, *De illustrium statu et politica*, lib. 9, cap. 4. «Expúlsese al que actuó desesperadamente y mátese al que cruelmente produjo una conjura de los súbditos».

⁴²⁶ Exhausto por odios mutuos y sediciones.

⁴²⁷ La riqueza procedente de los malos y de los criminales.

⁴²⁸ Normalmente, equivocamos el nombre de los «políticos», considerándolos como los que leen a Maquiavelo y a Tácito, grandes hombres de estado que pueden disputar de preceptos políticos, suplantar y derivar a sus adversarios, enriquecerse, conseguir honores, pero ¿qué supone esto para el bien común, o para preservar la república?

⁴²⁹ Corrió el imperio por su propia voluntad.

⁴³⁰ Apuleyo, *Florida*, 1.

⁴³¹ «Los mismos príncipes no sólo conciben vicios, sino que además, los infunden en la ciudad, así que son perjudiciales más con el ejemplo que con el pecado». Cicerón, *Las leyes*, 3.

⁴³² Antígono Gonata, *Epistola ad Zenonem*.

⁴³³ Juvenal, *Sátiras*, 14.

⁴³⁴ Aristóteles, *Política*, 2, cap. 7.

⁴³⁵ Salustio. «En la ciudad siempre hay unos carentes de virtud que miran con malos ojos a los buenos, que detestan lo viejo y proclaman lo nuevo y que por odio de sus cosas piden que se cambie todo».

⁴³⁶ Platón, *Leyes*, 3.

⁴³⁷ Mateo Geraldo, prefacio a *Studium Juris*.

⁴³⁸ Johann Does, *Epodos*.

⁴³⁹ John Barclay, *Argenis*.

⁴⁴⁰ «La casa del jurisconsulto es el oráculo de la ciudad». Cicerón.

⁴⁴¹ Tito Livio, lib. 3.

⁴⁴² Claudio Seselio, *De republica Gallorum*, libro 1.

⁴⁴³ Juan de Salisbury, *Policraticus*.

⁴⁴⁴ Pues como quiera que se presente la causa, siempre se lleva de modo que engordan sus arcas, aunque no puedan saciar su avaricia.

⁴⁴⁵ Camden, *Britannia*, en Norfolk.

⁴⁴⁶ Plutarco, *Catón*.

⁴⁴⁷ Josiah Simler, *De republica Helvetica*, libro 2.

⁴⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁴⁹ Nicholas Clenart, *Epistolarum libri II*, lib. 1.

⁴⁵⁰ Camden.

⁴⁵¹ Cicerón, *Ad Atticum*, libro 10, epist. 11.

⁴⁵² Diodoro, *Bibliotheca*, lib. 3.

⁴⁵³ Tertuliano, *De Anima*.

⁴⁵⁴ Plutarco, *Liber major morborum corporis animi*.

⁴⁵⁵ 1 Corintios 6, 5-6.

⁴⁵⁶ «Insensatos. ¿cuándo vais a ser cuerdos?» Salomos 94, 8.

⁴⁵⁷ Sobre este texto el Profesor Dr. Prideaux ha predicado dos sabios sermones con el título de *Christ's Counsel*, impresos en Londres, por Felix Kingston, 1621.

⁴⁵⁸ Muy a menudo una buena materia se inutiliza sin un artífice. M.A. Coccio Sabélico, *De Germania*. «Si alguien viese hoy a Alemania cuidada con esmero en sus ciudades, no diría que antes era triste en su cuidado, áspero en su cielo, una tierra informe».

⁴⁵⁹ Hecho por el Fiscal de Su Majestad.

⁴⁶⁰ Como Zelanda y Bemster en Holanda, etc.

⁴⁶¹ De Gantes a Sluys, de Brujas al mar, etc.

⁴⁶² Ortels, Botero, Mercator, Meteren, etc.

⁴⁶³ «Pues desde entonces floreció entre las gentes más florecientes del mundo cristiano tanto por su gloria en la guerra como por su cultura». Camden, *Britannia*, sobre los normandos.

⁴⁶⁴ Geoges Kecker.

- ⁴⁶⁵ Giovanni Botero, *Amphitheatro*.
- ⁴⁶⁶ Un suelo fértil, un buen ambiente, etc. estaño, plomo, lana, azafrán, etc.
- ⁴⁶⁷ «Pues toda Bretaña es una fortaleza única».
- Botero.
- ⁴⁶⁸ Polidoro, *Historia*, lib. 1.
- ⁴⁶⁹ Giovanni Botero, *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione*, lib. 1, cap. 9.
- ⁴⁷⁰ Botero.
- ⁴⁷¹ Sebastian Munster, *Cosmographia*, lib. 3, cap. 119.
- ⁴⁷² David Chyträus, editado en Frankfurt, 1583.
- ⁴⁷³ Giovanni Antonio Magini, *Geographia*.
- ⁴⁷⁴ Abraham Wortels, de Vaseo & Pet. de Medina.
- [*N. del T.*: se trata de la provincia portuguesa situada entre los dos ríos, el Miño y el Duero].
- ⁴⁷⁵ Con un centenar de familias en cada uno.
- ⁴⁷⁶ Botero, lib. 8, cap. 3.
- ⁴⁷⁷ Dión Crisóstomo, *Orat.* 35.
- ⁴⁷⁸ Columela, *De re rustica*, lib. 2, cap. 1.
- ⁴⁷⁹ Nicholas Gerbelius, *Pro declaratione picturae sive descriptionis Graeciae Sophiani*, lib. 6.
- ⁴⁸⁰ Gerbelius.
- ⁴⁸¹ Tito Livio, lib. 7.
- ⁴⁸² Botero, *De illustrium statu et politia*, lib. 3, cap. 8.
- ⁴⁸³ El tintado de tejidos y el vestido, etc.
- ⁴⁸⁴ Valerio, lib. 2, cap. 1.
- ⁴⁸⁵ George Buchanan, *Rerum Scotticarum Historia*, lib. 10. «Proponiendo grandes recompensas para que enseñaran a los escoceses».
- ⁴⁸⁶ Sebastian Munster, *Cosmographia*, lib. 5, cap. 74.
- ⁴⁸⁷ Estrabón, *Geographia*, lib. 8.
- ⁴⁸⁸ Nicholas Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab societate Iesu*, exp. Mat. Ricci.
- ⁴⁸⁹ «Cuando los nobles consideran que ejercen algún arte en un buen lugar». Clenart, *Epistolarum*, lib. 1.
- ⁴⁹⁰ Manuel Meteren, *Historia Belgica*, lib. 13.
- ⁴⁹¹ Hugo Grotius.
- ⁴⁹² «Una ciudad potente en almas y número y en la fortaleza de la gente». Escalígero.
- ⁴⁹³ Camden.
- ⁴⁹⁴ York, Bristol, Norwich, Worcester, etc.
- ⁴⁹⁵ El argumento de Mr Gainsford, «puesto que entre nosotros los caballeros viven en las villas rurales, nuestras ciudades son más pequeñas» no es en absoluto certero. Pon trescientos o cuatrocientos pueblos en un condado, y un caballero en cada villa ¿qué son cuatrocientas familias para aumentar una de nuestras ciudades o para igualarse con las suyas, que están mu-
- cho más pobladas? Mientras las nuestras tienen normalmente siete mil habitantes, las suyas tienen cuarenta mil.
- ⁴⁹⁶ «La mayor parte del alimento consiste en carne». Polidoro, *Historia*, lib. 1.
- ⁴⁹⁷ «Se reprimirán las licencias de monopolio, los más pobres se alimentarán con el ocio, se restaurará la agricultura, se instaurará el trabajo de la lana para que sea un negocio honesto en el que se ejercite la muchedumbre ociosa. Si no se curan de estas enfermedades, en vano ejercerán la justicia». Tomás Moro, *Utopía*, lib. 1.
- ⁴⁹⁸ «El rey de Capadocia, rico en cobre, necesita propiedades». Horacio.
- ⁴⁹⁹ «No es propio de la dignidad real ejercer el poder en los mendigos, sino en los opulentos. No es propio ser el guardián del reino, sino de la cárcel». Tomás Moro, *Utopía*, lib. 1.
- ⁵⁰⁰ Una piña de hombres totalmente quemados por el sol, con vestidos sucios, con caras feas, agudos sobre todo en el robo, etc.
- ⁵⁰¹ Sebastian Munster, *Cosmographia*, lib. 3, cap. 5.
- ⁵⁰² Séneca. «Para un príncipe no son menos vergonzosas las múltiples condenas que para un médico los múltiples funerales».
- ⁵⁰³ «Quiere expulsar del cuerpo toda la pituita y la bilis». Platón, *Leyes*, 11.
- ⁵⁰⁴ Vid. Lipsius, *Admiranda*.
- ⁵⁰⁵ De lo que hablan Suetonio en el capítulo sobre Claudio y Plinio, cap. 36.
- ⁵⁰⁶ «Para hacer frente a la vez a la pobreza y a la pereza se les hace aprender oficios y se ayuda a los pobres». Bodin, lib. 6, cap. 2, num. 6-7.
- ⁵⁰⁷ El rey de Egipto Amasis promulgó una ley para que todos sus súbditos diesen cuenta cada año de dónde vivían.
- ⁵⁰⁸ Cristóbal Besoldus, *Synopsis politicarum doctrinarum*, cap. 2.
- ⁵⁰⁹ Giovanni Botero, *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione*, lib. 1, cap. 6.
- ⁵¹⁰ Hipólito a Collibus, *Incrementa urbium*, cap. 5. «Las tierras que bañan los ríos, lagos o mares».
- ⁵¹¹ «Los tres ríos navegables son una gran ventaja para el transporte de mercancías». Botero, *De Gallia*.
- ⁵¹² Gotardus Arthus, *Ind. Orient.*, cap. 2. «Colocan una rueda en medio del río a la que colocan odres de pieles de animales cosidas, y cuando se mueve la rueda, éstos sacan el agua por los canales».
- ⁵¹³ Heródoto.
- ⁵¹⁴ La fosa tiene cien pies de ancho y treinta de alto.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

⁵¹⁵ Es contrario al principio de Arquímedes, que mantiene que las superficies de todas las aguas son lisas.

⁵¹⁶ Diodoro, lib. 1, cap. 3.

⁵¹⁷ Díón, Pausanias, N. Gerbelius, S. Munster, *Cosmographia*, lib. 4, cap. 36.

⁵¹⁸ Para hacer navegables los litorales del Oeste y del Norte entre ellos.

⁵¹⁹ «Carlomagno intentó hacer un canal del Rín al Danubio». Bilibaldus Pirckeymerus, *Descriptio Germaniae*. Las ruinas se pueden ver todavía cerca de Wessenberg de Rednich a Altumul.

⁵²⁰ Giovanni Antonio Magini, *Geographia*.

⁵²¹ Josiah Simler, *De republica Helvetica*, lib. 1, lo describe.

⁵²² Camden en Lincolnshire. Fossedike.

⁵²³ Cerca de St. Albans.

⁵²⁴ Lilius Giraldus, Nat. Comes.

⁵²⁵ Apuleyo, *Florida*, lib. 4. «Como un dios familiar se le ha venerado entre los hombres de su época, como árbitro y juez de todos los litigios y querellas entre vecinos. Ha luchado contra la ira, la envidia, la avaricia, la lujuria y todos los vicios del alma humana. Hércules fue un filósofo. Expulsó todas esas pestes de las mentes».

⁵²⁶ Cottis Navig.

⁵²⁷ Raguaglios part. 2, cap. 2 y part. 3, cap. 17.

⁵²⁸ Juan Valentín Andreas, Apolog., manip. 6, 40.

⁵²⁹ Quien está sucio, que se ensucie aún más.

⁵³⁰ Horacio.

⁵³¹ P. Fernández de Quirós, 1612.

⁵³² Vid. José de Acosta y J. Laet.

⁵³³ Vid. Francesco Patrizi, *De institutione reipublicae*, lib. 8, tit. 10.

⁵³⁴ Así antiguamente Hipodamo de Mileto; Aristóteles, *Política*, cap. 11 y Vitruvio, *De architectura*, lib. 1, cap. último.

⁵³⁵ Con muros de tierra, etc.

⁵³⁶ De esto hablan Plinio, *Epistulae*, lib. 2, 42 y Tácito, *Annales*, lib. 15.

⁵³⁷ Vid. J. Brisonio, *De regno Pers.*, lib. 3, sobre esto y Vegecio, lib. 2, cap. 3 de Annona.

⁵³⁸ No para hacer oro, sino para cuestiones de Física.

⁵³⁹ J. Brisonio, Flavio Josefo, *De bello Judaico*, lib. 21, cap. 6. Herodoto, lib. 3.

⁵⁴⁰ Así lo consideran mejor Juan Luis Vives, Felipe de la Clyde y otros.

⁵⁴¹ Platón, *Leyes*, 6. «Crearé ediles que se ocupen de los foros, fuentes, vías, puertos, plazas y otras cosas de este tipo». Vid. Isaac Pontano, *De civ. Amstel.*, Gotardo y otros.

⁵⁴² Hipólito a Collibus, *Incrementa urbium*, cap. 13. Idem Ubertus Foliot, de Neapoli.

⁵⁴³ «No quedará ni un poco de suelo sin cultivar, para que sea verdad que no se encuentre ni una pulgada de suelo estéril o infecundo en estas regiones». Marcus Hemingius Augustanus, *De regno Chinae*, lib. 1, cap. 3. [*N. del T.*: hemos traducido por «cercamiento» y «cercar» los términos ingleses *enclosure* y *enclose*, que designan la división de las antiguas tierras comunales en parcelas privadas, separadas por cercas, para su uso agrícola o ganadero].

⁵⁴⁴ Mr Carew, en su *Survey of Cornwall*, dice que antes de los cercamientos en este país, los campesinos bebían agua, comían poco o ningún pan (fol. 66, lib. 1), su vestimenta era basta, llevaban las piernas desnudas, su vivienda estaba de acuerdo con estas circunstancias. Pero desde los cercamientos viven decentemente y tienen dinero para gastar (fol. 23). Cuando sus campos eran comunales, su lana era basta, como el pelo de Cornualles; pero desde los cercamientos, es casi tan buena como la de Costwold, y su suelo ha mejorado mucho. Thomas Tusser, cap. 52, en su *Husbandry*, es de la misma opinión, «un acre de tierra cercada vale más que tres de tierra comunal». Yo alabo el campo cercado. El otro no me gusta, porque no produce ninguna riqueza.

⁵⁴⁵ «Una increíble abundancia de naves, que no se detenga más en las aguas que en el continente». Nicholas Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab Societate Jesu*, exp. M. Ricci, lib. 1, cap.

⁵⁴⁶ Con este fin, Aristóteles permite una tercera parte de sus ingresos (*Política*, 2, cap.6), Hipodamo la mitad.

⁵⁴⁷ «Aquí la mies, allí las sabrosas uvas, en otro lugar verdecen los frutos de los árboles y los granos espontáneamente». Virgilio, *Geórgicas*, 1.

⁵⁴⁸ Así era antiguamente la ley agraria romana.

⁵⁴⁹ Lucano, lib. 6.

⁵⁵⁰ Virgilio.

⁵⁵¹ Juan Valentín Andreas. Sir Francis Bacon, Lord Verulam.

⁵⁵² Así ocurre en el reino de Nápoles y en Francia.

⁵⁵³ Vid. Gaspar Contarini y Osorio, *De rebus gestis Emanuelis*.

⁵⁵⁴ Claudiano, lib. 7.

⁵⁵⁵ Heródoto, Erato lib. 6. «Como los egipcios acordaron con los lacedemonios que sus pregoneros, flautistas, cocineros, y demás artesanos sucedieran a sus padres en el oficio y que un cocinero procediera de otro cocinero, y se mantuviese el oficio paterno». Marco Polo de Quinzay. Osorio, *De rebus gestis Emanuelis*. Mateo Ricci.

⁵⁵⁶ Hipólito a Collibus, *Incrementa urbium*, cap. 20. Platón, *Leyes*, 8.

⁵⁵⁷ Platón, *Leyes*, 12. «Los que tengan cuarenta años, si viesen algo memorable en el extranjero, que se tome en la república».

⁵⁵⁸ Josiah Simler, *De republica Helvetica*.

⁵⁵⁹ Tomás Moro, *Utopía*, libro 2.

⁵⁶⁰ «Los médicos toman su sustento del erario público». Botero, lib. 1, cap. 5. De Aegyptiis.

⁵⁶¹ Sobre esto, véase Francesco Patrizi, *De institutione reipublicae*, lib. 3, tit. 8.

⁵⁶² John Barclay, *Argenis*, lib. 3.

⁵⁶³ Así ocurre en la mayoría de las ciudades libres de Alemania.

⁵⁶⁴ Nicolas Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab societate Jesu*, exp. Mat. Ricci, 1, cap. 5. trata sobre el examen copioso de las elecciones.

⁵⁶⁵ Gaspar Contarini, *De magistratus et republica Venetorum*, lib. 1.

⁵⁶⁶ Osorio, *De rebus gestis Emanuelis*, lib. 11. «Los que hagan los mayores progresos en las letras recibirán los máximos honores, después el grado de los honores se les asignará a los soldados, luego a los oficios mecánicos. Algunos ponen en un lugar más alto los juicios de los doctores, y el que es aprobado por la mayoría consigue más dignidades en la república. El que en este examen tenga las primeras posiciones, se le condecorará de por vida con una dignidad distintiva, similar a la de los *marchioni* o a la de los *duces* entre nosotros».

⁵⁶⁷ Que las togas dejen paso a las armas.

⁵⁶⁸ «Como en Berna, Lucerna, Friburgo in Suiza, un vividor vicioso es incapaz de llevar ningún oficio; si es Senador, se le depone inmediatamente». Simler.

⁵⁶⁹ «No más de tres años». Aristóteles, *Política*, 5, cap. 8.

⁵⁷⁰ Que alguien vigile a los mismo guardas.

⁵⁷¹ David Chyträus en Greichgaea.

⁵⁷² Claudio Seselio, *De republica Gallorum*, lib. 1 y 2.

⁵⁷³ Seselio, lib. 1.

⁵⁷⁴ «Para el regimiento de la república sólo se admite a los letrados y por ello no necesitan magistrados ni un rey; todo depende de su conocimiento y su virtud». Ricci, lib. 1, cap. 5.

⁵⁷⁵ En el lugar de los muertos se manda elegir al que precede en virtud a los demás; no hay entre los mortales un certamen más excelente, o uno cuya victoria sea más deseada, no el más rápido entre los rápidos o el más robusto entre los robustos, etc.

⁵⁷⁶ No verá en esta región ni en las regiones vecinas ni un solo pobre endeudado, a ningún cautivo, etc.

⁵⁷⁷ No hay ningún mendigo en el Sinaí, para que no se turbe la vista de nadie sano, no se permite mendigar, todos están obligados a trabajar según sus fuerzas, los ciegos se dedican a mover las muelas giratorias, los solitarios acogen huéspedes, si son inútiles para otros trabajos. Osorio, *De rebus gestis Emanuelis*, lib. 11. Hemmingius *De regno Chinae*, lib. 1, cap. 3. Gotardus Arthus, Oriental. Ind. descr.

⁵⁷⁸ Alejandro de Alejandro, lib. 3, cap. 12.

⁵⁷⁹ Así se hacía antiguamente en Roma, Isaac Pontano habla de ello. Amstel. lib. 2, cap. 9.

⁵⁸⁰ Idem Aristóteles, *Política*, 5, cap. 8. «Es incorrecto que los libres y pobres sean educados para el trabajo y los nobles y ricos vivan en la opulencia».

⁵⁸¹ Tomás Moro, *Utopía*, libro 2.

⁵⁸² «En Segovia no hay nadie ocioso o ningún mendigo a no ser que no pueda trabajar por edad o por enfermedad. No falta nada de donde se obtenga alimento o en lo que se ejerza un oficio». Cipriano Echeoiva, *Deliciis Hispaniae*. No hay nadie ocioso en Génova, ni los niños de siete años. Paul Hentzner, Itiner.

⁵⁸³ Ateneo, lib. 14.

⁵⁸⁴ Josiah Simler, *De republica Helvetica*.

⁵⁸⁵ Así hacían antiguamente en Esparta y Roma.

⁵⁸⁶ «El que no abastece a su familia es peor que un ladrón». Pablo.

⁵⁸⁷ Es la ley de Alfredo.

⁵⁸⁸ «Si alguien comete estupro con una mujer casada, se le cortará el miembro viril; si lo comete una mujer, se le cortará la nariz o una oreja». Es la ley de Alfredo. De aquí que haya que temer las leyes de Venus y Marte.

⁵⁸⁹ «Los pobres no pecan, puesto que toman las cosas ajenas impelidos por la extrema necesidad». Maldonado, *summula quaest.* 8. art. 3. Estoy de acuerdo con los que piensan que se debe cobrar al rico y remediar al pobre. Emanuel Sa. *Aphor. confess.*

⁵⁹⁰ Brisonio, *De regno Persarum*, libro 2.

⁵⁹¹ Amiano Marcelino, lib. 23.

⁵⁹² Aristóteles, un hombre a los veinticinco, una mujer a los veinte. *Política*.

⁵⁹³ Era antiguamente la ley de Licurgo, hoy de los Chinos. Vid. Plutarco, Ricci, Hemmingio, Arniseo, Nevisano y otros sobre esta cuestión.

⁵⁹⁴ Alfredo.

⁵⁹⁵ «Antiguamente, entre los lacones, las doncellas se casaban sin dote», Botero, lib. 3, cap. 3.

⁵⁹⁶ Según una ley no muy antigua de los vénetos,

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

ningún patricio excederá en su dote las mil quinientas coronas.

⁵⁹⁷ John Buxtorf, *Sinagoga Judaica*. Sic Judaei, Leo Afer, *Africae Descriptio*. «Que no sean de otro modo incontinentes por el bien de la república», como enseñó César Augusto, *Oratio ad caelibes Romanos*.

⁵⁹⁸ «Los jóvenes de buena apariencia darán trabajo a los libros». Platón, *Leyes*, 5.

⁵⁹⁹ «El que sufra una enfermedad que se transmite fácilmente por herencia, que el género humano no se contagie, que se le castré en la juventud y a las mujeres que se las impida la unión con hombres». Héctor Boecio, *Scotorum historia ab illis gentis origine*, lib. 1, sobre las antiguas costumbres de los escoceses.

⁶⁰⁰ Los sajones excluyen a los sordos, ciegos, leprosos y personas por el estilo de las herencias, del mismo modo que hacemos nosotros con los locos.

⁶⁰¹ Como antiguamente los romanos, hoy en día los españoles, etc.

⁶⁰² N. Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab Societate Jesu*, exp. M. Ricci, lib. 1, cap. 5. Así obligan los españoles a los moros a depone las armas. Así ocurre en la mayoría de las ciudades italianas.

⁶⁰³ Idem Platón, *Leyes*, 12. Siempre ha sido inmoderado. Vid. Guil. *Stuck antiq. convivial*, lib. 1, cap. 26.

⁶⁰⁴ Platón, *Leyes*, 5.

⁶⁰⁵ Como los lombardos (aunque con algunas reformas, el monte de piedad o banco de caridad, como lo llama Malines, *Lex mercat.*, parte 2, cap. 33), que prestan dinero a cambio de prendas o toman dinero por aventura para la vida de los hombres.

⁶⁰⁶ Esa proporción hace que el mercado aumente, la tierra se encarezca y se mejore más, como se ha probado en un tratado sobre la usura presentado en el Parlamento en 1621.

⁶⁰⁷ Hieronimus Zanchius Comentario al capítulo cuarto de los Efesios. «Llama a la usura justa y conforme a la caridad cristiana si no la expulsan. Que no todos presten dinero a interés, sino sólo los que tienen bienes en dinero, y que no pueden utilizarlo por motivos de edad, sexo o ignorancia de algún arte. Y no a todos, sino a los mercaderes y a los que lo manejan honestamente».

⁶⁰⁸ Lo mismo se encontraba entre los persas antiguamente. Vid. Brisonio.

⁶⁰⁹ Idem Platón, *Leyes*, 6.

⁶¹⁰ Tito Livio, lib. 30.

⁶¹¹ Claudiano.

⁶¹² Tucídides.

⁶¹³ Platón.

⁶¹⁴ Seselio, *De republica Gallorum*, lib. 2. «Es to-

talmente indecoroso cuando se dice algo que se cree. No pensaré: será mejor si pudiese ser precavido».

⁶¹⁵ Hungar. dec. 1, lib. 9.

⁶¹⁶ Tito Livio, lib. 1. Dión, lib. 2. Diodoro Sículo, lib. 2.

⁶¹⁷ «La guerra no se ha de temer ni se ha de provocar». Plinio, *Panegyricus Traiano dictus*.

⁶¹⁸ Escalígero, lib. 3, poet. cap. 19.

⁶¹⁹ Bodin, *La République*, lib. 4, cap. 2.

⁶²⁰ Gaspar Peucer, *De divinatione*, lib. 1.

⁶²¹ Camden en Cheshire.

⁶²² Homero, *Iliada*, 6.

⁶²³ Vide Erycius Puteanus, *Comus, sive Phagesiposia Cimmerica*; Rodolfo Goclenius sobre las portentosas cenas de nuestros tiempos.

⁶²⁴ Resulta increíble decir cuántas viandas toman cada día en una casa, las mesas se cubren casi a todas horas con alimentos siempre calientes. *Descriptio Britanniae*.

⁶²⁵ Seselio, *De republica Gallorum*, lib. 1.

⁶²⁶ Terencio, *Adelphoi o los hermanos*, acto 4, escena 7.

⁶²⁷ Plauto, *Anfitrión*.

⁶²⁸ Palingenius. «Hijo o ladrón».

⁶²⁹ El gato con el ratón, dos gallos en el mismo lugar y dos cuñadas nunca viven sin disputas.

⁶³⁰ Estrecheces domésticas.

⁶³¹ Cuando el orgullo y la mendicidad se encuentran en una familia, gritan y rugen y causan descontentos y litigios, como el fuego y el agua cuando coinciden, que hacen truenos en el cielo.

⁶³² Plauto, *Aulularia o la olla*.

⁶³³ Valerio, lib. 7, cap. 6.

⁶³⁴ La sabiduría se rechaza en las guerras, todo se lleva por la fuerza. Un antiguo proverbio dice: «conviene que nazca el rey o un insensato».

⁶³⁵ Polibio, *Historia*, lib. 6.

⁶³⁶ Y los desgraciados Solones, en Emanuel Sa, 3.

⁶³⁷ Eneas Silvio Piccolomini, *De miseria curialium*.

⁶³⁸ Con este sobrenombre [*N. del T.*: *corculi* en el original latino, que significa sabio, prudente], se honraba en Roma a los que aventajaban a los demás mortales en sabiduría, según Plinio, lib. 7, cap. 31.

⁶³⁹ Johan Does, *Epodos*, lib. 1, car. 13.

⁶⁴⁰ Se disponen a enloquecer con la razón cierta; están locos por los libros, etc.

⁶⁴¹ Juvenal.

⁶⁴² Salomón.

⁶⁴³ *N. del T.* Objeciones y soluciones.

⁶⁴⁴ ¿Hasta dónde se marchita el ingenio? [*N. del*

T.: se trata de un juego de palabras en inglés: *Wit whither wilt?*].

- ⁶⁴⁵ Escalígero, *Exercitationes*, 324.
⁶⁴⁶ En su vida.
⁶⁴⁷ Ennio.
⁶⁴⁸ Luciano. «Comprada por tres mil dracmas; el estudiante conseguirá de ella la sabiduría».
⁶⁴⁹ Séneca, *Epístolas*, 1, 21.
⁶⁵⁰ Quintiliano, lib. 2, cap. 12. «Con mucho jadeo y agitación, los pechos furiosos, golpeando la frente».
⁶⁵¹ Lipsio.
⁶⁵² Amiano Marcelino, lib. 30.
⁶⁵³ Platón, *Gorgias*.
⁶⁵⁴ En Naugerio.
⁶⁵⁵ Si el furor es báquico, siempre está furioso. furioso, furioso, amando y bebiendo el poeta.
⁶⁵⁶ Tomás Moro, *Utopía*, lib. 2.
⁶⁵⁷ Macrobio, *Saturnales*, 7, 16.
⁶⁵⁸ Séneca, *Epístolas*, 16.
⁶⁵⁹ Juan Luis Vives, *Las disciplinas*.
⁶⁶⁰ Escalígero, lib. 2 in Ausonium, cap. 19 y 32.
⁶⁶¹ Editado en siete volúmenes por Janus Gruter.
⁶⁶² Aristófanes, *Las ranas*.
⁶⁶³ Séneca, *Beneficios*.
⁶⁶⁴ Con razón se les llama delirantes y dementes.
 Horacio. Séneca.
⁶⁶⁵ Ovidio, *Metamorfosis*.
⁶⁶⁶ Plutarco, *De amore*. «El amor es demente».
⁶⁶⁷ Séneca, *Epístolas*, 39.
⁶⁶⁸ Giovanni Nevizano, *Sylvae nuptialis*, lib. 1, num. 11.
⁶⁶⁹ Aristóteles.
⁶⁷⁰ Nevizano, lib. 4, num. 11.
⁶⁷¹ Consiguen su sabiduría comiéndose la pasta de la tarta [N. del T. referencia al refrán *Pie-lid makes people wise*, que equivale a la frase «descubrir el pastel», es decir, que al quitar la pasta que lo recubre, se sabe de qué está hecha la tarta].
⁶⁷² «Las riquezas son la demencia para los mortales». Teognis.
⁶⁷³ Si la fortuna favorece a alguien demasiado, le hace necio.
⁶⁷⁴ Job 28.
⁶⁷⁵ Aristóteles, *Magna moralia*, lib. 2 y *Metafísica*, lib. 1.
⁶⁷⁶ Horacio, *Sátiras*, 1, 4.
⁶⁷⁷ «La gula es demente, los cimientos son dementes, demente el deseo de cazar, demente la discordia». Virgilio, *Eneida*.
⁶⁷⁸ «El loco cartaginés Heliodoro me hizo embalsamar al extremo de la ciudad en un sarcófago con un testamento para que viera si alguien podría parecer

más loco ante mí que penetrase a tales lugares». Abraham Ortels, sobre Cádiz.

- ⁶⁷⁹ Si fuera obra suya, como sospecha Gasper Vererus.
⁶⁸⁰ Tito Livio.
⁶⁸¹ Horacio, *Sátiras*, 2, 3.
⁶⁸² *Cronica Slavonica*, año 1257; de sus riquezas decían cosas increíbles.
⁶⁸³ Un loco y su dinero pronto se separan.
⁶⁸⁴ Horacio. «Algunos palidecen por una mala ambición de dinero o por amor, otros por la lujuria o por la triste superstición».
⁶⁸⁵ Persio.
⁶⁸⁶ Jerónimo Nymann, *Oratio de Imaginatione*. «Que el ambicioso y el audaz naveguen a Anticira».
⁶⁸⁷ Gaspar Ens.
⁶⁸⁸ Felix Platter, *Praxeos medicae*, capítulo de alienatione mentis.
⁶⁸⁹ Ateneo, *Deipnosophistae*, 8.
⁶⁹⁰ «Los flautistas están locos». Erasmo, *Adagiorum collectanea sive Chiliades*, 4, cent. 7.
⁶⁹¹ Prov. 30. La lascivia es locura. «En este ruego no hay locura, este miembro no está demente». Marcial, *Epigramas*, 3, 76.
⁶⁹² Hay mil tipos de locura en los niños y niñas.
⁶⁹³ ¿Quién es el más loco de todos? Horacio. Ovidio. Virgilio. Plinio.
⁶⁹⁴ Plinio, lib. 36.
⁶⁹⁵ Tácito, *Annales*, 3.
⁶⁹⁶ N. del T. Se trata del «buen ciudadano que desvaría» en la obra de Ben Jonson *Every Man out of his Humour*.
⁶⁹⁷ Ovidio, *Metamorfosis*, 7. «Como antiguamente los corintios jóvenes decían de sus vecinos que eran necios y que nacían de los hongos, dirás lo mismo en otra parte».
⁶⁹⁸ Famian.
⁶⁹⁹ Arriano recordaba su periplo por los puertos del ponto Euxino. Pierre Gilles, *De Bosphoro Thracio*, lib. 3. Y el laurel loco con que la locura llevada al banquete afectó a todos. G. Stuck comment, etc.
⁷⁰⁰ Un poema ingenioso así titulado.
⁷⁰¹ Lipsio, *phys. Stoic. lib. 3, diss. 18*.
⁷⁰² Gaspar Barth, *Amphitheatrum seriorum jocosorum libris XXX epigrammatum constructum*, lib. 8, 102.
⁷⁰³ Horacio.
⁷⁰⁴ Si existen, cuáles son y de dónde les procede el nombre.
⁷⁰⁵ En la torre de Babel.
⁷⁰⁶ Autor de las notas a las epístolas de Roger Bacon, editadas en Hamburgo en 1608.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

⁷⁰⁷ Sólo éste es sabio, otros revolotean en la sombra.

⁷⁰⁸ Lipsio, en la epístola a Baltasar Moreto.

⁷⁰⁹ Seguir a un gran hombre es saber. Algunos piensan, otros desvarían.

⁷¹⁰ Catulo.

⁷¹¹ Plauto, *Los dos Menecos*.

⁷¹² Juvenal, *Sátiras*, 14.

⁷¹³ *N. del T.* Se trata de los siervos encargados de azotar a otros.

⁷¹⁴ O buscar a un cocinero en Anticira para que haga potaje de eléboro o potaje arregla-cerebros.

⁷¹⁵ «De vez en cuando me consuelo porque soy un hombre necio junto con otros hombres sabios y célebres», como decía de sí mismo Menipo en Luciano, *Menipo o la Necromancia*.

⁷¹⁶ Petronio en Catalect.

⁷¹⁷ Así lo refiero de J.V. Andreas, *Apolog. manip.* lib. 1 y 26 Apol.

⁷¹⁸ Mercurial, *De Melancholia*, cap. 15.

⁷¹⁹ Philip Melanchton, *De anima*. «Una enfermedad muy frecuente en nuestra época».

⁷²⁰ Julio César Claudino, *Consult.* 98.

⁷²¹ Erasmo, *Elogio de la locura*.

⁷²² Horacio, *Sátiras*, 1, 4.

⁷²³ Erasmo. epístola a Dorpio en el *Elogio de la locura*.

⁷²⁴ Si alguien proclamara que se le ha herido, o descubre su conciencia o un cierto miedo.

⁷²⁵ Horacio.

⁷²⁶ Marcial, *Epigramas*, lib. 7, 25.

⁷²⁷ «La diosa de los rústicos se consideraba como gobernadora de los ociosos, y a ella se hacían sacrificios después de las labores agrícolas». Plinio lib. 3, cap. 12. Ovidio, *Fastos*, lib. 6. También cuando hacen sacrificios a la antigua Vacuna, están en las vacunales y se sientan ante los fuegos.

⁷²⁸ Terencio, prólogo a *El Eunuco*.

⁷²⁹ Ariosto, *Orlando furioso*, lib. 39, 58.

⁷³⁰ Pues al igual que de los estudios procede la alegría, los estudios proceden de la hilaridad. Plinio, *Epistulae*, lib. 8.

⁷³¹ Tácito, *Annales*, 15.

⁷³² Sir Francis Bacon, Vizconde de St Albans, en sus *Essays*.

⁷³³ Como Probo, biógrafo de Persio, dice que Persio tenía una vergüenza virginal, lo mismo me ocurre a mí.

⁷³⁴ «Cosas que o ha producido la negligencia o la naturaleza humana se ha preocupado poco por ello». Horacio.

⁷³⁵ Plauto, en el prólogo a *Querolus*.